



**MOISES CAYETANO
ROSADO**



**UNA NIÑEZ HUNDIDA
EN LA TORTURA**

UNA NIÑEZ HUNDIDA EN LA TORTURA

Por Moisés Cayetano Rosado

Dedicatoria:

A los alumnos del Colegio "Hernán Cortés" de Badajoz, donde ejerzo, donde he aprendido tanto y donde he obtenido gran cariño y amistad.

Sirva, también, de homenaje a la Obra de Protección de Menores en España, antítesis ideológica de estos hechos de locura.

Ediciones HOAC
Alfonso XI, 4, 3.º
MADRID-14

Primera edición
Reservados todos los derechos
Portada. Manuel Caravias
Impreso en España. Printed in Spain
I.S.B.N. 84-85 121-17-1.
Depósito legal M-9.474-1976
Imprime: ROYPER - Industria gráfica
Julián Camarillo, 53 - bis - Tel. 204 84 87

Este relato, que es ciertamente una denuncia, no será una particularización anecdótica. Limitarlo a un tiempo y a un lugar concreto es quitarle importancia y efectividad. Lo que aquí digo ha podido ocurrir en cualquier sitio, o puede ocurrir ahora, o tal vez ocurra.

Esto es una denuncia a una serie de injusticias cometidas con los seres más indefensos que existen: los niños chicos... y abandonados. Pero tampoco quiero limitarme a la exposición de una denuncia, sin más: el tema incita a reflexionar un poco, y eso hemos de pretender.

«El Hogar de los niños» — así llamaremos a la Institución de que tratamos — no es privativo de una nación o un tiempo; lo que sí puedo asegurar es que no está sacado de la imaginación. El que esto escribe, profesor de Educación General Básica, ha obtenido los datos gracias a la observación, contacto, conversaciones, etc., diarias con los propios interesados, tanto pacientes como agentes. Y, en algunos casos, por informes epistolares llegados de diversos rincones del mundo. A veces hay detalles de la misma información de los medios de comunicación.

Si me he decidido a escribirlo en libro ha sido por múltiples causas que han ido elimi-

nando mi indecisión primera, y entre las que se encuentran las siguientes: Mandé el extracto de lo que aquí relato a un periódico donde habitualmente colaboro y no fue publicado ¡por carecer de interés periodístico! (no culpo, ni mucho menos, al director de la publicación, sino a cierto sector de compradores que sólo se interesan por las páginas frívolas del periódico, manteniendo una olímpica ignorancia sobre lo que ciertamente debe ser de interés; lo malo es que si profundizamos un poco, de igual forma, ellos no son los culpables, puesto que están inmiscuidos en unas circunstancias y en un proceso educativo que les lleva hacia esa conducta). Además traté de leerlo públicamente (otro extracto; éste, poéticamente confeccionado), y encontré malas caras y peores disposiciones. Igualmente, quise lanzarlo a las ondas de la radio, pero no fue posible. Como ven, una serie de impedimentos que, lejos de hacerme abandonar y quitarle importancia, me han concienciado más todavía. Por otro lado, una vez conocido el proyecto por los propios interesados (los sujetos pacientes de la historia, claro está), éstos me animaron continuamente y casi con lágrimas en los ojos me pedían su publicación. También ha contribuido a ello la relectura del libro «Los hermanos Karamazoff», de Fedor Dostoiewski. En este libro hay una escena inolvidable, un monólogo de uno de los protagonistas, Iván Karamazoff, que machacó insistentemente mi conciencia y del que no me resisto a transcribir algunas partes:

«Podría hablarte de los sufrimientos de los niños. Ante todo, diré que a los niños se les puede amar de cerca, aunque sean sucios, aunque sean feos... y yo creo que los niños no

son nunca feos. Los hombres han comido la fruta del bien y del mal, y siguen comiéndola... Los niños, por el contrario, son inocentes.» (En esto vemos claramente reflejadas las ideas de Rousseau, que dice al principio de su «Emilio»: «Todo es perfecto al salir de las manos del hacedor de todas las cosas; todo degenera entre las manos del hombre».) Pero sigamos con las palabras de Iván: «También ellos sufren por culpa de sus padres, que comieron la consabida fruta... Pero, ¡qué incomprensible es todo esto! ¿Por qué sufre la inocencia? Repara que hasta los hombres crueles, sensuales, voraces, hasta los Karamazoff, aman a los niños, y muchas veces con locura. Esos tiernos seres no tienen nada de lo que caracteriza al hombre. Parece como si pertenecieran a otra especie. He conocido un bribón que durante su "carrera" llegó a cometer la infamia de asesinar algunos niños, y, sin embargo, estando en presidio, demostró que los estimaba...»

«Hace tiempo —prosigue diciendo Iván—, en Moscú, un búlgaro me contaba que los turcos en Bulgaria violan a las mujeres y escarnecen a los niños. Entre las mil barbaridades que con ellos cometen, suelen, muchas veces, clavarles por las orejas en una puerta, y allí los dejan hasta el siguiente día, en que los mutilan bárbaramente. Con frecuencia se habla de la crueldad del hombre y se acostumbra a compararles con las fieras. Esto es injusto; al decir tal cosa se ofende a las últimas.» (En «El Criticón», de Baltasar Gracián, encontramos algo parecido, cuando Critián —ciudadano que siempre anduvo entre hombres—le habla así a Adrenio —que se crió entre animales salvajes—: «Dichoso tú, que

te criaste entre las fieras y ay de mí que entre los hombres; pues cada uno es un lobo para el otro, si ya no es peor el ser hombre»..) «Las fieras —continúa Iván— no poseen la artística crueldad de los hombres. Imaginate un niño de pecho apoyado en el regazo de su madre; alrededor de ellos los turcos; éstos se acercan, acarician al pequeñín y tratan de hacerle reír; el tierno infante los mira y en su carita sonrosada se dibujan dos hoyuelos preciosos: ya ríe, agitando sus manitas. En aquel momento, uno de los hombres saca una pistola y apunta con ella al niño; éste ríe con más fuerza y trata de tomar el arma; de pronto, el "artista" dispara y hace volar los sesos del angelito...»

Mucho se ha discutido sobre la crueldad del hombre, comparada a la de los animales. Unos se inclinan a favor de los hombres; otros, como vemos, a favor de los animales. Hay, por tanto, que puntualizar algo: «El hombre mata muchas veces por placer, cosa rara en los animales.» Un gran estudioso de éstos, Félix Rodríguez de la Fuente, está harto de decirlo así. Y el mismo Miguel Delibes, ilustre escritor e incansable cazador, lo reconoce, puntualizando que «tanta crueldad hay en el hombre que mata a una liebre como en el que mata a una mosca», y más —digo yo— en el que pega a un niño.

Entre los animales se dan casos de una violencia tremenda. La mantis religiosa devora a menudo a su compañero, una vez realizado el acto sexual. Y lo curioso es que no espera a que dicho acto haya acabado para comenzar su festín. Empieza por la cabeza, y el apareamiento sigue su desarrollo, lo que nos hace pensar que lo que va quedando del sistema

nervioso controla la operación. En muchos escorpiones machos se da un caso similar, pues son devorados por las hembras una vez finalizado el apareamiento. Las arañas también suelen devorar a sus «maridos». Pero he aquí que los machos sacrificados pertenecen generalmente a especies insensibles al dolor (¿cómo, si no, el macho de la mantis religiosa iba a poder seguir con el acto sexual, en tanto la hembra lo devora?), y además son animales condenados a morir en brevísimo plazo. Podríamos hablar también de los «zánganos» de las colmenas y de infinitas especies más. Otra manifestación de la crueldad animal la encontramos en los machos que tratan de asegurarse su poderío sobre cierta zona de territorio, más o menos grande (casi todos los animales, vertebrados e invertebrados, lo tienen. Unos de escasas dimensiones: el pececillo espinoso se contenta con unos decímetros cuadrados de arena; otros, de varios kilómetros cuadrados, como el lobo). En su territorio, el animal es amo y señor de las hembras y de todo; aquel que no lo acepte así ha de luchar con él en duelos que suelen terminar con la muerte de uno de los adversarios. También en la forma de procurarse el alimento muestran muchas especies una sanguinaria barbaría: aves rapaces, peces de bajos fondos; león, pantera, etc. Mas hemos de darnos cuenta de que todo cae bajo la ley de supervivencia o reproducción. Jamás, o raramente, por puro placer.

Pero nos estamos desviando de nuestro objetivo. Sigamos, tras este inciso, con las reflexiones de Iván: «Hay personas que golpean a sus hijos con un recio bastón, y algunos hasta le añaden unas cuantas espinas o pun-

tas de tachuelas para que el efecto sea más rápido y seguro. Hechos de estos han trascendido al público, y han intervenido los tribunales, y, más aún, hasta ha habido abogados que defienden a esos padres cariñosos que, al fin y al cabo, hacen eso por el bien de sus hijos; y los tribunales los han absuelto porque... claro está, eran cuestiones puramente de familia.» Esto me hace recordar algo de mi infancia. Cuando yo tenía diez años, fueron unos misioneros a mi pueblo que nos abrumaban continuamente con la idea del infierno, el fuego, etc., y nos proponían, para nuestra salvación, que hiciéramos mortificaciones. Ponernos cilicios en los muslos, chinarnos en las botas; darnos latigazos; beber agua con vinagre, etc. Lo hacíamos, y muchos enfermaron. Pero se tomó, a nivel popular, como algo santo y honesto, pues era para nuestro bien, para enseñarnos a actuar rectamente y conducirnos por el camino del cielo...

«Pues todavía queda otro mejor —continúa Iván en su relato—. Se trata de una muchachita de cinco años, a la cual han tomado quina sus padres... Esto lo habrás visto a menudo... La familia es una de esas "distinguidas": él es un alto funcionario público, instruido y bien educado... El gusto de torturar a los niños se da también en la humanidad con bastante frecuencia. Tal vez sea un modo como otro cualquiera de amar a la infancia. Los niños son seres indefensos: he aquí lo que seduce a muchos. No tienen aquéllos a quién pedir auxilio, a quién llamar, y esto irrita la sangre de los malvados. En el fondo de cada hombre hay una bestia feroz; en unos, un tigre; en otros, una hiena...; la fiera pide sangre, y el hombre se la da "artisticamen-

te"... Quedamos, pues, en que la fiera es puramente fiera, fiera brutal; el hombre es más: es hombre y fiera al propio tiempo; es la crueldad y la ferocidad practicadas con exquisito refinamiento... Bueno, decía yo que los padres de aquella niña de cinco años infligieron a la pobrecita horribles torturas. El cuerpo de la criatura estuvo lleno de señales. Durante las heladas del invierno la dejaban encerrada en el retrete, so pretexto de que la nena no pedía con tiempo el hacer sus necesidades... Y la madre, ¡su propia madre!, dormía tranquilamente mientras la niña gritaba, muerta de frío... ¿Comprendes? ¿Te imaginas a este ser inocente que todavía no sabe pensar? ¿Lo ves mientras golpea con sus manecitas su pecho jadeante, llorando lágrimas de sangre, invocar a Dios pidiéndole socorro?»

Fedor Dostoiewski pone luego en boca de Iván unas palabras ciertamente emocionantes, que obligan a que mantengamos en pie la lucha y la denuncia: «Toda la ciencia del mundo no vale las lágrimas de un niño. Repara que no hablo de los sufrimientos de los adultos, sino de los niños.»

Y ya, para finalizar este prólogo que se me ha hecho algo largo, quiero transmitir palabras del Nuevo Testamento, para reforzar así los argumentos expuestos, y los que se expondrán, con las expresiones del mismo Jesucristo, que siempre manifestó un profundo amor a los niños: «Y cualquiera que escandalizare a uno de esos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de lino al cuello y fuera echado en el mar» (San Marcos, IX, 42). «Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reñían a los que los presentaban. Y viéndolo Jesús, se

enojó, y les dijo: "Dejad los niños venir, y no se lo estorbéis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él." Y tomándolo en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía» (San Marcos, X, 13-16). «Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te advertimos? Entonces le responderá, diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicisteis» (San Mateo, XXV, 44-45).

Si tras lo expuesto alguien considera que la violencia con los niños está justificada, puede, debe, cerrar el libro y no mirarlo más. Aquí no tiene nada nuevo que aprender.

Esta especie de «anti-utopía» ha sido escrita por amor a los niños, y hacia los verdaderos amantes de la infancia va exclusivamente dedicada.

En los colegios de ricos hay niños rubios y niños morenos «muy lindines»; niños tostados por el sol de la playa; niños con carteras de cuero, que se cuelgan a la espalda, y donde meten galletas, barras de chocolate, caramelos y emparedados de jamón. Hay niños que regresan a sus casas perdidos de barro y polvo, sucios y despeinados; las madres, con las manos sujetándose la cabeza, simulan un disgusto que no sienten, pero hacen la escenita de rigor, llaman a la sirvienta y meten al niño en el baño, preparado de antemano. En los colegios de ricos hay niños que llevan puros a sus profesores, y botellas de coñac, y tarjetas de sus padres, donde se justifica cortésmente alguna falta, motivada por haber ido de visita a lugares artísticos o de turismo. En los colegios de ricos hay un poco de todo y hay, a veces, hasta felicidad.

Otra cosa son los centros para niños humildes. Pasa como con los hospitales (hablamos de internados). Compáren un sanatorio de pago con otro de caridad. Hasta los enfermos de sintomatología parecida tienen multitud de cosas que los diferencia, empezando por el mismo brillo de sus ojos y el mayor o menor aplomo en sus facciones. Las diferencias cavaban un foso profundísimo entre ambos. Los centros para niños humildes, para niños des-

amparados, para hijos de «la escoria de la sociedad», etc., coleccionan niños «rubiuchos», «morenuchos», quemados por el sol aplastante de las tardes de verano. Niños sin carteras, ni bocadillos, ni baños preparados, ni criadas. Niños que no llevan tarjetas ni regalos. Niños con el pelo rapado y las manos vacías, puestas al amparo del destino esperando la obra de la suerte.

Con el tiempo he podido conocer directamente o por referencias a los familiares de estos niños de colegios de caridad. Padres alcohólicos; madres dedicadas al comercio de su cuerpo; matrimonios separados, donde cada cónyuge se busca compañía como puede, algunos sólidamente establecidos, creando así nueva familia; otros, muertos; algunos, desaparecidos o ignorados. En medio de todo, otros cuya única desgracia es pertenecer a familias de economía tan precaria que no pueden quedarse en su seno y han de acogerse a internados protectores.

Hay casos verdaderamente lamentables. Valgan éstos como ejemplo:

Un niño de trece años decía que su madre «iba con los hombres que le pegaban». Su hermano mayor (quince años) le insistía para que abandonara esa vida, pero ella objetaba que había contraído muchas deudas y que al menos tendría que seguir así dos años.

Una niña de seis años, al ser preguntada sobre el paradero de su madre (el padre era un alcohólico y carterista habitual, metido casi siempre en «la sombra»), dijo a bocajarro que llevaba varios días en la cárcel.

Al principio no quería contar el porqué, pero al fin se decidió. Con unas palabrotas escan-

dalosamente malsonantes, vino a decir que practicaba el comercio carnal.

Varios hermanos, de distintas edades, habían visto ahorcarse a su madre. Otros, a su padre matarla a cuchilladas.

Un niño de once años me decía: «Estoy en este colegio porque cuando era chico mi padre me quería matar. Ahora tengo otro padre y varios hermanitos, puesto que mi madre se juntó con él; los visito los domingos y me dan dulces. A mi primer padre no lo quiero ni ver, aunque no ha muerto todavía.»

Hay grupos de cuatro o cinco hermanos que lo son sólo de madre, y soltera. También algunos que las tienen en presidio por haber provocado abortos o hecho matanzas de recién nacidos. E incluso quien tiene a sus progenitores en asilos, casas de perturbados mentales, etc. Los de otros son inválidos o ciegos, etc. No faltan los que jamás han conocido familia de clase alguna. Pueden decir como Andrenio en el ya citado «Crítico», de Baltasar Gracián: «Yo, ni sé quién soy, ni quisiera me ha dado el ser, ni para qué me lo dio.»

CARENCIA DE AFECTIVIDAD

«El Hogar de los niños», a pesar de lo bonito de su nombre, de lo enternecedor de cualquier nombre que le quieran poner, es un lugar falto de amor. Precisamente «El Hogar de los niños»...; sí, los niños, faltos de afecto, de cariño...

Me decía una joven de catorce años (de inteligencia superior y de una madurez sorprendente): «A nosotros, que por lo general no tenemos a nadie, que nos encontramos aquí por motivos desgraciados; a nosotros, que estamos más faltos de ternura que nadie, no solamente no nos quieren, sino que nos desprecian.»

De por sí los niños tienen un hambre básica de afecto; de por sí el niño sufre más de lo que nosotros podemos imaginarnos cuando hablamos del «paraíso de los niños». Y todo incrementado por la ignorancia que a todos los niveles se tiene sobre la psicología infantil. Sólo el instinto, la llamada de la sangre, da alguna compensación, pues los familiares, aunque mal administrado, derrochan sobre el niño su cariño, su ternura, sus caricias y desvelos, su sacrificio y continuada abnegación. Pero... ¿y el pequeño que reside en esta institución de caridad?

El pediatra profesor Hellbrügge, de Munich, examinó poco después de la guerra a ocho ni-

ños que habían sido miembros del «Lebensborn», la organización de las S.S., en que los padres «de raza germánica» engendraban hijos presuntamente superiores.

En efecto, la mayor parte de esos niños eran muy guapos. Pero el examen dio otros aspectos: todos esos pequeños, que habían crecido sin madre, eran seres tarados física y psíquicamente. La causa: los niños habían crecido bajo cuidados generales y todos mostraban los síntomas característicos de lo que se llama «hospitalismo».

«A los niños de este tipo se les encuentra —dice Oswald Kolle— en orfanatos y otras instituciones; son niños apáticos, que mueven la parte superior del cuerpo como animales de zoológico. Es una prueba espantosa: UNA VIDA SIN MADRE ES UNA VIDA SIN ESPERANZAS» (el resaltar en mayúsculas es iniciativa nuestra).

La falta de cariño y de afecto puede ser causa no sólo de trastornos físicos y psicológicos en el niño, sino que también pueden afectar a su salud mental. «Aquí —me decía un profesor con cuarenta años de experiencia en "El Hogar de los niños"— no hay más que "sinvergüenzas", perezosos, tontos, etc.; en fin, una escoria con la que nada puede hacerse. Todo el trabajo que con ellos se realice va a parar a saco roto.» «Treinta y tantos años en la casa —razonaba un obrero especialista, encargado de los muchachos que aprendían un oficio allí— me autorizan para decir que éstos son unos seres apáticos, desinteresados, abúlicos. Nada puede hacerse.» O sea, tierra sobre el enterrado para tapanlo más. Esto es una disposición afectiva negativa. Y está claro que el estado afectivo es de gran

importancia para el desarrollo de la personalidad naciente y contribuye a su normal adaptación al medio ambiente.

El doctor Noguera Moré nos dice: «Para su desarrollo el niño precisa no sólo de alimentos materiales, sino también de cuidados espirituales, en vistas a la formación de su personalidad, para que pueda salir airoso de las dificultades sucesivas que la vida le ofrezca. Con el cariño y cuidado se conseguirá que el niño vaya tomando confianza en sí mismo, en sus propias fuerzas, y que tanto su cuerpo como su intelecto evolucionen equilibradamente de una forma normal y pausada, asimilando todos los fenómenos que se producen a su alrededor.»

En 1935 Spitz y Wolf realizaron el siguiente estudio: Había dos grupos de niños, unos provenientes de un orfanato, que eran cuidados por enfermeras a razón de una por cada siete. El otro era cuidado por sus madres respectivas, las cuales estaban recluidas en una penitenciaría. Ambos grupos tenían las mismas condiciones materiales: comida, habitaciones, aseos... El resultado fue que mientras del grupo de los huérfanos la mayoría padecieron trastornos mentales, los niños que estaban cuidados por sus respectivas madres se vieron libres de tales trastornos.

René Spitz ha hecho notar que en ciertas condiciones los niños pueden mostrar síntomas extremos de depresión cuando son separados bruscamente de la madre. Ha encontrado que los niños de orfanatos durante los seis primeros meses emitían menos sonidos verbales que los niños criados en su hogar. También se retrasa la aparición de la primera sonrisa.

Spitz hizo otros estudios sobre unos niños separados de sus madres después de seis meses de contacto normal. He aquí los resultados:

Primer mes: los niños se vuelven llorones, exigentes y se aferran al observador que toma contacto con ellos.

Segundo mes: los lloros se transforman en chillidos. Pérdida de peso.

Tercer mes: rechazo del contacto. Insomnio. Continúa la pérdida de peso. Retraso motor. Tendencia a contraer enfermedades. Rigidez en la expresión facial.

Después del tercer mes: se fija la rigidez del rostro. Los lloros cesan y son reemplazados por extraños gemidos.

Si se restituye la madre al niño antes del período crítico (entre el tercero y el quinto mes), el trastorno desaparece con sorprendente rapidez.

La aparición de este trastorno, llamado por Spitz depresión anaclítica, ilustra claramente la importancia de la madre para la vida del niño en general y para su desarrollo emocional en particular. Volvamos a pensar entonces en «El Hogar de los niños», donde no sólo no hay madres ni familiares, sino una falta absoluta de cariño.

Sobre esta falta de afectividad nos habla así el citado doctor Noguera Moré:

«Puede dar lugar a trastornos precoces o tardíos. Los principales trastornos precoces son de orden psíquico y físico.

»Entre los de orden psíquico, el fundamental es la depresión anaclítica que padecen, o sea, merma de interés, estancamiento, excesiva tranquilidad en esta edad... Posteriormente, con el transcurso del tiempo, queda afectada

tado el lenguaje, el peso y la talla, la cual puede llegar a la mitad de la de otros niños de la misma edad. Por último, otra grave consecuencia de estos trastornos precoces en el niño es su gran facilidad y escasa resistencia a las enfermedades infecciosas.

»En cuanto a los trastornos tardíos son todavía poco conocidos y no ofrecen manifestaciones tan concretas como las mencionadas, pero afectan, por lo común, a toda la personalidad. Por lo general, el niño privado de afecto será más tarde un inadaptado. Es decir, no tendrá aptitudes suficientes para entablar contactos normales con el mundo. Otras manifestaciones del mismo hecho son: neurosis, trastornos de comportamiento, etc.

»Esta anormalidad en sus relaciones con el mundo circundante lo lleva a menudo al delito. Frecuentemente caen en delitos sexuales (rpto, prostitución, trata de blancas...) en los que procurarán encontrar una compensación a su carencia afectiva. Muchos gamberros no lo serían si hubiesen gozado del suficiente afecto en la infancia.»

La profesora Consuelo Sánchez Buchón dice tajantemente que «el ambiente más decisivo es el familiar». Y es que el niño necesita como elemento vital el calor familiar. El que recibe una educación técnicamente correcta, pero de escasa afectividad, se desarrolla peor, desde el punto de vista mental, que el que «siente» el calor familiar. El ilustre pensador John Stuart Mill es un claro ejemplo. A los cinco años sabía griego; a los nueve, álgebra y latín. Su padre le alimentó con una dieta intelectual en la que no cabía nada más. Al cumplir los doce años poseía los conocimientos de un hombre de treinta excepcionalmente

erudito. «En su sobria, clara, literal y dolorosamente honesta descripción de sí mismo —comenta Isaiah Berlin— cuenta cómo su capacidad emocional estaba anquilosada mientras su inteligencia estaba superdesarrollada. Su padre no dudaba del valor de su experimento. Había conseguido producir un ser excelentemente instruido y perfectamente racional. El resultado de semejante tratamiento fue que en su primera madurez, John Mill pasó su primera crisis agónica. De pronto se sintió desprovisto de objetivos con una parálisis de la voluntad y una terrible desesperación. No encontró ninguna razón que justificara la existencia. Todo en este mundo se le aparecía frío y seco. Intentó analizar la situación. ¿Estaba, quizá, totalmente desprovisto de sentimientos? ¿Era un monstruo, tenía una gran parte de su naturaleza humana atrofiada? Sintió que no tenía motivos para seguir viviendo y deseó la muerte. Un día, leyendo una historia patética en las memorias del escritor francés Marmontel, rompió bruscamente a llorar. Esto le convenció de que era capaz de sentir emociones; y con este descubrimiento empezó a restablecerse.»

Al niño le es imprescindible saberse amado y protegido. «Esta sensación de seguridad —dice el doctor Noguer— sólo puede experimentarla al lado de sus padres, por lo que todo lo que atente contra la estructura y estabilidad familiar tendrá graves consecuencias en su carácter y comportamiento general.»

Pequeña muestra de ello es el hecho de que el niño, en su egocentrismo, experimente un sentimiento de frustración ante la venida de un nuevo hermano, por la pérdida de cariño que ello puede suponerle (hay niños que tie-

nen que ser tratados médicamente, porque su melancolía les quita el apetito, les hace perder peso, produce insomnio, etc.). Las frecuentes incontinencias nocturnas de orina observadas en los orfanatos guardan igualmente relación, pues son un signo de protesta a veces inconsciente.

Según los psicoanalistas G. Guex, J. Bou-tonnier, Lagache, etc., un caso especial de niño abandonado lo constituye el llamado «abandonnique», o neurosis de abandono, y que corresponde al niño muy precoz, preedipiano, con tendencia a una estructura caracterológica y avidez afectiva anormales. Según G. Guex, su sistemología se caracteriza por la angustia que origina todo abandono, la agresividad y la sensación de minusvalía que se produce.

Pues bien, unan esta carencia de afectividad, este ambiente que los rodea, negativo y, como se verá, agresivo y torturador, a las desgracias que motivaron el ingreso de los niños en el Hogar. No cabe duda de que el resultado será: sujetos anómalos, traumatizados, propensos a males y desgracias de envergadura que repercutirán sobre la sociedad. Una sociedad que no buscará causas remotas y los condenará sin más, hundiéndolos en el fango, despreciando toda la historia transcurrida.

Los muchachos de «El Hogar de los niños», sin duda, son difíciles de conducir y educar. No sólo por las crueles circunstancias ambientales en que se ven envueltos, sino por su propia herencia genética. Ya dije que muchos de estos niños son hijos de alcohólicos (Iwan Bloch dice que los alcohólicos engendran corrientemente criaturas muy débiles o completamente degeneradas). Otros, hijos de

perturbados mentales, de ramerías, de delin-cuentes (por supuesto que hay también mu-chachos de familias normales, aunque humil-des, que han perdido a uno de sus progenito-res simplemente). La mezcla es muy hetero-génea. Las vivencias que han tenido antes de ingresar en la mencionada institución, muy variadas. Y este conglomerado ha de ser lle-vado con mucho tacto, muchos conocimientos técnicos (pedagógicos, psicológicos, organiza-tivos, etc.) y muchísimo amor.

¿Ocurre así en la práctica? Ya sé que la teoría es una cosa y la... Pero ya está bien de frases prefabricadas. Trabajamos con un material humano infinitamente delicado. No cualquiera vale para ello, y por esto se ha de tener mucha precaución.

Lo que sigue es una muestra que, lo sé muy bien, no agota ni mucho menos el tema, pero trata de crear conciencia. Lo que sigue, todo lo que aquí se expone, está basado en una experiencia real. Que los sufrimientos de los niños que anónimamente aquí se tratan sirvan para reflexión de todos y ejemplo de a lo que puede dar lugar unas teorías completamente equivocadas.

EDUCACION EN LIBERTAD, PARA LA LIBERTAD

Antes de entrar de lleno en el meollo del libro, quiero decir algo sobre educación y libertad.

Está claro que la finalidad principal de "El hogar de los niños", como la de cualquier colegio o institución dedicada a la infancia, es la de "educar". Y si se ha de educar, aquellos que tienen la responsabilidad de hacerlo, absolutamente todos, sea cual sea el puesto que ocupan, han de estar al corriente de todo lo que al proceso educativo haga referencia. Y han de saber que la educación no es tal si no se lleva a cabo en libertad y dirigida hacia la libertad. Lo que así no sea, pasará a definirse como una educación adjetivada: una educación mal dirigida, mediocre, contraproducente, negativa...

Y educar en libertad es ejercitarla, encauzando, pero respetando, la autonomía del niño. Este es un ser inmaduro, al que hay que ayudar, creándole un clima propicio. Con ello lograremos el objetivo de conseguir hombres libres, que sepan hacer uso adecuado de este privilegio.

Los medios para lograrlo son principalmente:

- Ofrecer posibilidades para la elección de actividades.

- Promover y aceptar la iniciativa de los niños, no comentándola nunca irónicamente o calificándola de tontería, etc.
- Promover y aceptar su colaboración en las actividades de grupo.
- Dar ocasión para que acepten y realicen pequeñas tareas comunitarias.
- Aceptar su participación en la toma de decisiones.
- Promover un sistema de autogobierno, distribuyendo tareas y responsabilidades.
- Eliminar los castigos de toda clase.

El profesor García Hoz señala estos dos grupos de finalidades en el proceso educativo:

a) Desde el punto de vista individual, el fin o propósito de la educación es construir una personalidad bien equilibrada: en lo biológico, sana y vigorosa; en lo intelectual, pensadores de mente constructiva e ilustrados; en lo moral, independientes, libres y valientes; buenos y dotados de emoción artística, con capacidad de adaptarse a las condiciones cambiantes de la vida y para mantener relaciones cordiales y constructivas en el medio ambiente familiar, local, nacional y universal en su orden.

b) Desde el punto de vista social, la educación debe tener la finalidad de preservar la cultura y facilitar la invención y el descubrimiento, capacitar para aprovechar los elementos mejores y útiles para el progreso de la cultura a la que se pertenece.

Sin duda, la libertad es una clave importante en el porvenir de los hombres. Es un derecho de todos, un deber de la sociedad para con sus ciudadanos.

No podemos desear la formación de hombres hipócritas, simuladores. Hombres aterrizados y miedosos. “En la educación —dice Giovanni Gentile— no se puede prescindir del hombre que es; pero mucho menos del hombre que debe ser.” Y debe ser alegre y sano, libre y pleno de vida. “El fin de la vida —son palabras de Gurrit— es la vida misma, de donde la inferencia más lógica es la que la educación tiene por fin enseñar a vivir.”

“Nosotros —dice Carrèroge—, en la enseñanza clásica, recibimos a niños normales que nos esforzamos en convertir en hombres retrasados.” “Es nuestra vida —exclama Jean Marie Dunoger— lo que está en juego, la esperanza de vida que son los niños y que sólo piden vivir.”

“Hay que rechazar reglamentos inflexibles y estereotipados para que la libertad siempre evolutiva, siga en algo, como fiel cotandarte.” “El maestro que recurre al reglamento —escribe Edmond Gilliard— para hacer respetar el orden (como se dice) reconoce su incapacidad para hacerse respetar por sí mismo. No está íntegramente consagrado a su tarea. No se atreve a jugarse el pellejo.”

“La escuela —sentencia el profesor Gilliard— le cierra la boca al que valientemente dijera las cosas; hace abrir la boca al que babea las lecciones. Indignada, cierra la boca que bosteza; engrasa, encantada, la boca que grazna. Es escandaloso decir: “Me aburro”. Es infinitamente loable decir: “Darío fue vencido por Alejandro en Granica”, o “1453, toma de Constantinopla por los turcos”. Pero negar a un alumno el derecho a mostrar que se aburre es obligarlo a una falsa actitud, y el invitarle a hablar de Darío Docoman es indu-

cirle a cometer una impertinencia. Porque llamo impertinencia a esa seguridad de segunda mano, tomada el día anterior o el mismo de la clase, del manual o del discurso del maestro." "Mil tratados de pedagogía no valen lo que el sollozo de un niño —sentencia—. ¡Los pedagogos...! La mayoría de las veces son gente que envuelven al niño en papel de estraza para no oler su piel."

"Todas las sociedades del mundo —indica Peter Buckman—, con excepción de unas cuantas tribus aisladas, imponen un monopolio estandarizado sobre las mentes de sus niños." Adiós entonces a la libertad... Y esto es inaudito y peligroso.

Queremos un hombre feliz, un hombre que no tenga saturado su subconsciente de represiones, tabús, maquinaciones, etc. Un hombre preparado...

"El hogar de los niños", como se verá, no sólo ignora estas cosas, sino que adopta una postura contraria, antagónica por completo. La palabra autoritarismo no nos vale para definirlo. Quizá no hay palabra que lo pueda hacer.

Que cada uno juzgue por la lectura que sigue.

PRIMERA PARTE

EL HOGAR DE LOS NIÑOS

Mi madre
nos llevaba al colegio, donde entonces
mi hermano estaba semirrecluido,
preso
de esa extraña condena prematura
que se llama internado,
y tiene en mi país un tono triste
si a los huérfanos pobres se dedica.

Carlos ALVAREZ

Unas palabras sobre el edificio

"El hogar de los niños", mirado a vista de pájaro, es un centro corriente, un colegio normal. Hasta puede permitirse el lujo de pequeños jardines, separando a la edificación de la valla que limita con la calle. El estilo de la construcción, herreriano. Dos altos pabellones, unidos por un corredor; todo con líneas rectas muy definidas. En la parte trasera, un amplio campo de arena y las aulas de enseñanza. Cada pabellón lleva dos plantas por encima del bajo que se dedica a comedores, patios interiores, servicios, etc.; un pabellón es para los niños, el otro para las niñas; las plantas más altas, dormitorios para los mayores, las del medio, para los pequeños.

A vista de pájaro, ya digo, es un centro como otro cualquiera. Quizá con pocas flores en los pasillos y con excesivos baldosines blancos, que le dan parecido a un hospital. Quizá con demasiado orden y quietud, con demasiado silencio y recogimiento. También, posiblemente, excesivamente retirado del casco de la ciudad, a pesar de ser una construcción antigua; pero no debemos buscarle la punta a esto, pues ya se sabe lo de los imponderables económicos, etc., y, sobre todo, el

empeño que tienen los mayores por mantener alejados a los niños.

En Canarias conocí un colegio de esos que cobran de matrícula tanto como muchos obreros ganan al año, y de mensualidad algo así como el jornal base de treinta días (por niño), y se encontraba, como se suele decir, "donde Cristo dio las tres voces". Y otro tanto podría decir de Barcelona, o Madrid, o muchas más ciudades de España y del extranjero. Es decir, los niños, lejos, donde no llegue... la penetrante mirada de sus ojos.

Y ¡ya me estaba saliendo del tema! Digo que, a vista de pájaro, "El hogar de los niños" nada tiene que envidiar a ningún centro (hasta tiene piscina, cosa que muchos no poseen). Pero si profundizamos, si hablamos con algún profesor consciente, con algún empleado objetivo, podremos enterarnos de que la gente de la calle habla en un tono diferente cuando lo mencionan. A veces, paternalista; a veces, condescendiente; despectivo, en otras ocasiones; irónico... Un día coincidí en la calle con un niño del Hogar. Estuvimos charlando largo rato, y me pareció que se le hacía tarde (a las 22 horas aproximadamente, cuando apetece salir a la calle, ellos han de estar metidos en la cama). Le dije:

—Vete ya, que se te hace tarde,

—¿Adónde? —me preguntó sonriendo.

—...

—¡Ah!, sí, al hospicio... —exclamó irónicamente.

Y él se estaba hiriendo a sí mismo cuando me lo decía. Además, no fue el único. ¡Cuántas veces captarían, con su finísima sensibilidad —natural de los niños—, esta misma

ironía, aunque sin la frase, en la gente que los reconocía por la calle!

También los niños de otros colegios manifiestan hacia ellos una discriminación, más o menos marcada, más o menos disimulada. En los momentos de tensión (en los encuentros deportivos mutuos, etc.) no son raras las expresiones al respeto. Recuerdo ahora las palabras de Eugenio Frutos: "Sobre la base de la comprensión se desarrollan los lazos afectivos y los compañeros se solidarizan en las tareas. Se sienten miembros de un colegio, de una clase, de un curso. Esta solidaridad es necesaria, pero no debe ser excesiva hasta el egoísmo. Sus límites están marcados por la subordinación de los grupos a otras unidades sociales más amplias. El sentirse, por ejemplo, miembro de un colegio no debe suponer ningún desprecio para los demás centros. La solidaridad de tipo positivo permite siempre acoplar unas unidades sociales a otras; en cambio, la solidaridad egoísta de un grupo cerrado es de signo negativo, porque impide esta integración en grupos más amplios." ¿Vale este aserto también para "El Hogar de los niños"? Aquí, como en tantas cosas, la teoría está muy lejos de la práctica. Nada menos que distanciadas por el grueso del duro corazón de los humanos.

Dormitorios

¿De qué tiempo hablo? ¿De hoy? ¿De ayer? ¿De... mañana...? En mi mente hay unas imágenes que corresponden a una realidad intemporal e inespacial. Lo dije en el prólogo. Concretar sería reducir las dimensiones del problema...

Los dormitorios son enormes, pero los niños excesivamente numerosos. Me recuerdan al que describe Alexander Solzhenitsyn en su "Pabellón del Cáncer". Las piezas son largas, interminables. Lo que se concibió como pasillos, también son piezas atiborradas de camas. En los amplios espacios concebidos para dormitorios debería haber, a lo ancho, dos camas, dejando entre ellas un espacio libre, suficiente como para permitir el paso de una persona que en la noche tuviera necesidad de ir a los servicios, etc... (después se verá que esto está prohibido rigurosamente); haya, en cambio, tres, pegadas una a la otra. Y a lo largo, como es natural, hay que pensar en un espacio libre que permitiera desnudarse, y saltar a las camas de arriba a los que durmieran en ellas (todas son literas de dos pisos); pues nada de esto hay. La estancia es toda una plancha continuada de literas, que no permite siquiera la entrada de la escoba. Y ya decía que existe un corredor, algo así como un pasillo exterior a los dormitorios, hecho para desahogo (poner roperos, permitir la entrada a la estancia por varias puertas, etcétera). En efecto, es un desahogo. En él, colocadas longitudinalmente, caben dos filas de literas que permiten a los muchachos dormir más espaciadamente.

Aun a pesar de todo esto, las camas resultan insuficientes. El edificio no se amplía, y los niños, por el aumento vegetativo de la población, cada vez son más abundantes. Pero hay solución para todo. Primero, acostando a los hermanos, por parejas, en una sola cama; luego, a los primos; después, a los "paisanos"; a los amigos; a los de la misma edad. Como aún así no se soluciona la papeleta, se

echa mano al refranero popular, que para eso está, y se le pone en práctica: "Donde caben dos, caben tres, y donde hay tres, puede haber cuatro." Como último recurso, están las escaleras; una manta y el suelo de pizarra, para los menos afortunados.

Pero ahora examinemos las literas. No se piense en un colchón de muelle-espuma, ni de espuma tan sólo. Ni de lana o corcholina. Piénsese en varios costales deteriorados, unidos en forma de jergón (leo en el diccionario de la lengua castellana de Campuzano: "jergón, m. Funda gruesa en forma de costal, que llena de paja, avena o papel, sirve para dormir cómodamente"), relleno de paja —escasa—, o de papeles con destino, si no hubiera sido por esto, a la basura. Una sola sábana, de color indefinido, como la sotana del domine Cabra, de la obra "La historia de la vida del Buscón", de Francisco de Quevedo. Una manta para el invierno (por cama; indiferente al número de niños que en ella durmieran), mugrienta, áspera, de tanta suciedad y agujereada como un colador. Y una almohada sin forro, hecha de un trozo de costal, relleno de paja.

El lugar de dejar la ropa en tanto se duerme no ofrece problemas: a los pies de la cama. En cuanto al pijama, tampoco hay dudas; sencillamente se carece de él. No hacen falta los roperos, pues nada hay que guardar. Todo es común, incluidas las prendas interiores, las toallas, peines, etc. (Un día les explicaba yo a un grupo de niños unas diapositivas sobre higiene que estábamos proyectando. Aparecía en una un pequeño peinándose. El texto explicativo que les leí decía: "Peínate siempre con el mismo peine; no uses el de los de-

más; si en tu casa lo hicierais con uno para toda la familia, pide a tus padres, cortésmente, que compren uno para cada uno". En ese momento, uno de los chicos exclamó: "¡Y aquí que nos peinamos todos con el mismo!" ¿Qué podía yo contestarle a ese muchacho?)

El olor en los dormitorios, a pesar de que hay algunas, no muchas, ventanas, aun en el invierno es desesperante, irritante. En verano, la pestilencia resulta inaguantable; se mezcla la escasa ventilación al calor, a la falta de limpieza, al sudor, al tufo de los jergones, a las incontinencias de orina, al vaho propio de la estación, etc., y es humanamente imposible dormir. Serían de desear al menos más ventanas, pero es que hasta las ventanas se ponen en contra, se vuelven enemigas. Muchos, trasvelados, deshidratados por el calor y la sed, inconscientemente se han incorporado en la cama, dándose violentamente con el borde de dichas ventanas. Había entonces que movilizar a todo el dormitorio para poder sacarlo (para acostarse hay que hacerlo en orden: primero el más lejano a la puerta, que va saltando por encima de las literas, hasta llegar a la suya, luego el siguiente, etc.) y llevarlo, lo más probable, puesto que las heridas suelen ser de consideración, al hospital. Algunos han caído por el hueco, partiéndose la cabeza, los brazos, las piernas... Por eso, aunque sería de desear una mayor ventilación, nadie piensa en ello, porque seguramente (y volvemos a los refranes populares) sería peor el remedio que la misma enfermedad.

Yo siempre relaciono las cabezas rapadas de estos niños con los dormitorios. Los piojos son inquilinos perpetuos de ellos, junto a

las chinches y otros molestos parásitos. Con la cabeza bien pelada, sin duda, algo se evita y elimina.

También relaciono con los dormitorios el que los niños no atiendan prácticamente nada en clase (aquí inciden muchos factores, que se verán) y den continuas cabezadas en el pupitre. Les debe ser muy difícil conciliar un buen sueño en las citadas condiciones.

En mi experiencia personal tengo un caso que guarda alguna relación con esto, aunque en menor grado. Por fuerzas mayores, hube de dormir varios meses en una sala común donde estábamos más de un centenar. Aunque las camas estaban separadas prudentemente y la limpieza era, en todos los aspectos, irreprochable, el calor y la pestilencia en verano eran abrumadores, muy a pesar de las numerosas y amplísimas ventanas. En invierno, lo del calor quedaba eliminado, pero los olores nauseabundos eran iguales o peores: las ventanas tenían que permanecer cerradas, porque el frío nos impedía mantenerlas de otra forma. Al recordar esto, y pensar en "El Hogar de los niños", recorre mis huesos un ligero escalofrío que me llega hasta la médula, la cual da cuenta de él en forma de dolorosos latigazos, que transmiten todos los nervios de mi cuerpo.

Es horrible que sistemáticamente se le haya de temer a la noche, como estos niños le temen. Que día tras día, llenos de sueño y cansancio, tiemblen ante la perspectiva de un dormitorio donde se han de pasar 10 horas sin un sueño tranquilo; mojados sus cuerpos por un sudor pegajoso e insistente. Incrementado todo el tormento anterior por un silencio impuesto a base de castigos (como se verá),

el temor a orinarse (también se verán las terribles consecuencias) y una sed de espanto, que, como Quasimodo, el jorobado de Nuestra Señora de París, en el día que fue azotado tan absurda e injustamente, no entrevea la esperanza de ser saciada. Pero el protagonista de la obra de Víctor Hugo fue más afortunado; encontró la salvación en el botijo de la bella Esmeralda. Estos pequeños desgraciados tendrán que contentarse con sus lágrimas.

Comedores

A los comedores les iba a llamar "sin comida", pero no quiero exagerar. No es el objeto de esta obra plantar en plan sensacionalista, deformando realidades. Mas no puedo decir que la abundancia sea una constante. En realidad hemos de hablar de enorme escasez.

Construidos en la planta baja, a pesar de su gran extensión y de que la comida se da por turnos, resultan insuficientes. Las mesas, de madera viejísima y rajada, se atiborran de cazuelas, platos, cucharas, vasos de agua a medio llenar y brazos de muchachos buscando espacio libre. Pero no se crea que había lugar para el alboroto y la indisciplina; los castigos, al igual que en los dormitorios, o en cualquier sitio, como se verá más adelante, son lo suficientemente contundentes como para no permitir cualquier desliz.

El desayuno siempre es el mismo. Por lo general, las personas carecemos de imaginación a la hora de preparar la comida de la mañana. En nuestro Hogar no se puede esperar más. Grandes ollas humeantes traen choco-

late líquido, escandalosamente claro, cada día más claro, como si con las primeras tabletas, y a base de añadir agua y más agua, se tratara de solucionar la papeleta para toda la vida. Acompañando al líquido (por lo demás, escaso), unos panecitos y una porción de mantequilla. El saber que cada mañana al entrar en el comedor le esperaba a uno ese "banquete" (hablo por experiencia propia, aunque en lugar distinto), no sólo quita las ganas de comer, sino de tener cuerpo visible. ¡Cuánto darían muchos por no entrar y evitar el verse obligados a ingerir el dichoso desayuno!

La comida del mediodía permite ciertas variaciones. Consta de tres platos (mejor dicho, de tres remesas de comida en el mismo plato). Primeramente se suelen servir lentejas (me decía un niño que un día tenía tanta hambre y estaba tan harto de sacar del plato pequeños bichos negros" "de esos que tienen los élitros tan duros que estallan al masticarlos", tan harto que cerró los ojos y lo engulló todo; desde entonces nunca espulga la comida), o garbanzos ("pochos", dicen los muchachos como adjetivo preferido), o fideos, etcétera... De segundo hay variedad. Unos días ponen filetes de vaca; por desgracia, es demasiado duro y pequeño hasta el ridículo. En otras ocasiones, pollo con patatas doradas; os puedo hablar, con mucho conocimiento de causa, sobre este plato: de las patatas, que antes de pelar se las ve rugosas, fofas y podridas, no se desperdicia nada; el pollo, toca a un trozo por cabeza, y con un poco de suerte, algunos cogen dos: su tamaño es el de una castaña, y, a lo sumo, como una nuez. Otros días tocan huevos al plato; pero no un

par de huevos cocinados individualmente para cada uno. Las mesas —se me olvidó decirlo— son para ocho comensales cada una; en una cazuela sirven dieciséis huevos para cada mesa. Será por el poco cuidado al cocinarlos, o al repartirlos, no sé, pero en la cazuela reina una enorme confusión: yemas y claras forman una masa compacta que se ha de cortar en porciones y servir con el repartidor; muchos, ni la operación pueden ver, y ceden a sus vecinos su parte, en caso de que no los vean, pues si los ven, aparte de que tendrían que comérselo, se les castigaría brutalmente. Y otro plato de los que suele integrar esta segunda tanda es: merluzas en escabeche; un día las merluzas no hedían, y los muchachos limpiaban el plato hasta con la punta de los dedos, para chupar el caldo. Como tercer plato, el postre: fruta del tiempo. Generalmente, una naranja, que algunos, los más necesitados (incluso aquí hay clases), venden para poder tener unas monedas con que comprar cigarros o algún periódico especializado en temas deportivos, “fruta”, fenómeno manipulado del tiempo que pasamos.

Tras la salida de la clase por la tarde, se les da un bocadillo consistente en un panecillo con un trozo de chocolate. Esta comida no es obligatoria, pero nadie la elude. El manjar es demasiado exquisito y el hambre grande, como para andar permitiéndose esos lujos.

Por último, la cena guarda mucho parecido con la comida del mediodía. Sólo se diferencia en que el primer plato siempre consiste en sopas de pan o de fideos, y que el postre, a veces, es un vaso que, irónicamente, o como sea, definen “de café con leche”.

La verdad es que aquí no hacen falta las recomendaciones de los spots publicitarios de la tele. Y el caso es que sin cola-caó, sin yogohurt y cosas por el estilo, también salen grandes deportistas y buenos campeones. Vuelta a lo del refrán: “Díos aprieta, pero nunca ahoga”.

Pero, como en todos sitios, los hay bastante espabilados. Le hacen la “pelota” (“la camusa”, dicen ellos) a las cocineras, ayudándolas en sus trabajos, en los más costosos y repugnantes de sus trabajos, y a cambio reciben bocadillos de tortilla francesa, de queso y, a veces, de chorizo. Si el hambre es mucha, se los comen; si no, los venden a los más favorecidos por la “fortuna”, y así sacan para sus pequeños vicios. Muchos son los que se dedican a este negocio, y por ello hay una servidumbre lamentable; los muchachos se convierten en unos tremendos aduladores, capaces de venderse al mejor postor por un simple plato de lentejas.

La falta de vitaminas está muy a las claras, y no hace falta ser médico para notarlo. El raquitismo es general. Abundan las bocas con llagas, encías hinchadas; caries prematuras, etc. El agotamiento por flojedad y los sudores fríos también son muy corrientes. Los niños enclenques de todos los “Hogares de los niños” son tan abundantes que estadísticamente está comprobado a nivel mundial.

Patios de recreo

Los patios de recreo de “El Hogar de los niños” son cinco. Cuatro interiores y uno, muy amplio, en la parte de atrás del edificio. Este último consta de un gran campo de arena, que

se utiliza para jugar al fútbol; otro de cemento, para baloncesto y balonmano, y la piscina. A diario es utilizado en los recreos de la escuela (menos la piscina, que permanece siempre cerrada, excepto en ciertas horas del verano —una antes de la comida del mediodía y dos tras la siesta— los días que les parece) por todos. El resto del tiempo sólo puede ser utilizado por los chicos del departamento de mayores, obedeciendo a una incomprensible norma pseudopedagógica que cree que los mayores necesitan más aire y más expansión que los pequeños. Posiblemente, y tal vez de manera inconsciente, está impuesto así porque los mayores se han de entrenar continuamente en los distintos deportes que —como se verá— son la vanagloria del Hogar.

Los otros cuatro patios son pequeños y de suelo de cemento. Es decir, los niños más chicos están condenados a no poder jugar con la tierra, o con los árboles (en el patio grande hay muchos); a no poder disfrutar de los amplios espacios, etc... ¡Con lo que los niños disfrutaban haciendo hoyos, clavando palos en la tierra, amontonando arena! Estos muchachos están condenados a prescindir de esos placeres... excepto en los ratos de recreo (cuando los maestros no los castigan a permanecer sin él, por aquello del orden, la disciplina, etc.).

Pero no es eso lo peor. Lo malo es que todo el tiempo de ocio lo han de pasar, sin otra opción, en el patio (hay unos minutos en los que les dejan pasar a la salita con televisión, pero por poco rato, excepto los domingos, que permanecen varias horas; los domingos, además, les está permitido salir dos o tres horas a la calle —los más pequeños

lo hacen por grupos, en compañía de un vigilante). Allí, cuando el sol cae de plano y lo acapara todo, cuando el termómetro sube por encima de los 40° ¡a la sombra!, los niños se acurrucan uno contra otro, procurándose una sombra inútil. Y cuando en el invierno aparecen días cargados de nubes negras, lluvias, granizos, frío, viento y desolación, los niños aguantan con un estoicismo a prueba de cañón, calados de agua y frío hasta los huesos.

—Me retuercen —comenta alguno, con ese humor que nunca falta, aún en las peores circunstancias— y parezco la manguera de regar.

Sí, todo esto ocurre en los patios de cemento, en esos horribles lugares donde se pierde toda iniciativa de juego y los niños se echan al suelo, durmiendo durante horas y más horas, día tras día, toda su infancia y más. Mientras los responsables de su cuidado, los encargados de esta admirable labor, permanecen en un cuarto contiguo, de amplias cristalerías —para vigilar—, con buena calefacción para el invierno y confortables ventiladores en el estío.

En una encuesta que realicé con los niños del hogar pregunté sobre el patio y lo que en él se hacía. Las contestaciones eran unánimes: le tenían verdadera fobia, y se sentían incapaces de hacer en ellos nada que les gustase. En entrevistas personales con ellos obtuve datos emocionantes. Muchos recordaban con nostalgia su pueblo, el pilón de la plaza, el burro del abuelo, el campo con yerba y caracoles, la rivera de agua limpia y peces pequeñitos... Algunos lloraban, y temblaban si les hablaba del cemento.

Una tarde que yo pasaba por el patio de los niños más chicos, me entretuve a jugar con ellos. Llevaba un balón y les propuse jugar a "pelotazos". La mayoría participó en el juego, pero no habían transcurrido cinco minutos cuando todos estábamos completamente agotados. El calor nos impidió continuar.

A raíz de aquello se me ocurrió escribir el poema que transcribo a continuación:

"No era un patio cualquiera,
porque el cemento coarta la libertad
de los muchachos. Faltaba allí la tierra,
los árboles para subir más alto
y tocar el sueño con las manos;
faltaba el grito, el aire, la potencial
huida de una puerta y el infinito
espacio de un paisaje. No era un
patio cualquiera; sobran las voces
de advertencia, los reglamentos
y la entrada a la salita de la televisión.
Por eso los niños tocaban recuerdos con los
dedos, por eso dormían mirando
hacia el pasado, donde una nube de pronto
cortó la libertad y sembró los llantos,
y engendró la mañana de ponerse de
"limpio" y rellenar papeles que marcaron
la ruta del encierro. No era un patio
cualquiera porque los patios
"cualquiera" de los niños florecen de
risas y sudores, de juegos de magia y
colorines allí, tan solo una fiebre,
unas enormes ganas de acabar,
llenaban las mentes de los que tan solo
confiaban —y poco— en un mañana
incierto y en el canto de un pájaro a punto
de volar".

El funcionamiento de los patios es autónomo, y nadie puede pasar de uno a otro sin un permiso especial, difícil de obtener, pues no existían justificaciones para ello (sólo "por simpatía", favoritismo, etc., se daba alguna vez). En cierta ocasión, yo me introduje en

uno, acompañado por cuatro muchachos de otra sección. Cuando quise repetir la aventura, recibí la negativa (eso sí, muy amable y "razonada") de los encargados. No importaba que fueran hermanos: muchísimo menos, amigos. Aquí, los lazos sentimentales no se tienen en cuenta. Son desconocidos por completo.

OTRAS INSTALACIONES

Las escuelas

Las aulas destinadas a clase ocupan la parte trasera de "El Hogar de los niños." Son más bien grandes, aunque la abundancia de alumnos da buena cuenta del espacio. Por supuesto, no existen salas auxiliares; ni despacho de profesores, para juntas, reuniones de coordinación, planificación etc., pero en esto no son las únicas. La enseñanza, a nivel mundial (salvo honrosas excepciones) está muy deficientemente considerada y atendida.

El material de que se surten (libros de texto, cuadernos, lápices, etc.) es gratuito por completo. Si no fuera así, ¿qué iban a hacer estos muchachos? Pero a la hora de comprarlo, no se crea que se adquiere el más idóneo. Ni mucho menos. Se coje aquél que sea más barato, sin tener en cuenta su calidad. Por otro lado, el material fungible y de uso optativo (cartulinas, papel charol, acuarelas, barniz, cuerdas, etc.) es escasamente otorgado. El profesor que quiera hacer una enseñanza dinámica, libre, alegre y amplia, choca con este imponderable. Podríamos hablar de que el material que se cree de única utilidad se limita a: libros —valen de un curso para los

niños que al siguiente año llegan a él—, libretas, lápices y bolígrafos.

Como ningún niño tiene nada que guardar, no hay carteras. Y el armario de la clase casi es superfluo; es escaso el material didáctico que en ellos se deposita. Sin lugar a dudas, se piensa que la letra con sangre entra, y no con aparatos de proyección, material didáctico abundante y desenclaustramiento de la enseñanza, librándose de su condena a ser ejercida constantemente en el mismo aula y con grupos inmóviles, sin contacto alguno de ellos entre sí.

Pero aclaremos que en esto es difícil encontrar culpables. Tanto el director como los profesores —ya lo supondrán— no tiene poder ejecutivo en el asunto.

Biblioteca. Sala de música. Salón de actos. Etcétera.

Hay, en cambio, una biblioteca en el Hogar. Fuera del recinto escolar, o sea, que la podríamos llamar la biblioteca familiar de la casa. Y como tantas bibliotecas familiares, contiene libros absolutamente inadecuados.

Recuerdo que una vez hablaba yo con un importante librero y el hombre se me quejaba amargamente. “La gente —me decía— no compra libros por su contenido; miran, sobre todo, la encuadernación, las ilustraciones y la calidad de la impresión.”

—Una vez —continúa diciéndome— me vino un señor a encargarme 30.000 pesetas en libros, para su recién adquirido mueble-biblioteca. Le pregunté que de qué tipo los quería y me contestó que: encuadernados en piel, con lomo rojo. Nada más. Me asombré por-

que llevaba poco tiempo en el negocio. Ahora, esto es muy frecuente.

—¿Se referirá usted —le dije— a esos “ricos nuevos”. A gente que de la noche a la mañana se encuentran con un montón de billetes y quieren ir por ahí representando?

—Nada de eso —me contestó—. Hay de todo. Concretamente, el caso que le conté al principio corresponde a un joven recién casado, de carrera universitaria; la mujer también tenía estudios en la Universidad.

Si en estos niveles pasan tales cosas, ¡qué no pasará en nuestro Hogar! Ya digo, la biblioteca no es nada útil. Contiene enormes diccionarios enciclopédicos, de esos que matan en los niños las ganas de saber; varios volúmenes sobre temas sin interés, nada familiares ni para los muchachos ni para cualquier persona media; unas cuantas biografías de santos, en libros de pastas de cartón, ilustradas con la figura del bendito, en colores chillones y corridos; unos libros sobre educación cívica y político-social, y montones de tebeos, puestos en cualquier sitio, rotos, sucios de tan manoseados.

En ella no entra casi nadie, y si quisieran hacerlo (por supuesto que no lo desean) les sería harto difícil porque siempre permanece cerrada a cal y canto. ¡Bonitas maneras de crear el hábito de estudio!

La sala de música ya es otra cosa. El triunfalismo reinante no consiente que un niño con aptitudes abandone el instrumento. En las exhibiciones públicas que se dan son mostrados como ejemplo de las magníficas actividades que allí se llevan a cabo, y que no sólo no envidian a la de otros centros, sino que las superan.

Hay instrumentos de toda clase, y ello podría constituir motivo de alegría y regocijo si no fuera por la violenta imposición con que se efectúan las clases. Los jóvenes músicos son esclavos del arte, y los fallos los pagan con grandes palizas y otros variadísimos y refinados castigos.

También hay un hermoso salón de actos, situado, a lo largo, en la delantera y dentro del edificio. Al principio, yo creí que no serviría para nada, pues siempre lo vi cerrado, pero un muchacho me sacó de mi ignorancia. "Sirve —me decía— para echarnos discursos y **cantarnos las cuarenta**; viene gente que manda más y habla sobre el bien que nos hacen, y cosas de esas; los de aquí, nos amenazan, chillan y nos atemorizan." Personalmente, yo asistí a dos actos: un homenaje y una toma de posesión. Creo que es mejor dejarlos sin comentarios.

La capilla también es una pieza importante del Hogar. No es muy grande, pero tiene enormes puertas y ventanales, por lo que se puede escuchar la misa desde el patio de las niñas mayores, al que da el mencionado lugar sagrado.

Podríamos hablar también de las habitaciones reservadas a despachos de dirección, administración, vivienda de ciertos empleados, etc., pero no tienen nada de particular. Quizá mucho barroquismo en el mobiliario y colores excesivamente oscuros; tal vez sea así porque de esta forma impone más recogimiento y más respeto.

Pasillos intransitables. Tресillos "insentables". Jardines "intocables"...

Las prohibiciones, en "El Hogar de los niños", abarcan muchas facetas. Hay un horario estricto que cumplir y unas normas rígidas que respetar. Si no es así, para eso están los palos, las llamadas al orden, a la disciplina, los variados castigos, la mano dura de los encargados.

Los pasillos de los distintos departamentos son intransitables, excepto en los momentos estrictamente marcados para ello. Por esto, siempre aparecen vacíos, solitarios, con un silencio de muerte que huele a hospital, a centro penitenciario, a reclusión. Si algún niño se atreve a franquearlo indebidamente, una mirada de halcón caerá sobre él, aplastándole la cabeza, y unas garras enormes le aprisionarán los hombros hasta clavarse en la misma médula de sus huesos. Se le cruzará la cara a bofetadas y tendrá que ir a fregar platos, recoger papeles o limpiar cualquier cuarto por tiempo indefinido. Así, es muy difícil que haya transgresiones de la ley; está toda la fuerza del reglamento para impedirlo, y todo el terror de los ojos de los niños para evitarlo.

—Es que son —me han dicho— unos salvajes que todo lo ensucian. Ponen perdido lo que pisan. No valen más que para estorbar y estropear.

—"Dónde pisa el caballo de Atila no crece la hierba" —sentencio, para ver qué pasa.

Se anima:

—¡Eso! ¡O peor! Son unos auténticos diablos, de mala sangre. Con ellos sólo vale la vara.

—El castigo fuerte, ¿no? —continúo en tono de guasa y aún así no se da cuenta.

—Fuerte, fuerte. El palo y tente tieso.

Les gusta seguir estas conversaciones:

—Figúrese usted que tienen las duchas con agua calentita, ¡pues cuesta lo suyo que se bañen!

—Yo había oído —objeto— que el agua siempre está casi helada.

—Bueno... no... —replica confuso—. Hoy, precisamente, está mejor que usted y yo la podamos tener en nuestras casas.

—¿A qué temperatura está? —pregunto.

—Lo menos a 80° ó 90° —me contesta.

A lo mejor todo es asunto de ignorancia. De falta de preparación adecuada...

En tanto, los pasillos siguen siendo intran-sitables.

—¡Dónde vas!

Y el niño se achica, se achica. Casi diría-mos que se lo come la tierra.

En los pasillos hay instalados varios tresi-llos. Están ahí, creo yo, dicen así, para reci-bir visitas y para que se haga uso de ellos. Lo de las visitas sé ciertamente que no es así. Las visitas se reciben en pie y fugazmente. No se admiten intromisiones; los padres, allí dejan de ser padres. En cuanto al uso ade-cuado, ya me gustaría (como en tantas cosas) saber qué quiere decir. Los tresillos son "in-sentables"; permanecen nuevos, nuevecitos. Y sólo se les toca para limpiarles, de vez en cuando, el polvo y comprobar que sí, que en la realidad existen.

Los jardines, como ya dije, separan a la fachada del edificio de la valla que está en contacto con la calle. No son muy grandes, pero sí están cuidadosamente conservados.

Hay árboles, arbustos, y plantas de muchos colores. También, unas pequeñas veredas con bancos para sentarse. Lo malo es que allí nadie se sienta. Todo este espacio es intocable. Me recuerdan un antiguo dicho que refieren las viejas de mi pueblo: "La mujer es como la flor: verla, pero no tocarla". Aquí, al menos lo de la flor se cumple. Y bien a rajatabla.

SEPARACION NIÑO-NIÑA:

He aquí un tabú. Los niños y niñas del Ho-gar no pueden relacionarse absolutamente nada ni dentro ni fuera del recinto. Sólo lo hacen los hermanos y bajo vigilancia. Sobre esto hay un lavado de cerebro diario e insis-tente.

Tener conocimiento de que en la calle han cambiado impresiones muchachos de distinto sexo acogidos a la institución, aparte de los castigos a que daría lugar, podía significar la expulsión. Dentro del Hogar es imposible. Además, ellos, por la cuenta que les tiene, se encargan de que esta imposibilidad se extienda a todos los lugares.

Esto, como muy bien manifiestan los psico-analistas, "puede dar lugar a una anomalía que se ponga de manifiesto de forma obsesiva, a causa de la represión dando lugar al llamado "tabú de tocar". El "tabú de tocar" se refiere a la conducta (neurótica), consis-tente en rechazar de forma obsesiva toda idea de contacto físico. También se refiere a los espirituales o simbólicos aparecidos en sueños, y que pueden tener alguna relación con los físicos". Puede, de la misma forma, ocasionar un complejo de culpabilidad que

desemboque en aversión hacia el sexo opuesto, impuesto por el sentido de la responsabilidad adquirida (salida del "super-yo"), mezclado a una atracción natural hacia él (emanada del "ello"), ocasionando así conductas desviadas: instinto del ego —asexualización—; líbido del ego —deseo de sí mismo—; prácticas masturbatorias; frigidez —ausencia de líbido—; homosexuales; hiperestesia sexual alucinatoria —unida por lo general a la manía persecutoria—; erotomanía —especie de amor platónico mórbido que también ha sido definido como "locura de amor casto", con tendencia a la atracción del amor imposible, que ocasiona ansiedad toda la vida, a causa del deseo insatisfecho—; complejo de castración —temor del niño a que se le supriman sus órganos sexuales—; impotencia sexual; perversiones, tales como el masoquismo, sadismo, incesto, voyeurismo (muy extendido, como se demuestra con la venta de revistas pornográficas, que alcanzan tiradas fabulosas), fetichismo, exhibicionismo (¿en qué Hogar de los niños no ha tenido lugar un descubrimiento de esta manifestación desviada, debido a su frecuencia?); etc. Llegado incluso a la necrofilia —acto sexual cometido con un cadáver, tratando de alcanzar al menos esa compensación y a la vez logrando esa venganza, a veces inconsciente— y a la bestialidad —relaciones sexuales contra natura, como una bestia—. Precisamente, una de las categorías de la bestialidad (son tres: bestialidad propiamente dicha, zoorastia y zoofilia eróticas), la zoorastia, concretamente, se define como una desviación patológica, ocasionada por impotencias, neurosis, taras hereditarias, etcétera... y, en las más de las veces, hete-

rosexualidad anormal; o sea, complicación de las desviaciones anteriores. En fin, todos estos daños y más. Para abundar en este aspecto y ver manifestaciones concretas y múltiples recomiendo la lectura del libro "Los 120 días de Sodoma", del Marqués de Sade, y "Trópico de Capricornio", de Henry Miller.

Con hacer esta tajante separación niño-niña, se le da al sexo un significado de malicia, de cosa fea, que opera inmediatamente en el subconsciente. Algunos niños, mediante el sueño, logran una liberación bastante eficaz; los que no, se apuntan a la lista antes expuesta, y no son pocos. (Hay quien en toda su vida jamás habló con una niña, o viceversa, y ya pasa de la adolescencia.)

Parece mentira que algo tan natural como es la relación entre los seres (sean del mismo sexo o del opuesto), y tan puro en los jóvenes, sea anatematizado de esa forma brusca, invitando, de primera, a falsas interpretaciones y enemistades lamentables.

Y es posible que si los responsables lo hacen así sea por su misma educación desviada. No hace falta más que salir a la calle y ver a la gente en sus reacciones. De pena por completo. La represión coge a todos los niveles, extremos patológicos.

Esta prohibición de relación niño-niña no sé bien en qué se basa. Puede que sea (aunque quizá transmitida de generación en generación), como dice el Dr. Enrique Salgado en su libro "Erotismo y sociedad de consumo", en "la desconfianza innata del hombre hacia las mujeres". (¿?). De este libro voy a transcribir unos curiosos párrafos que pueden servirnos:

“El considerar a las mujeres esencialmente fuente de pecado, como hacía San Antonio, no son hechos ajenos a la impureza y nocividad simbolizadas en su secreción genital hemática. San Jerónimo dijo que la mujer era “la puerta de Satanás, el camino de la injusticia, el dardo del escorpión”. Según el filósofo francés Pierre Bayle, en un Sínodo de Obispos franceses, celebrado en Macon el año 585, se discutió si la mujer era o no criatura humana. Kraft-Ebing dice que una norma canónica, procedente del Concilio de Maguncia, afirma que “sólo el hombre y no la mujer ha sido creado a imagen de Dios, por lo que la mujer debe servir al hombre y depender de él”.

Bebel, en “La donna ed il socialismo”, reproduce estos dos pasajes, que atribuye a San Pablo y Santo Tomás: “Vuestras mujeres se callan en las reuniones de la Iglesia, porque no les está permitido hablar; pero deben ser vigiladas y si quieren saber alguna cosa deben preguntársela a su marido, porque es cosa deshonesto para las mujeres hablar en la Iglesia (...). La mujer es una hierba mal que crece con rapidez; es un hombre incompleto cuyo cuerpo alcanza pronto su total desarrollo, porque vale menos y porque la naturaleza se ocupa menos de ella. Las mujeres han nacido para estar siempre bajo el yugo de los hombres, señores y patronos, los cuales, con la superioridad que Dios les ha concedido, están destinadas a reinar”.

En el Hogar habrán tomado buena nota de esto y no querrán que “las manzanas sanas se junten con las podridas”. Aunque yo más bien creería que de eso a ellos les importa un pimiento. Quizá todo dependa de la iner-

cia de la tradición. Lo contrario no dejaría de ser una curiosa ironía.

Heulmut von Schel, en su “Biografía de la homosexualidad”, escribe: La convivencia más o menos forzada, de personas de un mismo sexo y en un determinado centro crea una serie de problemas, entre los cuales no es el menor el de que entre dichas personas se inician relaciones o amistades homosexuales. Como ejemplo de estos centros de convivencia forzada, como lugares “idóneos”, pueden citarse los internados, las prisiones, etcétera.

Freud opina que el impulso homosexual existe latente en toda persona y puede hallar expresión en circunstancias favorables, dada una abstinencia heterosexual.

Hace muy poco me ha llegado la noticia de que en un internado de niños deficientes físicos se han descubierto casos masivos de experiencias homosexuales sistemáticas, los cuales ahora no saben pasar sin ello. De igual modo me han hablado de internados de niños, donde el miedo al matrimonio llega a extremos de fobia, siendo por lo cual inaptos para contraerlo.

Las represiones han dado lugar a fijaciones del instinto y a posturas de amoldación, produciendo sujetos inadecuados para un mundo donde el hombre y la mujer se complementan.

Conclusión

¿Qué conclusión podemos sacar de lo expuesto hasta ahora? Da todo una sensación tan grande de pobreza y mezquindad que a cualquiera le asombra cómo no se vuelven así los niños locos de atar.

—Nosotros —me decía uno—, que debiéramos ser aquí el punto clave, la pieza más interesante, los “amos”, por decirlo de alguna manera, no somos más que unos esclavos, víctimas de las circunstancias.

—Quizás a unas circunstancias se deba todo esto —le respondo.

—De eso nada. Esto es un sistema inamovible, fuera de consideración temporal y espacial. Algo real que se produce... —y sonrío amargamente antes de seguir— por todo el planeta azul, tan lindo, dicen, desde fuera.

SEGUNDA PARTE

LA DISCIPLINA

Yo tengo que beber este dolor de los años
enteramente sufridos. Sin dejar la expresión
del que se sabe trágicamente excluido.

A la postre habré de morir en la
confusión o en la claridad del que lo
ignora todo, como un gallo mañanero
en lo alto de las conciencias.

Me enamora en la mente la belleza
anímica visible, y el perfume a
cadáveres lo ignoro, por engañar al corazón
y llenarme de deberes.

JUAN ANTONIO BERTOMEU

¿Cuántos muchachos hay en "El Hogar de los niños"? Pongámosle 600. Las edades varían desde recién nacidos hasta los veintidós años (que ya de niños tienen muy poco). Niños hasta los cinco años de edad hay bastantes, pero corresponde al menor porcentaje (un 15 por 100); éstos permanecen en un anexo al Hogar, situado al lado del recinto, de características muy parecidas y de ambiente general por el mismo estilo. Luego vienen los comprendidos entre cinco y trece años, que ocupan los pabellones de menores, y son el 60 por 100. Por último, están los de trece a veintidós años, los mayores, que alcanzan el porcentaje del 25 por 100.

Como ya decía, las características son muy similares entre ellos. Todo lo que se expone vale para cualquiera, si bien hay que hacer una completa excepción en cuanto a castigo por orinarse, excretar, etc., en los primeros—huelga decir que en ellos la separación chico-chica no es impuesta como norma moral-preventiva—, y queda casi eliminada, por naturaleza, en los últimos. En realidad el asun-

to de los castigos, que a continuación se detalla, sólo se da enteramente en los niños (y niñas) de cinco a trece años. Pero esto no quiere decir que en los mayores, o menores, quede eliminado. Sé que más de un chico de dieciocho años ha sido arrastrado a patadas por el patio de arena. Y sé que a niños menores de cinco años se les embadurnó la cara con excrementos. O sea, ¡a ver si nos entendemos!, quiero decir que el fuerte de la cuestión cae sobre los niños comprendidos entre cinco y trece años, que, como se ha visto, son mayoría.

¿Y por qué son mayoría los comprendidos entre estas edades? Si la proporción fuera uniforme, tendría que haber un 40 por 100 y no un 60 por 100. La explicación es fácil: no todos los padres se deciden a entregar a sus hijos (por muy precarias que sean sus condiciones) cuando son muy pequeños, y si los padres no viven, algún pariente los recoge, en tanto se hacen algo mayores. Por otro lado, cuando el chico va teniendo edad de trabajar, suele volver con la familia, pues ya deja de ser una carga. Así, en las edades en que pueden defenderse en comunidad, pero son una carga económica, permanecen masivamente en el Hogar.

Entonces surge la cuestión: Aquí debe haber un orden, una disciplina. Y se impone. ¿Cuál? Veamos antes qué es la disciplina en sí.

Es, ante todo, orden; orden que se impone. Pío XI, en su encíclica "Divini Illus Magistri", dice: "Es erróneo todo método de educación que se funde, en todo o en parte, sobre la negación u olvido del pecado original y de

la gracia". Comenio decía que "el colegio sin disciplina es como molino sin agua".

La disciplina se ha definido como "la acción inmediata sobre el espíritu del educando con el propósito de educarle".

Gottler ve en ella este triple aspecto:

1.º Conjunto de disposiciones para regular y asegurar la vida común en una escuela o centro educativo (disposiciones sobre la disciplina).

2.º La conducta de los educadores y educandos respecto a su observancia (disciplina activa).

3.º La situación o modo de ser que de aquello resulta (disciplina pasiva).

Las disposiciones a que hace referencia no son más que las reglamentaciones de los premios y castigos, que hagan sobre el niño un efecto emulativo y le creen conciencia de responsabilidad y distinción entre lo establecido como bueno y como malo. Del tacto en llevarlo a cabo dependen los efectos.

La conducta de los educadores se toma idealmente como inflexible, justa y ejemplar. La que se pretende de los educandos es la de la estricta observancia. Vuelvo a hacer referencia a lo del buen tacto.

En cuanto al resultado, éste dependerá de lo anterior.

En "El Hogar de los niños" la disciplina dispuesta es la del palo, la de la amenaza, el terror, el tormento, el castigo constante y el desprecio. La postura de los educadores (en el amplio sentido de la palabra), rígida, autoritaria y tiránica; en los niños, de pánico. El resultado, como es de prever: de pena.

CASTIGOS

Como únicas disposiciones para regular la disciplina he dicho que están los castigos, y toda la variada gama de sinónimos. Estos son muy variados y dignos de contar. Hablemos sobre algunos de los más sorprendentes.

Orinarse en la cama

Cualquier niño, alguna vez que otra, se orina en la cama. Esto lo sabemos todos por experiencia familiar y personal. Y ya no me refiero a los párvulos, que raro es el día que no lo hacen. Me refiero a los niños mayores de seis años. Todos conocemos casos a montones. Unos más, otros menos, siempre mojan las sábanas. Pero hay más. Los psicoanalistas nos dicen que: "la tensión emotiva puede hacer que el orinarse en sueños sea un hecho casi cotidiano, incluso es una especie de protesta inconsciente e incontrolable". No hace falta demostrar, porque ya se ha hecho, que estos muchachos del Hogar viven en una constante tensión emotiva, y, por lógica, hemos de reconocer como la cosa más normal el fenómeno que tratamos... Pues véanse los castigos que por ello se imponen:

1.º No hace falta registrar las camas. A causa del terror impuesto, los niños, por la mañana, revisan su sábana. Aquellos que la tienen mojada se presentan con ella delante del encargado, mostrándole "el cuerpo del delito". Este, reúne a todos y los lleva, si son niños, al departamento de niñas, y viceversa. Una vez allí se les pone en la parte más visible (en el comedor) y se incita a los demás para que se rían de ellos y canten a grito:

"¡Meón! ¡Meón! Meón!" En tanto, las víctimas tienen desplegada su sábana delante de ellos, tapándose todo menos la cabeza. Ese día no desayunan; han de permanecer en la posición descrita hasta que finalice la comida. Y, es curioso, no brota ni una lágrima. Sus ojos permanecen secos, como el corazón de sus verdugos.

2.º En otras ocasiones sólo han de enseñárselas al encargado. Este, sea verano o invierno, les hace desnudarse, los lleva a la ducha y, mientras les cae encima el agua fría, les pega con saña, sirviéndose de una correa de cuero o de una soga. Cuando se cansa de dar, los deja libres. Los niños recogen su sábana y la dejan encima de la cama.

3.º Otro modelo más: enseñan sus sábanas mojadas. Se les pone (dentro de su departamento) en un hueco libre y se arenga a los compañeros hablando de la "indignidad" de su acción. Acto seguido se les dice: "Echáros a ellos, pegadles patadas, puños, lo que queráis, y donde queráis." A la voz de ¡ya!, los críos se arrojan sobre sus compañeros, sin pensar en que ellos pueden ser las víctimas del día siguiente, y los golpean sin compasión durante varios minutos. Es, desde luego, una de las formas más efectivas de fomentar la violencia.

4.º Y he aquí otro método empleado: beber orines. Durante el día se recogen los de varios niños, elegidos al azar, y ése es el desayuno de los que al día siguiente cometen la "falta". Algo que recordarán toda su vida cada vez que vayan a orinar.

Alguien, al leer esto, pensará que son tontos enseñando lo que nadie vería si ellos no se delataran a sí mismos. Pero no. Cada com-

pañero es un efectivo vigilante que revisa la sábana del de al lado. En esto la conciencia es absoluta. Como dice Baltasar Gracián: "Cada hombre está solo en la lucha del mundo, pues no se trata de una lucha de clases en la que cabe solidaridad. Es algo más profundo: el hombre está solo en la lucha por la vida." El niño está solo en esta angustia, en esta agonía diaria. Es el mundo de los mayores que se incrusta en el pensamiento, en la conciencia de los niños, a base de lavados de cerebro. Es nuestra mezquindad, que empieza a tener cuerpo, a dejar su herencia, a promover el relevo. Y nunca mejor dicho lo de relevo. Por lo general, los empleados y empleadas del Hogar son personas que antes estuvieron acogidos a la obra de beneficencia y que una vez declarada su mayoría de edad fueron contratados para trabajar allí. O sea, ellos habían sufrido estos terribles suplicios. ¿Cómo explicar las cosas? ¿Existen palabras para hacerlo? ¿Se imaginan los ojos de estos desgraciados inocentes, su expresión mientras beben orines o son atacados sin la mínima compasión?

Para que estos incidentes no ocurran, o al menos para que sean minoría las víctimas, se toman diversas precauciones que de por sí también son refinados castigos. Veámoslas:

1.º Se controla rigurosamente sus bebidas: El agua que toman, porque otras cosas no se les da. Sólo les dejan beber en las comidas del mediodía y en la cena. Está prohibido hacerlo en cualquier momento diferente.

Les ponen un vaso a cada uno, lleno por la mitad (un sexto de litro aproximadamente). Es decir, les dejan beber un tercio de litro al

día. En el verano la ración es doble: dos tercios por día. Con eso han de bastarse.

2.º Para que nadie pueda beber más, se les controla rigurosamente. Si van a los servicios (dentro de los momentos estrictamente prefijados), una vez que salen de allí se les miran los labios, los palpan bien, por si están mojados. Algunos, no pudiendo resistir la sed, utilizan, para aplacarla, el agua del water; al salir se frontan fuertemente los labios, para que no se note, pero su mirada los delatan. El castigo no se deja esperar. Se les arrastra a patadas por el patio. Les aplican la ducha de agua fría. Les quitan el vaso de agua de la comida y el postre, etc.

La insoportable sed, muchas veces, por la noche no les deja dormir. Hay quien se arma de valor, se arrastra por el suelo, como un reptil, y llega a las duchas. O bien porque algún compañero que lo ve lo delata o bien por el ruido del agua, en la mayoría de los casos se da cuenta el vigilante, ese ser que parece que no duerme, esperando poder mortificar a los niños. En estas ocasiones los castigos son más fuertes. Les hacen dormir sentado en una silla, o debajo de una cama, o se les arresta sin comer ni beber todo el día, ¡aparte de la brutal paliza!

A pesar de todo, las incontinencias de orina siguen su ritmo normal. Los responsables no pueden comprender que el estado psicológico nubla el físico y se impone. No pueden comprender que su actuación es completamente inválida para el hecho. No pueden comprender que hacen un infierno donde sistemáticamente están inmiscuidos todos los niños que habitan en este lugar que los hombres les asignan. No pueden comprender na-

da, porque sus mentes están vacías, su corazón vacío, sus almas vacías, tremendamente inhumanizadas.

Por defecar en la cama

Los niños que se ensucian en la cama, por supuesto, son bastantes menos que los que se orinan. Pero los hay. De vez en cuando se da algún caso. Y, como es de suponer, no queda impune la "falta". Para ellos hay dos clases de castigos, a gusto del encargado:

1.º Embadurnarse con los excrementos. (Pintarse toda la cara con ellos, hasta que no quede nada en la cama y en el jergón.) Al pobrecillo que le toque, se le obliga a que él mismo realice la tarea. Luego se le tiene expuesto públicamente dos o tres minutos, para servir de escarmiento y para que los demás se burlen de él, cosa que los niños realizan con grandes voces y risotadas estridentes. A la víctima le dura el hedor por todo el día.

2.º El otro castigo es aún peor: comerse los propios excrementos. Absolutamente todo, limpiando con la lengua lo poco que queda señalado en la sábana. Algunas veces, cuando es más de uno el desdichado, han de intercambiárselos, comiendo cada uno lo del otro. Soportar esta visión, ser testigo de ella, sólo es capaz el que tiene el corazón más duro que el acero.

Pero como con esto parece que no hay bastante, se acompaña con castigos corporales: correazos, duchas de agua fría, etc.

Los mocos

También con los mocos hay castigos. Como no se les da pañuelos, o muy rara vez los tie-

nen, los niños se los limpian con sus manos, sacudiéndose después en las paredes. Es algo instintivo y corrientísimo en la vida normal. ¿Quién no lo sabe? Pues lleva un castigo peculiar: comérselos, chupándolos de la pared. A esto siguen los demás castigos comentados como generales. También se obliga a efectuar intercambios si se observan a más de uno en el acto. Y yo creo que a los verdugos les divierte.

Castigos provechosos. Castigos absurdos

Y dentro de la variada gama de castigos, hay algunos que son ciertamente provechosos; otros, indudablemente, absurdos...

Entre los provechosos (se me olvidó añadir: "para los encargados") están: Pelar patatas a navaja durante toda la tarde, fregar las cocinas, limpiar el polvo, recoger las basuras, papeles, etc. En algunas ocasiones, si la falta se cree muy grave: no acudir a tiempo a una llamada o pasear por el jardín, etc., el castigo no es por una tarde, ni por dos, o una semana. Se impone por meses enteros... Como se ve, es una buena forma de quitarse de encima el trabajo y de atribuir a éste una función de carga, de molestia; muchos niños asocian, por la cual, trabajo a castigo. Cuando sean mayores tratarán de evitarlo o disminuirlo a toda costa.

"La vida es bonita... para los que no tienen que trabajar." Esta es una frase muy popular que anda por ahí de boca en boca. Es muy difícil encontrar personas que sientan la alegría de su labor, de su obra. ¿Podemos echárselo a la cara? ¿Y a los que salgan de "El Hogar de los niños", se les puede reprochar?

Dentro de la gama de castigos... provechosos está uno bastante engorroso: limpiar los dormitorios. Como las camas están tan juntas, hay que irle quitando a cada una el colchón y el somier, y dejándolos encima de la siguiente, mientras en ésa se realiza la limpieza; luego, ponerlos, y continuar la operación con la otra, y así hasta acabar con todas. Es físicamente agotador y psíquicamente desesperante.

Entre los castigos provechosos encontramos también uno referente al dinero.

Cada niño recibe semanalmente una "paga". Esta "paga", corta siempre, va en proporción al sexo y a la edad: las niñas menos, y los mayores, más. Pues bien, unas veces como acumulación a los castigos anteriores; otras como único, hay semanas en que no se les da nada a los "arrestados". Sus sueños de comprar unos paquetes de pipas, caramelos o sobre sorpresas con futbolistas, se ven truncados de repente. Hay que esperar a la siguiente semana, por aquello de "a ver si hay suerte". Son frecuentes las acumulaciones semanales. Por eso, muchos se pasan los meses sin recibir ni una peseta solamente.

También si rompen algo de la vajilla, o un cristal, etc., se le va descontando su valor de la "paga". Oswald Kolle dice algo curioso sobre esto: "un niño no recibe sus tres pesetas semanales porque ha roto un vaso que cuesta cinco; de esta manera tiene que pagar un vaso nuevo. "Así sabrá lo que significan cinco pesetas." (Pero ni el más severo juez condenaría a un adulto con un salario bajo y que ha ocasionado alguna leve imprudencia a pagar una multa excesiva.) Claro que esto lo dice

Oswald Kolle. Y Oswald Kolle nos cae muy lejos... todavía.

Luego están los castigos absurdos. Castigos degradantes. En su libro "Recuerdos de la casa de los muertos" nos habla de ellos Dostoiewski. Con su relato no necesitamos más explicaciones.

"Una vez se me ocurrió la idea —dice por boca de Alejandro Petrovitch de que, si se quiere aniquilar a un hombre, destrozarlo moralmente, castigarlo de modo tan implacable que incluso el peor bandido tiemble ante semejante sanción, bastará dar a su tarea un carácter de cosa absurda y completamente inútil... Si se le dedica a pasar agua de un tonel a otro, y de éste otra vez a aquél, o a triturar arena. o a transportar montones de tierra de un sitio a otro, para volver a llevarlos después a donde estaban al principio, yo creo que al cabo de unos días se ahorcará, o cometerá mil atrocidades para que se le castigue con la muerte y librarse así de semejante humillación, de tanta vergüenza, de tan horrible tormento. Por otra parte, este castigo rayaría en la tortura y en la venganza y sería injusto por excesivo." No sé si este escrito habrá llegado a las puertas del Hogar. El caso es que los niños siguen transportando arena de un montón a otro, y de éste al primero, como pequeños autómatas o robots sin sentido.

Lo más lamentable es que en la imposición de estos castigos no sólo toma parte la mano "oficial". A los mayores se les encarga la vigilancia de los pequeños, y a éstos de los más chicos aún. Son momentos constantes de angustia los que pasan los niños ante esta opresión. Aquí entra muy en juego el favoritismo

mo, las ganas de hacerse valer y respetar, la venganza, etc.

Un pobre muchacho fue castigado un día por su compañero a quedarse sin baño en la piscina. Era un día de verano con un calor brutal. Resultaba desesperante la sanción. El muchacho no lo podía aguantar, se escapó, se fue a bañar al río, y ocurrió un suceso lamentable: a las pocas horas llegó al Hogar la noticia de que un chico de allí se acababa de ahogar. ¿Hay alguien culpable de esa muerte? Todos decían que era un rebelde y que se había encontrado lo que buscaba. Y quedaron, tras los primeros llantos, tan tranquilos.

Es desesperante que uno no pueda gozar de libertad. Que a cada momento se esté temiendo el arresto. Que no se puedan hacer proyectos, porque los pueden derrumbar por la más grande de las tonterías. No es extraño por lo cual que se den frecuentes ataques de histeria, a veces de agudez mortal.

PROLONGACION DEL CLIMA DE CASTIGOS

Este habitual clima de castigos es parte integral de la vida diaria del Hogar. Y se hace extensivo a todas las actividades que se llevan a cabo. En el comedor no se hace excepción del caso.

Comedor

Hemos hablado anteriormente de las comidas. Por eso, no abundaremos más en ellas. Pero dejamos atrás la disciplina del comedor.

Como también tiene sus "migas", le vamos a echar un vistazo por encima:

Hablar, moverse, reír, etc., en el recinto, mueve a dos castigos característicos:

1.º Quedarse sin postre. Esta medida casi nunca se adopta por un día. Se suele castigar por un mes, un año, o "de por vida", frase que se ha hecho tristemente famosa en el Hogar.

2.º Comer todo el tiempo de pie. Como el anterior, es un castigo duradero.

Por esto, es normal observar en los comedores un silencio sepulcral. Solo el ritmo acompasado de las cucharas se oye. Y —si tenemos un poco de sensibilidad— el enorme ruido interior del terror, el miedo, la angustia de la represión.

Para acabar con lo referente a las comidas, un broche de oro: Si alguno vomita, tanto en el comedor como fuera, ha de limpiarlo, y bien, volviendo a comerse todo; rebañando con la lengua. En un alarde mayor de cinismo, se le da pan para que "unte el caldo". ¿Se imaginan lo terrible de un niño, con los ojos enrojecidos, desencajados; con las vísceras revueltas, agachado en el suelo, acostado en él, chupando lo vomitado? ¿Y se imaginan al que impone el castigo —posiblemente un compañero mayor—, en tanto, mirándole con ojos exigentes? Lo verdaderamente milagroso es no volverse loco de remate.

Paquetes de sus madres

Pero aún queda algo más sobre comidas, aunque es de distinta índole. Son los paquetes. Los famosos paquetes que en los colegios, o en "la mili", o en la pensión de la le-

jana ciudad donde trabaja, etc., recibe el joven de manos, o por envío, de su madre.

Aquí también llegan. De vez en cuando (muy de vez en cuando, pues las situaciones familiares no dan para otra cosa), el cartero trae algún paquete que puede hacer el milagro de quitar el hambre (al menos por unos días) a uno o varios niños. Mas ésto no ocurre; lo de "quitar", sí, pero en otro sentido. Los encargados se encargan (para eso son "encargados") de apoderarse de los paquetes y comérselos tranquilamente. Al pequeño se le obliga a que conteste a su casa agradeciendo el envío y hablando de lo delicioso de las cosas que contiene. Que yo sepa, nadie se ha opuesto a ello todavía.

Pero para que vean hasta dónde llega el miedo, atiendan a este caso (muy frecuente): "La madre llega a visitar a su hijito, portando un paquete; a la hora de irse se lo da." ¿Qué creéis que hace el crío? ¿Lo abre? ¿Come algo, sea la hora que sea? Nada de eso: lo entrega intacto a las garras del opresor. Sabe que si no (es la creencia que les tienen embutida) "lo mataría". Igual suerte iba a correr si denunciara el caso a su madre o a personal de mayor jerarquía en el Hogar. Estos encargados directos, estos empleados (y empleadas), antiguos "niños del Hogar", aprendieron muy bien la lección.

MIEDO

"No he perdonado los gritos de los niños asustados" GABRIEL CELAYA.

La psicosis del miedo en que estos pequeños están involucrados les lleva a situaciones

y casos curioso. Me cuenta un joven del Hogar que en muchas ocasiones (sobre todo a los más pequeños) se les sienta, ordenándoles que no se muevan absolutamente nada, ni los pies. La sentada dura varias horas muertas. En este tiempo, los niños sólo mueven el cuello, y poco. Las manos se las ponen sobre los muslos y ahí quedan. Pues bien, a veces, inconscientemente, alguno mueve las piernas, balanceándolas hacia adelante y atrás. Aunque nadie lo viera hacer, el pequeño, al darse cuenta de su acción, se levanta de su asiento, va hacia el vigilante y se delata.

No se crea que por esto mueve a compasión y se le perdona. Ni mucho menos. El castigo es el mismo de siempre. Se ejecuta con la misma inflexibilidad.

La violencia despiadada en las palizas es muy frecuente. Me cuentan casos en que a los niños se les azotó sin consideración, produciéndoles heridas grandes y hondas, por donde salía sangre alarmantemente. El responsable directo de ellas, para evitar complicaciones, suele atar trozos de telas, más que nada para taparlas, sin pararse a pensar en infecciones, tétanos, pérdidas de sangre, etc. Y nadie "se va de la lengua". Todos justifican las vendas hablando de caídas involuntarias, etcétera. Sé de un caso con fractura de cráneo y conmoción cerebral; era una noche en la que los niños tardaban en dormirse: pagaron varios, y entre ellos el caso citado: durante toda la noche se cayó el suceso, bajo amenazas de torturas; el niño aguantó el dolor, mientras se desangraba entre los trapos que le fueron puestos. Por la mañana fue atendido en el hospital; oficialmente, se trataba de un niño que se cayó de la litera: no se dijo otra cosa.

Recientemente ocurrió un caso curioso. Un niño de nueve años dejó de asistir a la escuela. Supimos que se había fugado del Hogar. Tras quince días de infructuosa espera, se pudo dar con el niño y su madre.

—¿A usted no le da vergüenza —fueron las palabras que a ésta se le dirigieron— tener a su hijo aquí, sin hacer nada?

—¡Qué me dice! —repuso sorprendida la mujer—. Yo he ido varias veces al Hogar con mi niño, pero el jefe de sección no me quiso recibir, y me ordenaron que me marchara. Ahora busco escuela para él, pero no encuentro nada.

Se comprobó que era verdad. También se supo la causa de la huida del pequeño:

Tras ser castigado a permanecer un fin de semana en el Hogar por haber hablado al entrar en el comedor, el muchacho se arriesgó y marchó a pasar el domingo con su madre (instalada en la ciudad —donde trabaja de “doméstica”— tras la muerte de su esposo). Al regresar el lunes, la encargada le castigó a un mes sin salir y otros castigos (recuérdese la variada gama) más, “poniendo los ojos en blanco”, según expresión del niño. El, se aterrizó y optó por fugarse.

Estas fugas son muy corrientes. Muchos niños me han contado las suyas: algunos, más de dos. Se saltan las tapias, la verja, y hacen auto-stop. Algunos son recogidos, desmayados, por las carreteras. Otros, devueltos desde sus casas. A muchos, se les expulsa; a otros, se les tortura.

Al preguntarles que por qué marchaban obtuve variadas contestaciones, pero con muchos puntos de unión entre sí:

—Tenía mucho miedo.

—Estaba harto de palizas.

—Quería ver a los míos, pues con tantos arrestos hacía tiempo que no iba.

—Echaba de menos la plaza de mi pueblo.

—Necesitaba hacer algo que saliera de mí.

Querían, en fin, un poco de amor, de comprensión, de libertad, de evasión.

¡A DORMIR!

Unos renglones más atrás decía que abundaban las palizas con derramamiento de sangre. Y conté un caso ocurrido en la noche y en la cama. He de decir que en la cama las palizas eran muy corrientes.

Ya dijimos que a las diez de la noche todos tienen que estar en la cama. Y a las diez y tres minutos, dormidos. Fíjense bien en lo que digo: dormidos. No en silencio, no quietos: dormidos.

Se comprueba si es así. Para ello hay varios métodos.

— Acercarse a la víctima e intentar abrirle los párpados con los dedos. Si se logra, es tomado como señal de estar despierto: la paliza es segura. Y, fíjense, da la coincidencia de que los que abren los párpados son los que en verdad están dormidos; los otros ya se encargan de cerrarlos bien.

—Otro: acercarse al elegido y llamarle en voz baja. Si contesta: palos. Como ven, esta gente desconoce la teoría de los sueños de Freud y sus discípulos.

— Otro: susurrarle al oído: “te llama tu madre al teléfono”. Y repetirlo varias veces. Aquí —¡probrecillos!— “caen” tanto los dor-

midos como los despiertos. Es “la querencia de la sangre”, que se suele decir.

Con los pequeñines, que se producen lloros cuando se apagan las luces, se sigue también el feroz método del palo. ¡Y pensar que éstos dejarían de llorar si una mano amiga, una mano con calor humano, se acercará y le hiciera caricias...! ¡Pensar que sólo la mano del tirano guía sus sueños y sus vidas...!

FORMACION DISCIPLINARIA RELIGIOSA

En cuanto a formación religiosa se refiere, es fácil imaginar que impera también la rígida disciplina, cuajada de obligaciones, prohibiciones, miedos, amenazas, relatos desesperados, etc. La verdad es que, por desgracia, los malentendidos sobre la religión están muy extendidos por todo el mundo.

Antonio Machado dice respecto a la saeta (cantar tan típico en la Andalucía folklorista): “No puedo cantar ni quiero / a ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en el mar.” O sea, a un Cristo resucitado, triunfante, glorioso, todopoderoso; no a un Cristo apenado, triste, asedado, crucificado. Esto mucha gente no lo comprende, y “El Hogar de los niños”, sitio repleto de tantas incomprensiones, no puede quedarse atrás.

Se les lava el cerebro con la idea de la muerte: “Una noche os acostareis y el demonio llamará a la muerte, devorandoos las entrañas; al día siguiente no podréis ver a nadie, no podréis levantaros, seréis cadáveres. Si no os preparáis para ello, si no sois obedientes, si no os sacrificáis, si no rezáis, iréis al infierno, donde os quemarán con tizones, hierros,

etcétera”. Esto, día tras día, repitiéndoselo. “Como pequéis, la muerte vendrá a por vosotros, sin compasión ninguna.” “Dios os condenará al fuego eterno.” “Estad siempre atentos porque la muerte os aguarda y atacará cuando menos lo esperéis.” Los niños tiemblan ante esta idea; los niños de 5, 6, 8, 10 años, 12, 15, y más años, se obsesionan y sueñan con tormentos horribles que durarán para siempre.

—Viene el demonio —me decía un niño de cinco años— y nos pincha con una harca ardiendo.

—¿Y por qué?

—Por ser malo.

—¿...?

—Y si tenemos malos pensamientos, nos tizna la cara con la punta del rabo.

—¿...?

—Pero si somos buenos, viene el niño Jesús a jugar con nosotros.

Así, sucesivamente, implantando una moral de “buenos” y “malos”... Recuerdo el manifiesto de los nadaístas colombianos a propósito del tema; por su interés, reproduzco unos fragmentos:

“Basta de morales basadas en el terror a Satanás. Basta de comerciar con la vida eterna...”

“No queremos una fe muerta, la resignación, la culpa, el remordimiento, toda una filosofía de la muerte y el pensamismo.”

Uno de los muchachos mayores me contaba que él, al llegar la hora de acostarse, le entraba verdadero terror. Cada noche repetían unas frases que se le habían grabado en el cerebro y le hacían tener horribles pesadillas. El joven huyó un día, y no se supo más de él. Las frases eran esas que mucha gente le atri-

buye a los cartujos como su saludo habitual (según leí hace algún tiempo en un informe periodístico, ellos lo desmienten): "Tenemos que morir. Esta noche puedo ser yo el que fallezca. Puedo ser yo, porque sin remedio tenemos que morir".

Utilización de la religión

Esta religión, esta visión parcial de ella, se utiliza mucho para otros fines. Se recurre a argucias religiosas para que el niño se esté quieto, etc.... Esto hace que los pequeños confundan la escala de valores. No podemos ordenarles que coman, por ejemplo, con la mano derecha porque así lo quiere Dios; esto es absurdo, les da una idea de un Dios caprichoso, exigente, etc.... Son argumentos que sólo sirven para engrosar la serie de prejuicios que abruma al hombre. Y lo peor de todo es que su empleo es constante y general.

Obligaciones

Al niño se le obliga a ir a misa; se le obliga a rezar. Sin más. Sin otra explicación; es así, porque sí, y se acabó. Estadísticamente está comprobado que, como venganza inconsciente, o consciente, los niños "educados" en este clima, se desentienden de las manifestaciones religiosas. Rousseau dice al respecto: "Querriéndoseles hacer piadosos, se les fastidia yendo a la iglesia; haciéndoseles mascullar incesantemente oraciones, se les obliga a aspirar al gozo de no seguir rezando a Dios".

Primeras comuniones

Luego están las primeras comuniones. ¡Por Dios, cuánto mal entendido en este acto de

recibir, por primera vez, al Señor! ¿Cuándo se va a dar cuenta la gente que lo único básico es "recibir a Dios". Pues nada, se monta una fiesta alrededor de ella, donde se muestra todo el triunfalismo de que se es capaz, invitando a gente de relevancia, organizando actuaciones de coros, tablas gimnásticas, etc., cuyo único fin (a pesar de haberse montado a lo largo del año) es mostrarse al público ese día, y jamás el perfeccionamiento de los jóvenes (más adelante se hablará de esto). Se echan discursos, hablando de generosidad, caridad, amor, etc., por una parte, y de desgracia, desamparo, pobreza, etc., por la otra. Y se viste a los niños de "primera comunión".

Francisco Umbral se expresa así en su artículo "Los niños disfrazados": "En el niño ha depositado secularmente la humanidad todas sus miserias adultas, tratando de redimirlas o hacerlas graciosas mediante la involuntaria tercería infantil. Sólo hay una cosa más triste que un niño disfrazado, y es un elefante con corbata".

Tras una de estas "fiestas" vi solitario a un niño de los que habían hecho la primera comunión. Su padre no existía y la madre no disponía de medios económicos para trasladarse de su pueblo al Hogar. Me dio una tremenda pena, verlo solo, con su traje de marinero y los zapatos limpios. Luego comp.obé que no era el único. Había muchos marineros sin barco y hadas sin estrellas.

EN LA ESCUELA

Ahora viene la escuela. La escuela es ese sitio del que guardan tan malos recuerdos la

mayoría de los adultos. La escuela es ese sitio donde siempre ha habido una minoría de maestros que han hecho la felicidad de los niños, y una mayoría que labraron su desdicha. La escuela puede ser un lugar maravilloso, o extremadamente indeseado.

Hace unos días estábamos, en mi aula del colegio donde ejerzo de profesor de E.G.B., un antiguo compañero de primaria y yo. Los dos solos. Mi compañero se sentó en mi silla, cruzó los brazos y las piernas e imitó el duro gesto de un profesor nuestro, de los lejanos años escolares. (Antes de seguir quiero hacer constar que no señalo en concreto a ninguno de los profesores que he tenido, y ruego que nadie se dé por aludido.) Dirigió la mirada hacia una banca cualquiera, e imaginó que él, de pequeño, estaba allí.

—A ver, tú —dijo, con voz de profesor duro—, el pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo en voz del verbo “amar”.

Silencio.

—No te lo repito más. El pretérito... —y lanzó el mismo rollo.

Recordé nuestros diez años mirando, por la ventana de la clase, a la gente mayor que cruzaba la calle. “¿Quién fuera libre como ellos?”, pensaba yo. En tanto, las preguntas sobre verbos; sobre ríos, montes, comarcas, que a nadie interesaba; sobre héroes de historia que nos caían la mar de antipáticos; sobre axiomas matemáticos que nadie sabía; sobre el ciclo vital de las plantas, que no se nos quedaba en la cabeza... Memorismo, tirones de oreja, palos en el culo, días sin recreo, copias de cientos de frases, sudor, intranquilidad, incertidumbre. Y cada mañana al levanta-

arnos, la sensación del aire cargado en la entrada de la escuela:

—Ave María Purísima.

—¡Sin pecado concebida...! Las cuentas de hoy...

Enormes sumas de trillones, en grupos de 15 ó 20. Raíces de 25 ó 30 cifras. Prisa, voces, golpes...

—No te lo repito más. El pretérito... —seguía mi ex compañero de los ratos difíciles, a grito pelado, incorporándose en la silla.

Hizo un gesto.

—Ven para acá, que te voy a enseñar.

Simuló ocho o diez palos en las posaderas.

—A ver, el otro, el de al lado, dímelo tú...

Calor. “Si de pronto le entrara un ataque al corazón. Si muriera antes de preguntarme a mí...” La clase seguía así, un día y otro día, desde los cinco años a los trece.

Este es nuestro recuerdo escolar. El recuerdo de niños que vivían en sus casas, con sus padres, y contaban con la protección de ellos, con su ayuda y sus caricias.

Y ahora, “El Hogar de los niños”. ¿Qué podemos añadir? El sado-masochismo imperante guarda gran relación con lo anterior. Aunque hay algo de diferencia.

Mientras nosotros podíamos encontrar compensaciones en nuestras casas, estos niños no las tienen por parte alguna.

Mientras nosotros podíamos defendernos contra los excesivos abusos, haciendo intervenir a nuestros padres, estos niños no tienen absolutamente a nadie que los defienda.

Mientras nosotros éramos “chicos de todos los pelajes”, buenos, malos, regulares, con padres corrientes, o insignificantes, o relevantes, de fortuna variada, etc., ellos son muchachos

acogidos a la caridad, de antecedentes tristes, desgraciados, y de herencia biológica generalmente negativa.

Mientras nosotros recibíamos reprimendas dialécticas atacándonos directamente, sin más, ellos son tachados de inservibles, escoria, etc., insinuando sobre su situación especial.

Si un día aparece un maestro allí que actúa como verdadero amigo, y le tiende una mano a los muchachos, no sólo se encontrará con el cariño de alumno hacia profesor, se encontrará con el cariño de hijo a padre bueno y salvador. Se encontrará con que es el centro, el objetivo, el punto hacia donde va dirigido todo el amor de los pequeños. Se encontrará con que todos irán buscando sus caricias, su mirada (mirar a un niño durante varios minutos seguidos, directamente a los ojos, revela más que cualquier libro documentado de pedagogía), su apoyo mudo, su calor humano, su cercanía emocional.

Si un día aparece un maestro bueno, los niños cambiarán el concepto que tienen sobre la escuela y se aferrarán a ella como baluarte de su salvación. Y para el maestro, como dijo el gran Pestalozzi "constituirá una alegría inexpresable encontrar y salvar genios —quizá donde nadie lo esperaba— en los hijos pobres y abandonados". Y constituirá una alegría inconmensurable el ver todo lo que desde su humilde puesto puede hacer por esos pequeños seres tan necesitados, por esos pequeños seres que dan y a la vez se ganan en seguida el corazón.

Lutero decía que la profesión de maestro, junto a la de predicador, es la más admirable de todas las que existen. Mirémoslo desde

esta perspectiva y veremos que no le falta razón.

TRIUNFALISMO

Hay —como desgraciadamente ocurre en tantos sitios— en el Hogar una postura tremendamente triunfalista con respecto a sus frutos. Es curioso, aquello que peor funciona, más se empeña en aparecer como modelo; será que su propia inseguridad, o su conciencia de insuficiencia, necesita de una admiración exterior para darse a sí mismo valor.

De ahí el gran empeño que se tiene en el Hogar por mantener firme su coro y sus niños-músicos. Quieran ellos o no quieran, les guste o no les guste, aquel que un día mostró aptitudes y deseos queda fichado para siempre. La evolución en sus preferencias no importa nada. Ante todo, se necesita dar buena impresión cuando se va a algún pueblo o club para amenizar fiestas y verbenas. Que la gente note que se cultiva el arte y hay gran interés en proteger a los futuros artistas. No es de extrañar que una vez salidos del Hogar los chicos, por muy bien que lo hagan, no quieran hablar más de instrumentos musicales. En una forma más de malograr talentos. Posiblemente, si a estos chicos se les respetara su voluntad, tras un retiro más o menos largo volverían a la música con renovadas ilusiones, o evolucionarían a otras facetas del arte, tan dignas como ésta.

Curioso es también el cultivo del deporte. Aquel que "ficha", como en la Mafia, no sólo no puede volverse atrás, sino que ha de progresar velozmente. ¡Ay del delantero centro

del equipo de fútbol que no marque en un penalty! ¡Ay del defensa que deje "colar al enemigo"! Los castigos les aguardan en el Hogar, en toda la gama conocida. A un chico que no coló un gol en una clara jugada, con el portero abatido, se le dio tal paliza que le partieron la pierna. Anda cojo aún... y para siempre.

En las tablas de gimnasia ocurre igual. Para acostumbrarlos a la estricta obediencia y el movimiento justo, se vigilan los ejercicios desde lo alto, gritando continuamente:

—¡No se mueve nadie! Si una avispa se os posa en la nariz y os pica, vosotros como si nada. ¡¡¡¡¡Quieeeeeetos!!!!

—Aquél imbécil. Si no tiene más rapidez en el salto iré para allá y le cortaré los c...

—Tú, por no hacerlo bien, hoy sin comer y sin salir de paseo. ¡A fregar!

Etcétera.

Estas tablas se preparan a lo largo del año para exhibirse en las fiestas de primera comunión, despedidas de jefes, etc. O sea, son una mera utilización del niño y de algo tan estupendo, como es el ejercicio físico, para la salud, etc., para fines impropios. Esto es otra cosa que hace confundir la escala de valores. Se llega a odiar la gimnasia y el deporte en unos altísimos porcentajes. O sea, que el Hogar, que tanta fama tiene de sacar buenos deportistas, es el mayor proveedor de enemigos de la educación física. Y es completamente natural.

Las primeras comuniones, con su rimbombancia, dan lugar también a triunfalismo, como ya vimos. Pero cotidianamente el triunfalismo está manifiesto en cosas parecidas: se muestran niños que rezan muy bien, que sa-

ben ayudar a misa, que tienen buenas notas en sus libros de calificaciones, que (hecho a propósito) están "bien vestiditos", etc, como en una exhibición de feria de ganado.

Los discursos (para qué hablar más; ya dijimos algo de ellos) son una muestra más de triunfalismo. Todo, todo está lleno de esta estúpida norma, hueca y casquivana, que tan mal ejemplo da a los niños, y de donde muchos tomarán, desgraciadamente, la pauta para su vida.

En realidad, se trata de mostrar hacia el exterior una cara falsa. Se trata de encubrir la verdad. Nada mejor que la frase de Jesucristo para el caso: "Raza de víboras, sepulcros blanqueados".

CONSECUENCIAS

He aquí el diagnóstico dictado tras varias pruebas por un grupo de psicólogos a un muchacho sometido a un régimen de vida parecida (menos duro aún), al que tratamos:

"DIAGNOSTICO: Juan Antonio Bertoméu es hombre de inteligencia ligeramente superior, sensiblero, idealista, frustrado y reprimido. Con personalidad paranoica, tendencia a la depresión y a los miedos en grado de fobias.

Creemos que es debido a alteraciones de la vida afectiva por una infancia turbulenta a su educación y al contexto social en el que se ha desarrollado su personalidad. Es muy probable que no podamos evitar el suicidio."

Ciertamente, las consecuencias de este tipo de vida son funestas. Según el psicoanálisis, "toda la vida psíquica del hombre arranca y

está en germen, se forma y deforma en la infancia". Por ello, no podemos extrañarnos de que del Hogar salgan sujetos apáticos neuróticos, psicópatas, desviados y delincuentes sexuales, rebeldes, sujetos de peligrosidad social, etc.

Del citado Juan Antonio Bertoméu es esta frase: "En aquel momento, estará sentado en el banco judicial un condenado a muerte que es INOCENTE".

Consecuencias tristes de una niñez mal encauzada, torturada y donde no hay culpables. Como no los hay, y alguien tiene que responder de lo que ocurra, se echa mano de estos seres, echamos mano de estos seres, señalándolos con nuestro dedo, condenándolos, lapidándolos, etc.; al fin y al cabo —se dirá—, ya están acostumbrados.

Las fugas en este tipo de internado son una constante. ¡Y encima suelen ser utilizadas como prueba razonadora de la maldad natural de estos muchachos! Conozco un centro donde hace unos años, bajo una tiranía como la que acabamos de ver, de los 100 niños que había se fugaban siete a la semana, siendo todos reincidentes; ahora, bajo un régimen comprensivo, en cinco años sólo se han producido dos fugas.

Del mismo modo, ha habido internado donde los niños, al no poder resistir la deseperante disciplina, se han quemado a lo bonzo o se han arrojado al vacío desde una ventana. Otros se cortaron las venas; muchos enfermaron.

El resentimiento social de estos muchachos les hace luego fáciles "carne de presidio". Fáciles francotiradores vendidos al mejor postor. Sin embargo, algunos polarizando sus

sentimientos en la opción contrariosa, desembocan en filántropos firmes y decisivos; pero en su filantropía no ha llegado por el camino de la alegría y de la unión y, aunque luego la produzcan, no podrán evitar que subconscientemente su vida emotiva sea un fracaso y una constante huida.

Queremos una generación enfurecida.

Que abra el horizonte con su arado,
que desgaje la idea de lo profundo,
y que arranque a la historia en sus raíces.

Queremos una generación de rasgos
diferentes. Que no perdone errores
ni permita... Que no se incline nunca,
ni sepa lo que es la hipocresía...

Una generación gigante de vanguardia.

¡Y por eso a los niños os invoco!

.....

¡Os invoco, a los niños!

A los que aún sois buenos,
puros como la nieve y el rocío.

NIZAR KABBANI

Se han lanzado tantas teorías sobre la bondad o la maldad natural, congénita, de los muchachos, que reina una total confusión. ¿Son buenos de por sí? ¿Malos "como diablos"? Desde nuestro mundo de adultos, subidos en nuestros poderes y conocimientos, hemos hilvanado multitud de conjeturas, guiándonoslo y comiéndonoslo todo. En tanto, el niño queda ahí, de brazos cruzados, con mirada interrogante, esperando constantemente nuestro juicio caprichoso. De paso, tiranizamos su mundo, imponiendo nuestra voluntad.

Como argumentos a favor de la bondad están las teorías de Rousseau y sus seguidores, de muchos estudios más y de gran sector de la gente de la calle, manifestada su idea en el dicho: "En la boca del niño está la verdad".

Como argumentos en contra, la misma teoría de la Iglesia Católica que sostiene que nacemos en pecado y con el sello del mal heredado que encierra. Muchos estudiosos también opinan lo mismo.

Si preguntamos a madres de familias obtendremos diversidad de opiniones. Y si nos ponemos a recordar nuestro propio pasado, puede que dudemos al enjuiciar.

Pero, pensamos un poco, miremos fijamente a un niño, repasemos las trabas que se le imponen, el proceso de aprendizaje que se lleva desde su nacimiento. Recapacitemos antes de juzgar...

Oswalt Kolle nos cuenta estos casos (muy de la vida corriente):

—Sonriendo, llenos de orgullo, el padre y la madre contemplan a su hijo, que corretea desnudo por el piso. La conclusión del niño es que eso les gusta también a los adultos. E inmediatamente, en el balcón y delante de todos los vecinos, se sube los faldones de la camisa, y su madre, aterrada por ese movimiento, le arresta dentro de la habitación.

—No, hijo mío —le dice—; eso no se hace delante de personas extrañas.

Algunos días más tarde toda la familia va a la playa para bañarse. El niño no quiere desnudarse. La madre le obliga y le amenaza:

—Todos los niños se desnudan. Realmente, no hay nada malo.

El niño ya no comprende nada.

—Las paradojas que pueden resultar de esa educación de buenas costumbres, en la moral y la vergüenza, quedan demostradas con la historia de una niña de siete años, que vuelve del campo de juego y explica con entusiasmo:

—Mamá, ha sido estupendo. He aprendido a dar volteletas.

—Espero que nadie te habrá visto las bragas —le dice la madre.

—No, claro que no, mamá. Antes me las quité.”

Ejemplos claros de las confusiones en que metemos a los niños, gracias a nuestros “principios”, moldeando así de forma estereotipada su vida. Creándoles perjuicios, apariencias, simulaciones, etc.

¿Qué les parece —y en esto todos tendrán experiencia— este caso?:

En casa, delante de los niños, hablamos mal de la vecina de enfrente, decimos —por ejemplo— que es muy presumida y fea. Viene luego la vecina de enfrente y, delante de los niños, alabamos su sencillez y su “belleza natural”.

¡Que buena escuela de hipocresía!

El psicólogo americano Ramsey ha hecho una encuesta sobre trescientos niños, preguntándoles cuáles eran las situaciones o causas que les estimulaban eróticamente. Entre las setenta y siete causas que fueron mencionadas, no había más que trece de carácter “típico” (observar a las mujeres, bromas eróticas, etc.).

“Las demás eran, dice Ramsey:

Quedarse castigado en clase, acudir tarde a la escuela, malas notas, observar a un guardia, los gritos, quedarse solo durante la noche...”

Es decir, que estamos contribuyendo constantemente a su desviación y anormalidad.

Si unimos esto al “sumario” que ya va escrito, difícilmente encontraremos la maldad y culpabilidad del niño. Raramente podremos comprobar si de por sí es malo, pues vemos que todo va siendo producto del confundido enfoque de su educación.

No quiero teorizar mucho en esto, pero a mi parecer la bondad de los niños del Hogar está clarísima. Un contacto diario con ellos, a través del tiempo, nos lo muestra. Hablo, en esto, por propia experiencia.

AMISTAD ENTRE ELLOS

Por la propia observación y a través de encuestas, entrevistas, etc., he descubierto hermosos rasgos de amistad entre ellos. Incluso en los más pequeños. Un niño de doce años contestaba así a mi pregunta: "¿Por qué eres amigo de... (aquí el nombre del más amigo)?" "Porque —me contestaba— nos queremos mucho. Cuando uno de los dos tiene una cosa, la reparte en partes iguales: los cromos, la comida, el dinero, etc."

No es muy normal esto. En cualquier encuesta que hagamos entre escolares de Enseñanza General Básica, encontraremos a la pregunta anterior frecuentes contestaciones como éstas: "Porque me ayuda". "Porque me da cosas". "Porque juega conmigo". O sea, se nota un cierto utilitarismo egocéntrico. En el Hogar, con el tiempo, me encontré con muchos casos como el relatado. Las amistades son muy frecuentes y duraderas. Entre ellos, se reparten todá la energía amorosa de que son capaces, en vista de que no tienen a nadie en quien proyectarla.

GENEROSIDAD

A pesar de las restricciones de que son víctimas, en todos los aspectos, los niños del

Hogar son muy desprendidos. Espontáneamente, dan de todo lo que tienen a la persona que los quiere.

Hace unos días un niño compró varios helados. Se me acercó corriendo, sudando, y me ofrecía la mitad. No era un ofrecimiento de compromiso, ni por ganarse mi favor; eso se nota. Era una dadivosidad totalmente espontánea, sincera. Al principio rechacé de plano, diciendo que yo no tenía el calor que a él le agobiaba y por tanto no estaba tan necesitado de refresco; esto no sirvió de nada, sino que, por el contrario, insistía más y más. Por fin, le dije que no me gustaban los helados; esto pareció convencerle; pues se marchó. Pero al rato volvió con paquetes de pipas.

—No me digas que no te gustan las pipas —me decía— porque he visto como las comías.

El muchacho había ido a cambiar la mitad de sus helados por pipas. Si las hubiera rechazado, le habría dado un gran disgusto.

Hay veces que entre varios me compran un paquete de tabaco, o me traen caramelos, o hacen un trabajo manual laborioso, para que me lo lleve a casa. Son frecuentísimos estos regalos, que no puedo evitar, por mucho que razone diciéndoles que sólo quiero su confianza y su amistad.

En ocasiones, camuflándolo como sea, traen su postre para repartirlo conmigo. No quiero aceptarlo, pero sus ojos me demuestran que hago mal. Ellos quieren repartir lo suyo, dar lo suyo a las personas que los aman. Son felices así.

VISITAS

Cuando salen del Hogar para pasear, aprovechan frecuentemente el tiempo para hacer visitas espontáneas. Van a ver a algún amigo que se encuentra en el hospital; a casa de algún profesor querido; a sus familiares, etc...

De todas estas visitas las más emocionantes son las que se hacen en el hospital de caridad. Allí están sus compañeros enfermos o accidentados (entre estos niños son muy frecuentes las caídas con fracturas).

Los hospitales establecen sus horarios de visita como mejor les parece. Puede que para el público en general vaya bien; no sé, aunque dudo mucho si este detalle es tenido en cuenta. Pero para los niños del Hogar va mal. Sólo los que obtienen permiso especial del Hogar (hermanos no más) pueden salir del internado a la hora fijada para visitas por el centro sanitario; los otros, cuando salen de paseo, se encuentran con que pasó la hora reglamentaria de visitar enfermos. Sin embargo, lo consiguen. Emplean montones de argucias y lo consiguen. A veces, burlando la vigilancia de los porteros; en otras ocasiones, saltando vallas y tapias enormes; otras, a base de engaños e imploraciones... Todo es asunto de buena táctica, y ellos la tienen.

Consumen su tiempo de paseo estando al lado de la cabecera del enfermo. Si pueden, le llevan golosinas, o cromos; si no, algún trozo de periódico que se encuentran: siempre algo, como ofrenda de amistad.

"PEGAJOSOS"

Hay quien dice que son muy pegajosos. Que no hay que hacerlos caso, porque si no, a nadie dejan en paz. ¡Qué lástima no ver en ello motivo de alegría!

Yo me he bañado con ellos en la piscina y, efectivamente, ocurre así. No me dejan apenas nadar. Me rodean, se me montan encima, me invitan a jugar a mil juegos diversos... Quieren que a todos atienda, que a todos vea nadar, tirarse del trampolín hacer piruetas...

Si es en el patio de recreo, hacen un nutrido corro alrededor de quien les presta atención.

Desean que se les pida algo, cualquier cosa, para precipitarse a atender cuanto antes, para llevarlo a cabo, haya los impedimentos que hubiere.

Quieren cariño, amistad, pero saben, se empeñan en ganársela con su propio esfuerzo, con su vida.

En muchas ocasiones, como esos perrillos callejeros que andan por ahí faltos de cariño, se arriman al primero que pueden, buscando una caricia. Con frecuencia se encuentran con un golpe de desprecio. Entonces, dos lágrimas tritísimas, desgarradoras, bajan de sus ojos. Esas dos lágrimas son mucho más dolorosas que todo nuestro dolor de adultos, que toda nuestra pena acumulada.

Son, el resplandor tristísimo de la impotencia, el cansancio y la falta de cariño.

"Quien haya visitado —relatan Burlinghan y Ana Freud— las guarderías creadas a raíz de la guerra, sin exceptuar la nuestra, habrá observado que ciertos niños acogidos a ella se le acercaban corriendo, a pesar de que lo

vieron por primera vez en su vida, para mostrarle sus zapatos, su vestido o otras prendas. Esta actitud sólo se observa en los niños privados de lazos afectivos.”

Es normal que el niño de internado sea más pegajoso que el que vive con su familia. En casa puede permitirse el lujo de ser asocial —lógico en su edad— porque se ve constantemente apoyado por el amor sin condiciones de sus progenitores; pero en el internado rivaliza con sus compañeros y ha de servirse de todas las argucias posibles para hacerse notar, aparte de que su misma insatisfacción afectiva se lo exige. Bajo la presión de todas estas circunstancias, desarrollan todos una serie sorprendente de reacciones: amor, odio, celos, competición, espíritu de protección, compasión, generosidad, simpatía e incluso comprensión. Lo maravilloso es que a pesar de todo, brilla siempre en lo alto su admiración y firme bondad natural.

CUARTA PARTE

“Hojas de mi diario”

¿Qué queréis? ¿Qué cante a la rosa
mientras muere un niño sin casa y sin ventana?

¿Qué os hable del viento que
mueve los relojes y escuchemos
los poetas detrás de las paredes
escondidos y cobardes,
mientras la miseria araña las tripas
de los hombres?

.....
¿Mientras el napalm quema
niños y palomas, juguetes y mujeres,
carros y cosechas, hombres y paredes,
mientras duras botas pisan
kilómetros de ojos aún recientes
que ya no ven el río?

FORENTINO HUERGA

He sacado de las páginas de mi diario algunas que hacen referencia al tema que nos trae. Unas son sobre anécdotas que ilustran lo anteriormente expuesto. En otras se dan a conocer el sistema básico de internados de beneficencia, protección o reforma, de manera sucinta, e incluso hablo de otras posibles soluciones (aunque hemos de pensar que la raíz del mal no está en los centros en sí, sino en una sociedad mal encaminada, que produce desastres, y uno de los cuales es éste). Quiero dejar claro, ante todo, que en ningún momento trato de censurar a los organismos oficiales que funcionan, amparan o socorren a estos internados, donde tantos errores se producen. Como se verá, el mismo profesor Arana, director del Instituto de Ciencias del Hombre, dice: "Me repugnan esas instituciones". Esos organismos a veces carecen de suficientes medios económicos para desarrollar una amplia labor (en España, la Obra de Protección de Menores se nutre casi exclusivamente del impuesto del 5 % sobre los espectáculos públicos, cosa a todas luces insu-

ficiente, si tenemos en cuenta la amplitud de sus finalidades, repartidas en cinco secciones: 1.^a, puericultura y primera infancia; 2.^a, asistencia social; 3.^a, mendicidad y tutela moral; 4.^a, Tribunales Tutelares de Menores; 5.^a, jurisdicción y legislación); en otras ocasiones, escapan muchas cosas a su vigilancia, por la astucia de cierto personal mal intencionado (las Diputaciones provinciales tienen a su cargo Hogares de asistencia benéfico-social, pero su diputado delegado correspondiente no puede estar al tanto específico de todo, siendo preciso todo un equipo concienciado y bien dispuesto). Podemos decir que esto es una máquina enorme, donde ciertas piezas fallan en el engranaje (a veces todo el engranaje, como ocurre con ciertos internados amparados por algún potentado particular, que quiere manejar a su antojo a los niños, inculcando obsesivamente sus ideas, por la fuerza). Se produce entonces la torpeza, el sadismo, la maldad...

HOJAS DE MI DIARIO

6 DE OCTUBRE. LUNES.

Estuve visitando a un par de alumnos míos que se encontraban enfermos. Simples dolores de cabeza, pero estaban en cama. ¡Qué triste es ver a los pequeños acostados, con ojos vidriosos, pálidos y llenos de sudor! ¡Y qué desoladoramente amargo si están solos, sin nadie que les bese la frente y les cuente historias que casi no pasaron! Cuando uno se encuentra mal, desea tener alguien querido al lado, para sentir su vida, su protección y el amor que les une. Pero estos niños, estos alumnos míos, de ocho o nueve años, no tienen a nadie, y sólo pueden contemplar las sábanas blancas —excesivamente blancas—, las paredes oscuras y los cristales de las ventanas, a través de los cuales llega la luz del patio, donde sus compañeros gritan jugando. —¿Qué, se aburre uno? —pregunto.

En el largo corredor cinco muchachos guardan cama". Todos muy separados entre sí.

Sonríen. ¡Claro que se aburren!

—¿Os gustaría levantarlos?

¡Por supuesto! Pero no pueden con la pesadez de la fiebre o el dolor que se clava en las sienes.

La madre de uno de los niños trabaja en el internado y viene a visitarlo. Le pone la mano en la frente. Le besa. Se sienta al lado de él. Le va dando pequeñas golosinas... Los demás, distraidamente, miran la escena, con ojos que expresan más de lo que nuestros conocimientos pueden explicar.

—Bueno, qué, ¿queréis algo? —les digo para borrarles de la imagen lo que se clava. Se limitan tan solo a sonreír.

Pero ocurrió un incidente que, aunque no me cayó de sorpresa, resultó para mí desagradable. Iban a entrar en el dormitorio colectivo varios amigos de los enfermos, 8 ó 10. La monja que cuida los echó a gritos y amenazas.

—¡Sólo vienen a enredar!

Se me venían las ganas de hablarle de las Obras de Misericordia (palabra que no me gusta nada, pero que pertenece a su terreno). Mencionarle las frases de Jesucristo y el Juicio Final: "Porque estuve enfermo y no me visitasteis". "Con cualquiera de estos pequeños que lo hicierais, comigo lo hicisteis". Pero sé que me hubiese alterado demasiado y habría dicho verdades de bulto que sólo servirían para encontrar heridas. Me limité a mirarla con desprecio, y sé que acusó el golpe.

¡Qué falta de tacto! O qué deseo de comodidad. Y tal vez cree que está educando a los

niños en buenos modales y comportamiento ejemplar, cuando les está separando del hábito mejor que se puede tener: solidarizarse con el que se encuentra caído, necesitado y desvalido.

Los niños enfermos. Mis dos pequeños alumnos solitarios y todos los demás —dos mayores, y el que estaba con la madre— volvieron a limitarse a sonreír, mientras me comía con la mirada tanto desamor descaradamente manifiesto.

Lo triste es que yo, en el colegio en cuanto residencia, no tengo ninguna autoridad ejecutiva y no puedo dar órdenes a tanto desencaminado como hay. Podrían echarme a la cara que a pesar de ser profesor, soy "en la casa" un extraño que no tiene por qué inmiscuirse. De hecho, así ha ocurrido recientemente, aunque no me lo hayan dicho directamente. Sólo caben dos posturas drásticas (renunciar a mi plaza o denunciarlos violentamente, aun cuando por ser hechos de detalles pedagógicos no sé hasta qué punto surtiría efecto) o una postura política: hacer mi labor dentro de un orden establecido y poniendo en juego mis posibilidades dialécticas y epistolares. Por esta última postura me inclino. Hasta ahora, resulta. En adelante creo que resultará más; mi conciencia me lo exige y el bien social me lo ordena.

7 DE OCTUBRE. MARTES.

Vuelvo a visitar a los niños enfermos. Cada vez hay más. Este tiempo, el otoño, con sus días variables, combinados de frío y calor, viento y sequedad, nubarrones y claros, se acusa en el organismo. Y los niños, que co-

rren y juegan sin parar, sudan y beben, se refrescan y llenan de agua su ropa, irremediablemente se han de constipar, viniendo con ello la fiebre y los dolores de cabeza.

Me fijé detenidamente en uno de los más pequeños, Antoñín. Es un muchacho de seis años con defectos de expresión oral. Fue alumno mío durante tres meses del año pasado. Estaba en la cama encogido y silencioso. Sus manos, débiles, más débiles de lo que a su edad corresponde, habían desistido de alcanzar un vaso de leche que tenía en la mesilla.

—¿No lo alcanzas?

Antoñín me mira con tristeza y mueve negativamente. Como cuando trataba de enseñarle a leer; apático y desinteresado...

¡Qué mundo el de este niño que ahora yace ahí, entre sábanas frías, encogido en una cama de beneficencia! Casi diría que tiene ganas de llorar. La verdad es que en una habitación de 50 x 5 metros, llena de camas, crucifijos y olor a medicina, siente ganas de llorar cualquiera. Pero Antoñín no llora. Nunca le vi llorar. Ni siquiera cuando lo golpean —¡tantas veces!— sus compañeros mayores, sin causa definida.

—¿Quieres que te lo alcance?

Un hilo de voz silba y se acompaña de una larga "i". Le acerco el vaso; lo coge. Mientras bebe, me mira suavemente y quiero notar en su mirada una señal de agradecimiento y amor.

Antoñín, después de agotar el contenido del vaso hasta la última gota, sonríe momentáneamente, mientras brillan en sus ojos las primeras lágrimas que le he visto en todo el tiempo que aquí llevo.

14 DE OCTUBRE. MARTES.

Este diario estuvo silenciado unos días. No por falta de cosas que contar ni por desgana; ha sido por culpa del tiempo. No he podido disponer ni de un minuto para escribir. Marché a Madrid, y entre visita a editoriales, centros de enseñanza, reuniones, etc., se me fue el tiempo volando. Pero han sido jornadas fructíferas, importantes. Fechas que se graban.

Visité en la capital un par de orfanatos. Los dos de niñas. Al parecer, les daba miedo la fusión.

—Ya sabe usted —me explicaba la superiora de uno de ellos— que casi todas provienen de madres... ¡Usted me entiende! Y si encima le traemos aquí niños...

Sonreía beatíficamente. De esa manera que sólo las monjas y los frailes saben.

—Así —proseguía—, todo su amor lo proyectan sobre las compañeras, y el cariño es puro y sano.

Me imagino la legión de futuras lesbianas que se forjan allí dentro. Entre aquellas paredes altas, negras; entre habitaciones frías, húmedas y descarnadas; entre los árboles del patio francisco, que huele a tristeza de vivir.

Tanto éste como el otro centro son de fundación privada. ¡Qué grave inconveniente! Las señoras que se dedican a financiar centros benéficos suelen ser viejas beatas, casadas y sin hijos, o solteras y gordas, o viudas en posesión de la cruz del sufrimiento. Su obsesión por la religión aparatosa, de fórmulas y folklore, y por "la pureza sexual", a menudo toma ribetes de fobia, revirtiendo en las niñas acogidas; éstas, o acatan todos los per-

juicios y rarezas de su "ángel de la guarda", o son expulsadas sin remedio. Y como la opción no es tan libre como a primera vista pudiera parecer, se quedan y acumulan represiones en su subconsciente.

Una señora me dijo casualmente que su hijo de quince años había recibido una carta de una "chica de ésas", donde le invitaba a fuggarse juntos y a que le hiciera "una barriga". La mujer se ponía las manos en la cabeza, llena de horror. ¡Pobre niña, tachada ahora por el lápiz decisivo de las buenas costumbres! ¡Cuánta desesperación tendría para ofrecer tan alto precio a cambio de la libertad!

En Pozuelo de Alarcón vi otro centro benéfico-social. Este, de iniciativa oficial. Pero su dotación económica es deficiente. Las monjas encargadas admiten en su colegio "niñas de la calle" para ayudarse con sus aportaciones monetarias.

—¿Y las familias de aquí mandan a sus hijas al orfanato para que estudien entre estas muchachas? —pregunto.

—Al principio —me contesta la superiora, joven e ilusionada—, se resistían. Ahora, en cambio, tenemos que rechazar muchas peticiones por falta de puestos escolares.

La montaña ha ido a Mahoma. Suerte. Pero no todo va bien. Estas niñas de la calle traen sus bocadillos suculentos para el recreo, y el internado no puede permitirse el gasto de dar a sus niñas algo de comer en esa hora. Consecuencia: la barrera queda más que demostrada. La discriminación triunfa y la humillación tiende sus garras apresando a los débiles.

En la pensión donde me quedé, daba la casualidad de que había un joven cartero que

pasó su adolescencia en el colegio donde ejerzo. Me explicó muchas cosas. La mayoría conocidas para mí. Otras, completaban el tétrico mosaico que forma la historia del egoísmo humano, la avaricia y el desamor, proyectada en seres indefensos, pobres y abandonados.

15 DE OCTUBRE. MIERCOLES.

Recuerdo unos ojos. Muchos ojos de niñas que me miraban con extrañeza. Yo estaba entre ellas, preguntándoles por cosas de su vida cotidiana. Era en los orfanatos que he visitado por Madrid.

—A nuestra iglesia viene los domingos mucha gente de la calle para oír misa, lo cual demuestra que no se ejerce sobre el centro ninguna discriminación —me contaba una superiora, y quedó tan satisfecha.

Entonces, ¿por qué la extrañeza de las niñas ante alguien que se interesa por sus cosas? ¿Por qué la extrañeza de conserjer, porteras, como les llamen, cuando solicitaba visitar el centro?

—Es que aquí nadie viene en este plan. No sé si podrá entrar —me contestaba una monja, que fue a consultar mi petición—. La respuesta: "no"; disimulado, encubierto, pero: "no".

Recuerdo un centro más. Los niños, acogidos por alguna desgracia familiar: muerte de alguno de su progenitores, separación de ellos, insuficiencias económicas notables, etcétera, permanecen en él continuamente. Los que tienen familiares, a veces salen; los otros, no.

—¿Y se dará el caso —pregunto— de algunos que se pasan años y años sin salir nunca?

—No, porque a veces hacemos excursiones, visitas; paseamos...

Como aquél que dice: salen de la cárcel bajo protección.

El escritor sudamericano Jesús Zárate decía: que no se es preso por estar metido en una celda, sino no tener un vigilante cerca. Por la calle se va preso, si alguien nos sigue y se encarga de nosotros.

Este enclaustramiento físico y, sobre todo, moral, da lugar a muchos casos de claustrofobia. De mayores, los niños que viven en este ambiente no podrán formar jamás una familia normal. Les dará aversión "estar en casa", rodearse de una serie de cosas que no cambiarán: mujer, muebles, paredes, sonidos, etcétera, serán errantes, vagabundos, e irán a formar en la fila de los desgraciados solitarios que engordan las prisiones, calificados de violentos, peligrosos y reincidentes incorregibles.

* * *

A este nivel, niños de orfanatos, o de obra benéfico-social, o de centros de protección de menores, etc., como se les quiera llamar, también se da la inmigración, ese fenómeno anormal (la inmigración, emigración, etcétera, como derecho, como acto libre que pueda ejercer el hombre, es fabulosa; pero como necesidad y deber, es violadora) que es de lo más "normal" en nuestro tiempo. Me contaban algunas niñas en Madrid que tienen a sus hermanos en Bilbao, pues no encontraron con rapidez otra ciudad más cercana con centro

que los acogiera. Así, se da el caso de una madre, viuda, que trabaja en un pueblo castellano y tiene seis hijos repartidos por tres lugares distantes de nuestra tierra. Ella, los pocos días que puede, va girando visitas y jamás logra reunirlos a todos en ese abrazo que cada madre quiere.

Lo peor es que cuando crezcan y vuelen por su cuenta, tal vez los tenga más lejos y separados. Y la esperanza de "vendrán tiempos mejores" será la tortura fría de la realidad indeseada que golpea.

16 DE OCTUBRE. JUEVES.

Desde que fui emigrante en Barcelona y pasaba por Toledo, camino de mi pan, guardo de esta ciudad un recuerdo dulce y placentero. Mis ojos se llenan de construcciones antiguas, monumentos, ríos, sencillez. Siempre dije que me gustaría ejercer mi profesión allí. Me parece una ciudad tranquila, hospitalaria. Un pequeño reducto de paz y de armonía.

Esta vez también me acerqué para andar por sus calles y contemplar el Tajo en ese abrazo que pasa y no se acaba. Y para visitar a un centro de asistencia benéfica de niños. Centro que ya vi de pasada en otra ocasión, y me interesó.

Los muchachos estaban en la iglesia del colegio, puestos en semicírculo, cantando. Casi un centenar de cabezas rapadas ocupaba el altar mayor. Una monja dirigía el concierto. La oscuridad del recinto y el gris homogéneo de las batas de todos, se mezclaban al olor de cera y cuerpos sudorosos, dirigiendo

a nuestros sentidos un mensaje monótono, agrisulce y tristón.

—Ultimamente —me explicaba una “simpatizante de la Obra”— no han traído a dos niños, hermanos gemelos, muy “riquines”. Tienen los ojos azules y el pelo rubio como el oro.

La escena era contemplada con embeleso por varias mujeres viejas y encorbadas que hacían corro.

—No se crea —me continuaba explicando mi espontánea informadora—. Aquí, todos comulgan al menos una vez por semana. Y antes de acostarse rezan cada noche.

El grupo de mujeres sonreía con infinita complacencia. La monja-directora de coro saludó agachando la cabeza, con la sonrisa suficiente del que es consciente de que está cumpliendo con su más sagrado deber.

“¡Qué alegría cuando me dijeron:
vamos a la casa del Señor!”

Algunos muchachos se rascaban la cabeza entre verso y verso. La monja-directora de coro miraba con recriminación y las manos bajaban nerviosas y arrepentidas.

—¡Qué riquines! —proseguía mi “cicerone”, cayéndosele la baba.

Entraron algunos turistas extranjeros y lanzaron fotos a los pequeños cantores.

—Si es que son una monada —justificaba la señora de siempre...

“Madre, óyeme,
cinco espadas acechan mi alma.”

Y algunos niños tanteaban con la mano en el pecho, señalando el corazón.

“Madre, mírame...”

Y todos pensarían en la madre que los trajo al mundo y no tenían allí...

De Toledo me vine a mi tierra y no se me borró en todo el camino la escena gris, monótona y tristonera que aquellos turistas metían en los objetivos de sus máquinas, ajenos los más al fondo tétrico del frío espectáculo que se les ofrecía.

21 DE OCTUBRE. MARTES.

Llegó a mi clase una profesora de un colegio-residencia benéfico-social de Sevilla. Estuvo hablando conmigo un rato. Cosas triviales. Pequeñeces sin contenido. Yo aproveché la ocasión para hablarle de mis proyectos pedagógicos, de las peculiaridades de estos niños acogidos, digamos, a “la caridad” (así lo llama la gente por lo general, a pesar de que es el ejercicio de un deber social). Le pregunté sobre su centro; insistí una y otra vez, para informarme de su labor, etc. Trabajé afanosamente, los pocos minutos que duró su “visita de cumplido”, para sacar algo en claro... Pero nada. Aquello no pasaba de ser una formalidad, un trámite. Algo incomprendible, pues no había compromiso, por su parte, para “obsequiarme” con la visita. Claro que desde luego más incomprendible resultaba su falta de entusiasmo.

Sólo al final, entre las palabras de despedida, dijo algo, posiblemente incluido formalmente en sus estereotipadas frases, que me valió, al menos por lo que de negativo contiene:

—Allí, cuando van a marcharse, por llegarles la edad, solemos buscarles colocación. Para los muchachos, tenemos gente amiga en varias fábricas de Bilbao, Gijón, Barcelona...

Para las niñas, conocemos residencias, hospitales, etc., donde las emplean.

—¿Qué tipo de trabajo? —pregunto.

Yo creo que aquella mujer le caí mal desde el principio. Tal vez vio en mí al que siempre anda buscando el punto flojo. O se lo dijeron así... El caso es que me miró con asombro, terror, incredulidad y desprecio a la vez.

—No querrá que vayan de jefes de departamento, directores de sección o cosas así —me contestó.

Tan enigmáticamente como había entrado, se marchó. Yo me quedé pensando en su fábrica de carne destinada a los menos cualificados trabajos, en su oficina de enmigrantes, en su aire protector y exigente de agradecimiento.

Pero el día me guarda otra sorpresa pintoresca. Hablando con las niñas del departamento de mayores de mi colegio, me enteré de que en la lista de control que pasan cada mañana y noche, la "encargada mayor" había introducido una modificación en las contestaciones. No debía decir ¡presente! o "servidora" o una cosa de esas que se estilan. La contestación había de ser: "¡Arriba España!".

Me parece inadecuada la medida. Y la prueba está en que las muchachas lo comentaban riéndose. Creo que no es esa la forma de inculcarles un patriotismo sano, un amor a su tierra. Más bien resulta un patrioterismo, una charanga sin acierto. El grito "¡Arriba España!", noble en sí, pierde su sentido en esta ocasión para transformarse en palabras de jolgorio y guasa. Aparte de esto, supone una manipulación absurda, una falta de tacto sin medida, intrascendente para unos, ofensiva para los demás.

22 DE OCTUBRE. MIERCOLES.

Está haciendo furor en toda España la película "Furtivos", del aragonés José Luis Borau, galardonada con el primer premio del Festival Internacional de San Sebastián. "Furtivos" narra, con estilo realista, conciso, eficaz, unos momentos de la vida de un alimañero y su madre, en plenas montañas. El alimañero, en un viaje a la ciudad, conoce a una chica; el muchacho, introvertido, huraño, se la lleva a su casa. Allí se origina el enfrentamiento madre-novia, con intervención de las fuerzas del orden. Hay referencias a escenas incestuosas, pasiones primitivas que arrasan todo vestigio de convivencia, etc. Todo bien hasta aquí. Pero... he aquí que la chica que José Luis Borau elige para su película: "una evadida de un correccional, que es novia de un quinqui".

Hay una secuencia en la que aparecen varias muchachas en las duchas del correccional, desnudas, rientes, etc... El quinqui las contempla desde una ventana, a la que llegó salvando un muro, y las muchachas ríen gozosas, mostrando sus cuerpos con gusto. La fotografía es excelente y la cámara se recrea con las adolescentes... Al final de la película, la joven en cuestión, casada ya con el alimañero, tras varios intentos de fuga con "su quinqui", tras demostrar pública y descaradamente su infidelidad, termina por abandonar la montaña y marcharse sola, siguiendo sus andadas...

Bueno, yo no digo que no pueda pasar. Yo no digo, tampoco, que Borau ha escogido uno de los casos más infrecuentes. Yo no quiero demostrar que haya mucho de exagerado. Lo

que quiero dejar claro es lo del refrán: "a perro flaco todo son pulgas". A través de los años que llevo viendo cine, leyendo publicaciones, oyendo comentarios, siempre que hay que poner ejemplos de infidelidad, ninfomanía, reincidencia en delitos sexuales, se procura buscar "material" en las chicas de "correccional". Alguien dijo que las prostitutas son la salvaguarda de las muchachas decentes. La carne de cañón que ceba nuestros instintos, amparando la seguridad de las "niñas de papá". Igual que aquí. Es mucho más fácil tipificar la irresponsabilidad, la despreocupación, la amoralidad, en la imagen de las muchachas de un correccional que en las "niñas guapas" que viven en hogares brillantes, poderosos, importantes, pero... a veces podridos y viciados por dentro. Mucho más fácil hacer una película toda problemas, toda maldad, toda corrupción, recreándose en cuerpos de muchachas internadas en centros, la mayoría de las veces semipenitenciarios, reprochadores, opresivos y crueles, que yendo a buscar en las casas tranquilas, donde la moral de las vírgenes no ha sido puesta aún en entredicho. Para dejar todo sentado, se busca a un quinqui, que hace las veces de novio de la pequeña "monstruo". Con ello, se redondea la imagen desvergonzada y baja en la escalera social. Ya nos podemos imaginar que la muchacha pertenece al proletariado.

Aún con todo esto, se me puede objetar que la cosa es puramente marginal, que la trama de la obra camina por otros derroteros, y el hecho carece de importancia; que los espectadores apenas se dan cuenta, apenas juzgan estos detalles. Que le busco los tres pies al gato. Y así, se me viene a dar más la razón.

El hecho no es decisivo en la obra, y el público no lo toma en cuenta. ¡Claro! Lo ve completamente natural, justificado, corriente. Otra cosa sería que la niña fuera de las otras, de las que dije antes, de la buena sociedad, y que el novio no fuera un quinqui sino una influyente persona de negocios. Entonces habría opiniones sobre el hecho, discusiones, y hasta dificultades. Pero si son muchachas de clase baja y encima recluidas en un reformatorio, a ¡qué otra cosa se puede esperar!

Este es el concepto existente. Esta, la opinión sobre esas víctimas, inocentes tantas veces, de una vida dura que las condujo a la tristeza de la marginación. Y así, subconscientemente, reforzamos nuestros argumentos, de por sí ya suficientemente reforzados.

Yo creo que José Luis Borau, en su —sin duda— excelente filme, debiera haber tenido en cuenta este detalle. Y si no venía al caso reivindicar a esas muchachas, apartadas violentamente por la sociedad de lo "puro", al menos que las hubiera dejado en paz. Así no contribuiría a que la imagen que ya tenemos de ellas, donde falta tanta información, tanta base científica, tantos conocimientos sociológicos y psicopatológicos, se viera nuevamente enriquecida con otro gratuito ejemplo más.

25 DE OCTUBRE. SABADO.

Veo en la prensa un reportaje sobre un colegio de obra benéfico-social, sobre un Hogar, orfanato, hospicio u otra de esas denominaciones que antes les daban. Pero aparece con el nombre de colegio-residencia, ocul-

tando el anterior, no haciendo siquiera una alusión retrospectiva. Según he podido enterarme, se hace así para no humillar a los chicos, para no recordarles su "desafortunada" procedencia... Esto me hace reír. Para mí, que no es cuestión de modificar nombre (que también puede ser válido, por qué no), sino de cambiar ideologías. Creo que ninguno de estos niños tiene por qué avergonzarse, humillarse, etc., ante el recuerdo de su procedencia; ninguno es culpable de sus desfortunos, y no hay por qué esconderlos, camuflarlos, como cosa mala, creándoles una tensión interior que les obligue a mortificarse, por no poder mostrar abiertamente su pasado, vejándoles sordamente, que es peor todavía.

La cuestión, ya digo, no es de nombres. Es mucho más profunda. Hay que tender a un nuevo replanteamiento porque éste no sirve, queda corto y tarado. ¿Es que un obrero, un barrendero, una empleada de hogar, han de avergonzarse por su situación? No es cuestión de ocultar lo que es, sino de dignificarlo. De qué sirve camuflar el nombre si ocurren cosas como ésta:

"Un niño de un "colegio-residencia" come su bocadillo de media tarde. Pide más. Dice que tienen que dárselo porque aún tiene hambre. Le contestan: "¡Cuando lo ganes, puedes comer lo que quieras; ahora da gracias porque te tengan aquí sin que te exijan nada!"

Hay que cambiar ideologías. Yo he visto, efectivamente, niños de estos hogares que ante "hijos de papá" hablan confusamente de su colegio, en tanto los otros fanfarronean de su posición, de los negocios del padre, de su casa, el coche, sus estudios en colegios de pago. Los he visto así, empequeñecidos ante

los dueños de la fortuna, la suerte y la vida. No sirve entonces tanto reportaje triunfalista que oculta y tergiversa. Hay que dignificar las cosas. Concienciar a los muchachos en su clase, en su posición social, dándoles un sentido exacto de lo que representan para que a partir de ahí actúen, cargando con todas las consecuencias. Para que sepan valorarse y dar la cara. Para que no nieguen tres veces su vida antes de que cante cada gallo y lloren luego. Para que sepan que al mundo hay que combatirlo con armas verdaderas y no con nombres que arropen lo que todo el mundo sabe que hay tras de los abrigos.

Tampoco es cuestión de quedarse dormidos en la miseria. La cuestión es abrir horizontes dejando bien clara la imagen verdadera.

31 DE OCTUBRE. VIERNES.

Con frecuencia asisto a la repartición de bocadillos (pan y chocolate) que se efectúa por la tarde entre los niños del colegio. El encargado, o encargada, se planta en un sitio concreto, con un cajón al lado, y hace ponerse en fila india a todos. Uno a uno van recibiendo su ración. Escasa ración, porque algunos tratan de camuflarse y entrar de nuevo en la repartición; este atrevimiento les suele valer un castigo de privación de bocadillo durante varios días o una paliza en toda regla. Pero el hambre puede más, y con ojos de miedo, que delatan, se ponen en la fila y prueban suerte. Otros, menos comilones, o más necesitados, hasta venden su ración por unas pesetas que algún "afortunado" tiene.

Aquello es un verdadero mercado, porque entra en juego la especulación, la habilidad, el robo, la rapiña..., todo envuelto en gritos, empujones, en hambre y decepción.

Como la ración es la misma, los niños, para darle variación, se comen su parte de diferentes formas. Unas veces parten el pan y chocolate en trozos pequeñitos, como si fueran tapas; otras, meten el chocolate en el pan, previamente rajado, como si fuera una loncha de jamón; en otras ocasiones, una cosa en una mano y la otra en la contraria, van comiéndolas a mordiscos alternando.

Hoy un niño que es alérgico al chocolate, y al que se le da queso por las tardes, aguardaba con el pan, lleno de intranquilidad.

—¿Y el queso? —preguntó timidamente.

—¡Espera, imbécil! —contestó la encargada, amenazándole con la mano—. No ves que la monja se ha marchado y ha dejado cerrada la alacena.

El muchacho se tapaba la cara con los brazos, esperando el castigo. Y yo creo que no le sacudió porque estaba yo presente... Al rato, el pobre niño se puso a comer el pan, habiendo separado previamente la corteza de la miga, y sosteniendo en cada mano una cosa, para darse a sí mismo la idea de que comía dos cosas diferentes...

Cuando me fui de allí, me pasé por el departamento de muchachas mayores, donde nunca estuve a la hora del bocadillo. Llegué en el momento de empezar a repartir. Una monja extraía de una caja de cartón un panecillo y una jícara de chocolate cada vez. Las muchachas aguardaban en una cola inmensa. Al verme, la mayoría mostró un principio de inquietud y de vergüenza palpable,

que todas trataron al momento de reprimir. Pasé de largo, y se notaba que me lo agradecían. Con ello quedó demostrado que el sistema empleado es indigno y humillante. Propio de escenas de películas de esclavos y caridad de salón.

Así es como andamos todavía.

7 DE NOVIEMBRE. VIERNES.

Otra triste anécdota para el diario, para este diario que se está haciendo triste en cada poro, en cada palabra que aquí escribo.

Fue en el patio de los niños chicos. Por la tarde. Los muchachos aguardaban el momento de que llegara la encargada de repartir el pan y chocolate.

Estaban en fila casi todos. Se empujaban. Trataban de quitarse el puesto. Se pegaban a puños, tirándose de los pelos, lanzándose patadas.

—¿Por qué aguardáis en fila? —les pregunté—. Estad jugando hasta que llegue la encargada.

—Sí, claro —me contestó uno—. ¿Y si me quedo sin bocadillo...?

El muchacho, delgadillo, con una pierna medio seca, rubio, sucio, peleaba valientemente por su puesto.

Dominguín, un niño de seis años, delgado hasta la exageración, algo raquítrico, se pegaba a mi pierna, sintiéndose feliz. Posiblemente le daba miedo la enorme fila, y conmigo se sentía amparado.

Vino la señora con la comida. Repartía. Y cuando quedaban pocos en la fila, Dominguín se puso en cola. Mientras, yo me entretenía

dándoles golpes a un balón. Al poco rato, notó que el niño se me agarra a la pierna, pega su cabeza al muslo y llora desesperado.

—Ya no quedaba nada —me dijo un compañero.

Nada. No quedaba nada y el niño, con hambre, tenía que aguantarse. Y yo, impotente, no podía más que acariciarlo. El pobre no tenía consuelo y derramaba esas lágrimas que se clavan muy hondo y no se olvidan nunca.

Ya estaba decidido a salir, para comprarle un bocadillo, cuando otro niño le dio la mitad de su pan y otro un trozo de chocolate. Dominguito los cogió. Despacio, con un dedo fue introduciendo el chocolate en la migaja, para hacerse una especie de bocadillo, para obligarse a sí mismo a comerse el pan, como cuando a las vacas se les mezcla el escaso pienso entre abundante paja. A cada bocado sonreía. Rió a carcajadas al final. Y de vez en cuando sacaba el chocolate para que se hiciera más pasable el pan, tirándole un mordisco pequeño, saboreándolo con detención, y metiéndolo de nuevo en la migaja. Cuando terminó con todo, se puso a jugar tranquilamente.

¿Podía yo quedarme tan tranquilo? Dominguito es un niño alegre de por sí, ¿cuánto tardará en minarse su alegría al paso triste que le obligan a llevar?

8 DE NOVIEMBRE. SABADO.

Para pasar el fin de semana con su familia, muchos jóvenes que estudian en internados, marchan el sábado, siempre que su "aprove-

chamiento escolar" haya sido satisfactorio. En caso contrario, si las notas no son del agrado de sus profesores, han de quedarse recluidos y enterrar proyectos familiares, planes trazados durante los días del "encierro", sueños a realizar con los amigos que quedaron en el pueblo, etc., hasta otra ocasión más favorable. Pero esto se suele dar escasamente, por múltiples razones. Ellos valoran muy alto las salidas del fin de semana como para dejarse atrás la ocasión de respirar libremente. Por eso, procuran utilizar todos los trucos a su alcance con tal de no quedar arrestados. Copiarse, hacer "chuletas", aprenderse memorísticamente el mínimo exigido, adular a sus monitores, prestarse servilmente a las tareas extraescolares que hagan las delicias de los encargados, etc., son los métodos que más se emplean, quedando relegado a un puesto inferior el amor al estudio y al trabajo. Saben lo que se les pide y procuran cubrir las apariencias, en una lucha por la libertad que es lo primero, aunque estén en el internado principalmente para obtener alguna titulación o certificado de aptitud. Y es que a base de emplear métodos represivos se ha ido deformando la escala de valores.

Quedarse el domingo en el colegio, para los que tenían intención de salir, es un castigo demasiado fuerte. El que lo sufre ya lo sabe bien y paga el precio que haga falta con tal de no volver jamás a padecerlo.

De ahí que los sábados vea a casi todos los muchachos que estudian fuera gritando y saltando por el pueblo.

Y con ellos he hablado sobre los métodos que emplean en sus centros para mantener la disciplina. El del estudio ya se sabe. El

señalado, y el sistema de calificaciones periódicas, con todas sus implicaciones, habla por sí solo. Pero en el régimen disciplinario hay cosas curiosas de anotar.

Se suele emplear un sistema de puntos. Cada alumno tiene de entrada 10. Y de ahí se le van desquitando los previamente establecidos por transgresiones a la disciplina. Por ejemplo: si hablan en clase, le quitan 2 puntos; si es en el comedor o dormitorio, 3; si se les encuentra comida en sus armarios —violando su derecho a tener en reserva particular sus pertenencias, y negándoles una sobrealimentación de la que tantas veces necesitan—, otros 3 puntos. Por hablar en la iglesia —a donde van formados—, 5 puntos. Por protestar contra la institución o el personal que la cuida, 6. Incluso hasta por estar en los aseos “más de lo debido”, le restan 1. Y así hasta el infinito. Después, si en el recuento de puntuación tienen sólo 4 disponibles, se les manda una semana a casa con carácter de expulsión. Al reincorporarse lo hacen otra vez con el total, pero si reinciden, marchan con dos semanas, luego con un mes y por último con la expulsión total. Se puede dar el caso de una acumulación de restas y llegar a 0 ó puntos negativos. Esto también se expresa en expulsiones más o menos prolongadas, siendo a veces hasta por un trimestre, con el consiguiente problema académico, pues la víctima se encuentra con que él solo deberá preparar entonces sus materias.

Por la cuenta que les trae, los niños procuran no perder puntuación. Saben que si un día se quedan sin un punto esa amenaza los persigue por todo el curso, pues no es recuperable hasta que no se le administre el cas-

tigo. Así, entre la tensión enorme que les produce, la inseguridad, los complejos de culpabilidad, etc., pasan su días, soñando con fines de semanas, vacaciones, finales de curso y de estudios.

Algunos, los pobres, están tan condicionados que emplean el sistema en sus juegos. ¡Menudo ejemplo el que reciben! ¡Vaya una escuela enseñando normas para una vida libre!

9 DE NOVIEMBRE. DOMINGO.

Hablando con los muchachos de ayer he podido comprobar que aún se emplean métodos anti-sexo en sus colegios. Que aún se les habla del infierno, del demonio con pezuñas y rabo negro que tizna. Que se les mete miedo con un Dios dispuesto a castigar a los malos con el fuego que nunca se termina.

—Aquí —les han dicho— suele morir cada año un niño. ¿Quién? Nunca se sabe. Tú, o tú, o aquél. La muerte no avisa. Viene con pasos silenciosos. Se lleva al que menos se pensaba. Por esto, hay que estar vigilante. Rezar todos los días. No pecar. Olvidarse del sexo. Sacrificarse. .

Y ellos, diez, doce, catorce, dieciséis años, tiemblan ante el sermón.

—Dejad a las chicas con las chicas.

Esa obsesión por las chicas siempre ha sido el mal mayor de los educadores malpensados. De los hombres que sólo han visto reflejadas sus propias intenciones donde en el fondo sólo había inocencia.

Fehr, maestro de una colonia de mineros alemana, escribe: "Al principio de ir a la escuela, yo nunca había oído hablar de deshonestidades, hasta que el cura me vino a todas horas con la pregunta: "¿Has hecho cosas deshonestas?" Entonces, poco a poco, fui sabiendo lo que eran "cosas deshonestas". "A los diez años —continúa—, me propasé con una muchacha. Primero me dio el cura unos golpes terribles. Después me llevaron entre tres maestros, a rastras, a un despacho y me apalearon hasta levantarme la piel, de tal modo que, lleno de desesperación, me arrojé por la ventana, que estaba en el segundo piso."

El fomento del complejo de castración es fabuloso. Y no saben la de males que acarrea, siendo causa tantas veces de las desavenencias matrimoniales y las anomalías de conducta sexual. Parece como si sólo entendieran la religión a través del sexto mandamiento. Una religión en la que sólo hay prohibiciones, amenaza y desamor. "Por ponerle a un cura-profesor —comenta Aktion— un papelito a la espalda con la sentencia: "Si se enojara contigo tu hermano, no le perdonarás siete veces, sino setenta veces siete", me pegó hasta dejarme la piel amoratada." Jamás se ve un perdón, una alegría de salvar los escollos, una comprensión ante las caídas naturales...

—Luego —me dicen los muchachos— está el catecismo. Aprenderse de memoria cada pregunta, cada contestación.

—Ni un pensamiento —les dicen—. Fijaros bien: ni un solo pensamiento o deseo impuro.

Y los niños repiten la frase con pelos y plumas. "¿Religión esto?" —exclama Günther Dehn— ¡Bendito sea Dios! ¡Aprenderse de

memoria cada trozo de catecismo!, y luego, todavía el machaqueo... ¡y el sexo!"

Buena forma de sembrar la abulia y el desprecio.

10 DE NOVIEMBRE. LUNES.

Hoy pronuncié una charla-coloquio en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Extremadura. Fue grabada para la televisión de circuito cerrado de la Universidad, y el público asistente eran profesores de E.G.B., que, como yo, están realizando un cursillo de "Psicología del aprendizaje". También se encontraban allí algunos licenciados e inspectores de enseñanza. Yo hablé sobre el tema. "Los otros internados". Y recibí una gran alegría porque tenía proyectada la duración de la charla en tres cuartos de hora y se alargó por espacio de dos. El tema gustaba. Gustaba por lo interesante en sí y por lo inédito.

A cualquiera le es conocido el tipo de internado de estudiantes. Muchos porque han estado en alguno; otros, porque allí tuvieron amigos o familiares. Pero "los otros internados", los centros benéficos, los de "corrección"; las instituciones para niños huérfanos, de familias deficientes económicamente, o los "reformatorios", etc., son un mundo desconocido casi por completo. ¡Y eso que el profesor Don José Arana, director del Instituto de Ciencias del Hombre, ha declarado que afecta en España a casi 200.000 muchachos!

Expuse las diferencias de matiz entre cada tipo, las finalidades propias y la problemática diferenciada. Luego el régimen disciplinario

que se suele llevar y sus consecuencias en la afectividad. Los profesores que me escuchaban estaban asombrados. Algunos, escandalizados. El mismo profesor Arana, al que ya cité, ha expresado públicamente refiriéndose a estos pensionados: "Me repugnan esas instituciones colectivas; son absurdas desde todos los puntos de vista". "Están marginadas —añade— geográfica y humanamente, y la sociedad es absolutamente responsable de esta marginación infantil." "Allí —insiste— el niño crece frustrado, marginado y apático. Esta apatía se convierte en agresividad y ésta en delincuencia." Y el profesor Arana dice esto en el supuesto de que los centros funcionen con normalidad, o sea donde los niños reciban un trato adecuado, que por muy bueno que sea no puede suplir a la carencia de madre, cosa traumatizadora psicofísicamente. ¿Qué diría el profesor si supiera los malos tratos y los descuidos que sufren muchos de los niños? ¿Qué pensaría si viera que su desgracia inicial se ve aumentada por un régimen tiránico frecuente? Pues pensaría como pensaban, piensan, mis compañeros: que eso es monstruoso y peligroso socialmente. Que ya no sólo pueden ser lugares potenciadores de la apatía, la amargura y las taras, sino de la delincuencia y el bandidaje.

Los centros asistenciales, los "otros internados", pueden ser clasificados, en líneas generales, de la siguiente forma:

- De obra benéfico-social.
 - Orfanatos.
 - Hogares.
 - De deficientes físicos y/o mentales,

- De protección:
 - Centros jurisdiccionales de menores:
 - Por ambiente inmoral, dedicación a la mendicidad, abandono, explotación paterna, malos tratos, etc.
 - De hijos de presos y penados.
 - De hijos (no contaminados) de familias leprógenas.
 - Casas Tutelares: lo que se llama "reformatorios".

Los de obra benéfico-social acogen a niños sin familia, de familias disociadas o precarias económicamente, etc. Su función es actuar en forma de "familias suplentes". La labor es casi meramente de beneficencia. Son centros muy frecuentados a raíz de guerras, épocas de paro obrero prolongado, penuria... Son una consecuencia de la escasez de medios económicos y del malestar social. Allí los niños tienen un hambre básico de afecto imponente. En unas ocasiones porque la separación familiar ha sido muy brusca y debida a hechos accidentales, como es el caso de paros obreros en masa. Como es el caso de la muerte de un progenitor. (En algunos países se resuelve este caso con una medida más acertada que el internamiento. Se otorgan subvenciones económicas a las familias en tanto pasa la grave situación o el niño alcanza la mayoría de edad.) Entre ellos suele haber frecuentemente hijos de solteras; unas veces, porque las madres no pueden alimentarlos convenientemente, y otras por "la vergüenza social"; es necesario, por tanto, una concienciación y una ayuda efectiva, porque este caso no debe entrar en el internado, ya que se puede remediar fácilmente. Otra cosa es cuando se pro-

duce la muerte de los familiares más allegados y el niño queda solo. (Más adelante hablaremos de otra solución idónea, preferible al internado. Se trata de las familias funcionales, de amplia experiencia ya en Holanda, Canadá...) Los centros de deficientes son aún un caso más delicado, y difíciles de eliminar. Si la terapéutica empleada en ellos es efectiva, son hasta aconsejables, pero siempre que el funcionamiento sea absolutamente perfecto y los casos clínicos lo requieran incondicionalmente.

En cuanto a los niños en protección, aunque proceden, en el primer caso, de hogares tarados (alcohólicos, prostitutas, etc...), donde posiblemente la afectividad anduviera por los suelos, no hay duda de que también rezuman una falta grande de cariño y calor. Aunque en su hogar el niño corre peligro moral y a veces es explotado, aquí echará de menos el reducido ambiente donde se forjó, que es decisivo para la vida. Lo esperanzador es que los muchachos son devueltos a sus casas en cuanto allí se normaliza la situación.

Los centros para hijos de presos y penados son parecidos a los anteriores, aunque con el agravante de que la brusca separación padres-hijos no está basada en un peligro moral y por tanto el niño puede que estuviera en su casa en circunstancias normales, cuando se vio obligado a dejarla. Un caso aparte son los que acogen a hijos (no contaminados) de familias leprógenas. Aunque sus finalidades son similares, sus condicionantes afectivos son muy delicados, puesto que los muchachos viven en la angustia de la enfermedad que les ha privado de su hogar. (En España, para esta

misión, tenemos el Patronato del "Niño Jesús del Remedio".)

Independientemente funcionan los centros tutelares, aunque administrativamente guarden relación con los anteriores. En ellos se internan a muchachos para su corrección. Su misión, por tanto, no es de "defenderlo" contra la sociedad malsana, sino reformar su conducta desviada, lo cual no quita que lo segundo suele ser producto de lo primero. La sociedad tacha de "rebeldes" a unos muchachos que, como dice Georges Amado, al menos en el 75 por 100 de los casos son puras víctimas de un ambiente inmediato enrarecido, cosa probada, ya que el 80 por 100 de los niños evolucionan favorablemente y pueden ser reintegrados a la sociedad en menos de seis meses. El que el otro 20 por 100 tarde más o reincida está comprobado que es consecuencia de una tara profunda, en la que no se le puede tachar de culpable. Y es significativo que el 80 por 100 de los niños de "reforma" procedan de la clase proletaria no cualificada, lo cual demuestra que la promiscuidad y las deficiencias económicas son causa de la mayoría de los desequilibrios de conducta, cosa que ha expuesto detalladamente el profesor Guy Neron.

Estos niños, todos, necesitan una atención especial, de verdaderos especialistas, que suplan las deficiencias lógicas que tienen. Aún así, jamás serán personas normales, salvo raras excepciones. "Parece ser —dice el doctor Noguera Moré— que tres meses de separación son suficientes como para producir hondos cambios psicofísicos de difícil curación en el hijo." ¿Qué pasa entonces cuando se les trata mal?

Yo expuse algunos malos tratos sufridos por estos niños y causaron estupor. Mañana diré algunos, aunque, como en la charla hice, silenciaré los lugares, no sólo por no revolver lo que ya va en vías de solución, sino porque son cosas difícilísimas de comprobación y pudiera acarrear problemas innecesarios.

DIA 11 DE NOVIEMBRE. MARTES.

He aquí algunos ejemplos. Cojamos los de un centro de reforma:

Los niños dormían en celdas individuales. Habitaciones partidas a la mitad por un tabique que arrancaba justamente desde el medio de la ventana, no pudiendo abrirse ésta nunca. La ventilación venía por un agujero practicado en la puerta, que a la vez servía de mirilla de vigilancia. Allí se les encerraba bajo llave para que no se escaparan durante la noche, obligándoles a orinarse o defecar en el suelo si tenían ganas.

Había “celdas de castigo”, más pequeñas aún, donde los niños se pasaban días y días a pan y agua por el más pequeño gesto.

Las palizas por “indisciplina” eran de aúpa, haciéndose heridas de consideración que se ocultaban sin consultar médicos, más que en casos muy extremos, cuando la fiebre se comía a los muchachos.

En un “reformatorio” que visité hace poco, un niño lloraba amargamente porque estaba allí sólo por haber causado unos destrozos en un momento de excitación. Su madre estaba enferma, y el padre era un alcohólico. Él niño quería irse para poder atender a sus progenitores.

Se dan casos de fugas a montones. Sé de algunos centros donde cada semana, a pesar de la intensa vigilancia, se escapaban diez o doce de un poco más de cien. A éstos se les tachaba de rebeldes en grado sumo y se aumentaban los castigos. Una vez salidos, volvían de reincidentes, y alguno no volvió porque prefirió suicidarse... Otros pasaban ya a la cárcel de mayores. Algunos, tarados, iban a engrosar la fila de los asilos y hospitales para adultos. Pidiendo limosnas por las calles hemos podido ver a otros; treinta y tantos años era su edad, aunque no lo pareciera...

Pero veamos otros ejemplos de disciplina, practicados en algunos orfanatos (los datos son internacionales):

Por orinarse eran condenados a beber orines. Por “ensuciarse” en la cama, los niños pequeños, a tragar los excrementos. Y si vomitaban, igualmente tenían que limpiarlo con la boca.

Tras la segunda guerra mundial, en una Europa plagada de miseria, se prodigaron los internados-guarderías. En algunos, por la noche, se ataba la pierna de los chicos a la cama con una sogá para que no se levantaran y no pudieran alborotar.

Hubo centros en los que se castigaba con duchas de agua fría y latigazos a niños hambrientos y enfermos. En otros se les hacía trabajar como a bestias, “para que supieran lo que cuesta ganarse la comida”.

En estos pensionados dejarán de ser niños-niños para convertirse en niños-h o m b r e s, arrastrando lacras, p e s a r e s, sacrificios y amargura.

Todo esto hace que en sus estudios, el niño del internado, falto de amor y de ayuda, lleve

un retraso considerable y no pase de ser más que un analfabeto, un inadaptado. Un ser destinado a la mano de obra no cualificada (que luego engrosará las filas de la emigración y echará al mundo hijos que crecerán en el desamparo y la penuria, en barrios potenciadores de la desviación, tipo "Los olvidados", de Buñuel). Un pobre hombre cansado de vivir...

Mañana expondré, muy brevemente, algunas de las posibles soluciones inmediatas a estos problemas (digo inmediatas, porque las reales y necesarias tienen sus raíces en un cambio social, difícil, pues la máquina consumista nos tiene apresados en sus redes de embotamiento, insensibilidad e individualismo. Habría que destruir muchas cosas para que la persona alcanzara totalmente la dignidad que por derecho le corresponde. Habría que humanizarse. Amarse...).

12 DE NOVIEMBRE. MIÉRCOLES.

No podemos pensar en que la modificación de los internados, la buena preparación y concienciación de los responsables de su marcha, sea la solución ideal. Sería un buen remedio a muchos de los males actuales. Si el personal actúa con conocimiento y amor, puede llegar lejos, pero el internado de por sí tara, traumatiza. Por esto se ha pensado, se está llevando a cabo, lo que se denominan "familias funcionales", que en Canadá, Holanda, Bélgica, Suecia, incluso España, toman ya cuerpo. Su fundación es extraordinaria, y de ellas se pueden y deben servir aquellos muchachos que no tienen familia, o está deshecha. Incluso los que han sido separados de

ellas por ambiente inmoral. El resto, principalmente los que están en el pensionado por puras razones económicas, deben ser protegidos por el sistema subvenciones, del que ya hablé, pudiendo de esta forma continuar en su casa. Casos muy difíciles o de deficientes físicos y mentales pueden quedar en colegios, pero muy en contacto con las familias, preferiblemente en régimen de semiinternado, y en grupos muy reducidos.

Pero vayamos a las familias funcionales, que por su relativa novedad no son suficientemente conocidas. Estas no son aquellas típicas familias que iban a una inclusa para adoptar al niño más guapo, dándole sus apellidos, absorbiéndolo, borrándole su pasado, sus lazos anteriores. Las familias funcionales acogen a varios niños (no más de quince por familia). Son familias normales y corrientes; unas de tantas. A los acogidos les dan su hogar, su cariño y sus posibilidades para que se realicen y se abran un porvenir, sin privarlos de su pasado, apellidos, etc. Son una especie de "casa de huéspedes", como las que funcionan en casi todas las ciudades, acogiendo estudiantes, trabajadores jóvenes, etc., a manera de hospedería. Unas son subvencionadas por los organismos oficiales competentes (caso de familias obreras con pocos ingresos económicos que teniendo habitaciones libres en sus casas se ganan así un sobresueldo) y otras actúan desinteresadamente. En todo caso, son inspeccionadas periódicamente por asistentes sociales que velan por el bienestar de los muchachos. La experiencia ha demostrado que incluso en aquellas casas donde los niños han sido admitidos más claramente por el saneamiento económico que

supone, el cariño ha sido una constante desde el principio; hay que hacer constar que no a todo el mundo se les confían estos muchachos, sino que hay una serie de requisitos a cumplimentar, mirando por la seguridad de los niños.

Se ha comprobado que son un remedio (remedio, desde luego) eficaz. Allí, puesto que el círculo es reducido, las relaciones son mejores, las atenciones más prodigadas y el amor más boyante.

A veces, cuando las circunstancias así lo requieren, los niños están en ellas largos años, y otras veces sólo temporadas, en tanto su situación familiar verdadera se normaliza. El inconveniente mayor que tienen en la actualidad es que por ahora hay en pocos lugares. Así, en España, sólo tres o cuatro provincias poseen esta modalidad protectora. El tener que cambiar de provincia, para los niños sigue siendo una grave circunstancia negativa. Por esto es de desear que cuanto antes todos los rincones posean este tipo de familiares.

En un extenso reportaje que hice no hace mucho sobre los Centros Tutelares de Extremadura me hablaban de esto. Con frecuencia los muchachos marchan a vivir con estas familias funcionales, sobre todo si van a comenzar a trabajar y buscan puestos en fábricas, etc. Hay familias en Bilbao, Barcelona, etcétera, que los acogen. Algunas tienen miembros que estuvieron en uno de estos internados, y por eso conservan estos lazos amistosos.

También se me ha hablado de que en el caso de huérfanos, deficientes económicos, etcétera, se suele dar subvenciones a las fa-

milias para que el niño pueda seguir viviendo en su propio hogar (lo que decía al principio). Pero esto no es nuevo. En los años 40 fue muy practicado, pues la posguerra trajo mucha miseria consigo y se hacía necesaria alguna clase de subvención. ¡Lástima que ahora no se vigile esto con la exactitud que se hace necesario...!

Sobre todo esto hablé, hablamos, coloquiamos, en mi charla. Los profesores que participaron salieron decididos firmemente a poner de su parte todo lo que pudieran para que los niños de "los otros internados" no sean unos auténticos marginados. Y esto es lo que importa. Que cada uno luche por esta causa sagrada en la medida de sus posibilidades. Es contribuir a un mundo más justo. Un mundo mejor.

13 DE NOVIEMBRE. JUEVES.

En la prensa apareció un trabajo firmado por Antonio M. Yagüe en el que, bajo el título de "Más de 600 niños se adoptan anualmente en España", el autor entrevista a don Carlos Magaz Sangro, abogado, que habla sobre la Delegación de la Oficina Internacional Católica de la Infancia y de la situación actual de la adopción en España.

El señor Magaz declara que "actualmente se realizan muchas menos adopciones de las que se intentan por falta de niños que adoptar". Dice que "cada vez hay menos niños abandonados y las madres solteras ya no los dan tan fácilmente, pues están mejor adaptadas a la sociedad y los niños naturales o legítimos son más numerosos". También dice que "se prefieren las niñas". Todo esto viene

a reforzar los argumentos que expuse en días anteriores. Eso de que "no hay niños para adoptar" demuestra que la adopción no es solución. Que es muy triste el que una madre, por muy soltera que sea, haya de desprenderse de un hijo para regalárselo a otra.

No hay niños para adoptar, pero sí para acoger. Las familias adoptivas sobran a montones. Pero ¿por qué no se hacen familias funcionales? Tendrían para acoger niños hasta cansarse. Aquí se ve el egoísmo. A estos niños no los pueden despojar de su pasado, de su idiosincrasia. Y no quieren proteger, sino acaparar. Apoderarse de lo que quedó abandonado, eligiendo "niña" o "rubio" o "juguetón", como si fueran muebles o muñecas...

Lamento tener que decirlo así, tan duramente. Pero es que el mismo señor Magaz declara que "el ochenta por ciento adopta por completar la familia", por rellenar, por "tapar huecos", no más. Entonces el niño no es más que un adorno que se pone ahí y que gusta como cualquier otro objeto de la casa. Pero no se está dispuesto a tenerlos sólo mientras les haga falta, dejándolos volar cuando ya la protección no tenga sentido. Esto, sinceramente, no es más que una lacra que tenemos que evitar.

Si la adopción tuvo su justificación un día, no me importa nada. Ahora no la tiene. No la puede tener porque hay otra fórmula mejor. Y eso, la mejoría, es lo que hay que fomentar.

Que esos 600 niños que actualmente se adoptan por año en nuestro país se reduzcan a cero. Habremos acabado con algo sin sentido.

EPILOGO

Esto es todo. Ya dije que el tema no quedaba agotado ni mucho menos. Hay infinidad de cosas sobre las que hablar.

Pero esto es suficiente como para dar testimonio de unos hechos ciertamente desgraciados.

Repito que están situados fuera de lugar ("El Hogar de los niños" está en cualquier parte del mundo, con estas manifestaciones, más o menos acentuadas) y de tiempo (ni es sólo pasado; algunos dirán: "eso ya no ocurre en sitio alguno", con lo cual demuestran no saber de que van las cosas. Ni es sólo presente... Y ojalá no sea nunca futuro; esto, de todos nosotros depende).

Por último, quiero rogar que nadie ni nada se tome por aludido en este trabajo. No me canso de decir que he pretendido en todo momento elevarme por encima de toda circunstancia anecdótica. El utilizar situaciones concretas y descripciones minuciosas obedece a técnica literaria. El problema es mucho más profundo.

VISION DE UN MUNDO ABIERTO A LA ESPERANZA

LAS CASAS TUTELARES DE MENORES EN OLIVENZA

En estas líneas, y muy por encima, quiero mostrar lo que hoy por hoy aún pertenece a la marginación (los niños en general, en esta sociedad nuestra, son unos grandes olvidados). Lo que aún se mira, si no con horror, sí con recelo. Lo que aún se despacha con una frase de desprecio irresponsable:

Materializados en su lugar. Olivenza, donde afortunadamente la labor altamente satisfactoria, va en este trabajo un poco de la vida de esos niños a los que pilló el destino con algún infortunio.

Que nadie inicie la lectura si no ha puesto por delante su corazón en clave de amor.

Creación

“Cuando en 1948 se hicieron en Olivenza las Casas Tutelares Regionales —me dice don

Jesús Bardají, secretario del Tribunal Tutelar de Menores de Badajoz—, la gente de allí se molestó. Muchos creían que con ellas iban a llegar la perversión, la corrupción, el peligro para la infancia y juventud de la localidad. Luego el tiempo se encargó de demostrar que aquello era sólo un malentendido. Ahora no sólo se las ve como algo normal, sino como positivo desde el punto de vista económico, pues los productos alimenticios, etcétera., de los niños acogidos se compran allí mismo, y no es de desdeñar el beneficio producido por el consumo de más de 100 muchachos.”

Esto es un ejemplo tipo. La sociedad enmarcada en sus clasificaciones reacciona siempre con los juicios de valor más inmediatos; luego la cuestión monetaria cierra “bocas”, porque las bocas comen y en tanto no hablan.

La creación de centros tutelares siempre lleva consigo la desazón. La lleva porque es lo obvio, dados los prejuicios. Y se condena, se excluye, se niega el cauce que llevan las esperanzas de unas vidas nuevas en este caso recuperables, si es que se puede hablar de “recuperación” donde todo es ingenuidad, aunque... maltratada. Pasa como con los emigrantes. Los catalanes les decían a los hombres del Sur: “Habéis venido a comeros nuestro pan.” Los hombres del Sur, en cambio, demostraron, demuestran, que han ido a comerse las migajas de su pan, impulsando en tanto el desarrollo y dando ejemplo.

—¡Uf, esos correccionales...!

Así, nos lavamos las manos. “¡Estos reformatorios!” Y allí, en esos centros dejados en el rincón de nuestro olvido y nuestra repug-

nancia, hay vida que comienza, niñez que se alza, necesidad de ayuda. (¿Quién le niega una mano al desvalido físico? ¿Por qué negarse al psíquico, mucho más misterioso y difícil de encauzar?)

Amparo económico

Las Casas Tutelares, dependientes del Tribunal de Menores, se nutren económicamente de los ingresos de la Junta de Protección de Menores, cuyos fondos se obtienen de la recaudación del impuesto del 5 por 100 sobre espectáculos públicos. Poca cosa para la misión que tiene encomendada. Don Antonio Soriano Díaz, secretario de la Junta Provincial de Badajoz, me decía que a veces han pasado por momentos de gran penuria económica, necesitando el apoyo de la Caja de Compensaciones del Consejo Superior de Menores, pero que a pesar de que se admiten donativos particulares, jamás han recibido nada.

Esto nos da idea de la conciencia que hacía la obra existe. Los centros de Olivenza acusan la falta de recursos y ven paliados muchos de sus proyectos por ello. Basta indicar que no tienen asesoramiento de psicólogo ni de paidopsiquiatra, por ser un lujo lejos de su alcance. Lo malo es que encima algunos espectáculos públicos se las ingenian como pueden para quitarse de encima el impuesto del 5 por 100 en todo o en parte, ignorando dónde se paga el pato de su acción.

Visité en Pozuelo de Alarcón (Madrid) un centro que daba pena. La salita de la televisión ofrecía una imagen tétrica, como salida de una novela de Dostoiewsky, con bancos multipersonales, verde-oscuro, destartalados

y bajísimos, etc. Me indignó. Fui a Barcelona, al norte de España... ¡Yo qué sé...! Y me encontré lo mismo.

Los de Olivenza, teniendo en cuenta el contexto nacional (el problema aún es más amplio, de dimensiones internacionales), pueden darnos un respiro, ¿qué ironía, mira que tener aquí, en esta tierra olvidada nuestra, unos centros tutelares que entre viento y marea vienen a ser modélicos...? La batalla, si es que se puede hablar de lucha, la han ganado los responsables directos actuando con las armas disponibles sobre el propio terreno.

Consideraciones generales

Antes de entrar en las peculiaridades que nos atañen es preciso dar unas ideas generales sobre los centros tutelares y el material humano que en ellos hay.

Sus misiones principales son las de corrección (las de protección son incumbencia de otras secciones del Consejo Superior). Corrección de niños difíciles en la amplia aceptación de la palabra, aunque más bien podríamos hablar de encauzamiento de menores sobre los que pesan condicionamientos ambientales que han dejado mella en su moralidad. Educación de menores desviados y reintegración a la sociedad son las máximas de la obra.

El material humano, los niños internados, suelen proceder, como indica el profesor Heuyer de familias disociadas, alcanzando un porcentaje del 75 por 100. Dentro de este porcentaje y en gran parte del 25 por 100 restante, están (comparto en esto la idea del doctor George Amado, dedicado toda su vida a

estos estudios) los hijos de familias económicamente débiles, defectuosas o en miseria. Muchos casos de promiscuidad sexual se deben al hacinamiento de familias cuya vivienda es escasa para su número de miembros, siendo las iniciaciones sexuales prematuras e "interpretativas algo corriente". (G. Amado.)

Los casos de alcoholismo paterno alcanzan también una buena cifra. Los de falta de atenciones familiares son alarmantes. (De 1.514 niños berlineses sólo 614 comen a mediodía con el padre; 658 sólo por la noche, indica Otto Ruhie. Yo personalmente tuve 80 alumnos en Barcelona, de los cuales el 50 por 100 sólo hacían con sus padres las comidas del domingo preparándose algunos de ellos mismos las diarias, comiendo con las abuelas o a base de conservas.) Los niños sujetos a malos tratos sistemáticos en su casa, alcanzan, según la amplia encuesta internacional de A. Tesarel, el 50 por 100, mientras que los de clase más altas el 2 por 100. (¿Podemos señalar a los padres como culpables?)

Abundan casos de madres solteras, y hasta los hay de incesto.

Familia disociada, alcoholismo, abandono, promiscuidad, problemas económicos, son las constantes de esos niños... predestinados a las fugas, atracos, delincuencia, etc.

Guy Neron y Claude Kohier, eminentes neuropsiquiatras, nos indican estos factores anteriores junto a las "consecuencias de guerra", como inminentes forjadores del niño abocado a centros asistenciales.

Unase a todo lo anterior las peculiaridades de la herencia genética taradas con difícil arreglo corrector. Y únase un mal encauzamiento escolar (Carrerouge dice que la es-

cuela recibe a niños normales y los "convierte en hombres retrasados... El resultado puede disculpar en cierto modo a los hombres retrasados"). El resultado puede disculpar en cierto modo a los destapes e irregularidades de conducta de estos niños que, para más desgracia, son dados de lado frecuentemente por una sociedad que los ha tarado, ¡y que tiene el deber de recuperarlos con la terapéutica del amor, la comprensión y la colaboración activa!

Pero hoy se ve todo completamente negro. Hay también casos corrientísimos, casos que a diario vemos por ahí, sin darle importancia y que aquí son tratados porque el Tribunal no delimita el campo corrector del protector de forma tajante. Téngase en cuenta que se trata de niños y no de personas formadas, por lo que los cuidados deben ser mayores y los delitos no son frecuentemente tales. De ahí que se atiendan a casos de simples infortunios (muertes, etc.) familiares, siempre que el ambiente haya dejado o deje taras en el niño (si sólo se temiera, entonces es competencia de la Junta de Protección y no del Tribunal).

Realidad regional

Se hace necesaria por tanto una reflexión comparada de nuestra región con el resto. El señor Bardají me decía que aquí no se dan problemas de drogadictos infantiles, bandas de delincuencia organizadas, etc., propias de ciudades industrializadas y de gran influencia humana; pero por los demás posiblemente estemos en la cabeza de la problemática infantil nacional, dada la pobreza económica,

encauzadora de las pobrezas morales, de concienciación, educación, etc.

Volvemos a la economía. El argumento se ve reforzado por la problemática social surgida en las zonas de afluencia emigratoria. Por esto, nuestra realidad regional, la realidad de nuestros hombres, incluidos los de la emigración, es un tanto desesperanzadora.

La sociedad de consumo no nos ha cogido con sus ventajas, pero sí con todos sus inconvenientes, pues su poder persuasivo incita a las mentes infantiles a poseer, acaparar, apropiarse de tanta y tanta producción metida por los ojos a base de propaganda, montajes publicitarios en cadenas, etc. Urge, como solución inmediata, una acción total encaminada al logro de una estabilidad familiar, cosa muy difícil, como podrían suponerse. Ya el mismo Consejo Superior de Protección de Menores tiene dos secciones (puericultura y primera infancia y asistencia social), dedicadas a esto, pero tropieza con lo que decíamos del amparo económico y... con los defectos de nuestra sociedad.

Centro tutelar masculino

Y bien, ya tras tantos preámbulos, vamos a tratar sobre los centros de Olivenza. El primero que visité fue el masculino (Virgen de Guadalupe). Setenta niños comprendidos entre los 10 y 16 años forman la comunidad, atendida por dos profesores de E.G.B. (don Luis Núñez Bordallo y don José A. Morales Piriz), un encargado de cocina, un educador y por don Francisco González Santana, director, hombre ilusionado, amigo de los niños, compañero y encauzador. Tres mujeres se en-

cargan de la ropa y un sacerdote de la ciudad les proporciona el servicio religioso.

—Nosotros —me dicen los maestros— sólo atendemos a 32 de los muchachos. Los otros estudian en centros de esta ciudad. Algunos aprenden oficios aquí dentro, estando fuera del período escolar y como tienen finalizados los estudios básicos, no necesitan de nuestros servicios.

—¿Qué cursos imparten?

—Uno da primero, segundo y tercero de básica. El otro, cuarto, alfabetización, y preparación para el Certificado de Estudios Primarios.

Como se ve, hay un desfase entre los cursos y las edades de los niños, lo que prueba el abandono general.

—El 30 por 100 de los que entran —continúa— necesita ser alfabetizado.

—¿Les cuesta trabajo adaptarse?

—No, a las clases se acoplan bien.

Aquí interviene don Francisco Glez para hablarnos de la adaptación en general. Esta obedece al esquema científico expuesto por George Amado hablando sobre el centro Le Coteau, de Vitry-sur-Seine, lo que nos demuestra las constantes observadas en cualquier lugar.

Al principio se muestran reservados y tranquilos. Luego desbordados y acaparadores. Por último, se integran, normalizándose y dando paso a su rehabilitación. Este proceso dura de tres a seis meses, según los casos, aunque por motivos escolares los niños suelen ser retenidos por un curso, o si es necesario dos completos.

—La prolongación excesiva —me explican— es contraproducente, pues puede pro-

vocarle ansiedad y frustración al ver cómo otros salen. Siempre, por muy bien que aquí estén, necesitan su ambiente más reducido, y éste es el familiar.

Recuerdo que precisamente hace muy poco, don José Arana, director del Instituto de Ciencias del Hombre, declaraba que los niños hay que sacarlos cuanto antes de estas instituciones, y en caso de que sus familias no ofrezcan las suficientes garantías morales ha de procurárseles lo que él llama "familias institucionales". Estas no son las "adoptivas" que acaparan al niño, privándole de sus apellidos, pasado, etc., sino una nueva concepción en la que hay autonomía total. Vendría a ser como "casas particulares" donde se les hospeda mientras les llega su mayoría de edad, y con ello la solvencia económica, el porvenir encauzado, etc., sino una nueva concepción en la que hay autonomía total. Vendría a ser como "casas particulares", donde se les hospeda mientras les llega su mayoría de edad y con ella la solvencia económica, el porvenir encauzado, etc. (En algunos países se hace, e incluso se subvenciona a estas familias, las cuales actúan así para ganar un sobresuelo, pues en su mayoría son proletarias necesidades, pero que al final se encariñan en grado sumo con los niños, cosa vigilada por asistentes sociales especializados.)

—A nivel particular —me dice el señor González— conocemos familias en Madrid, Barcelona, Bilbao, etc., que les acogen (algunas de ellas tuvieron miembros suyos aquí). A la vez, tenemos contactos con empresas donde se les proporciona trabajo.

Esta desconexión con la familia propia se realiza sólo en casos extremos, pero que se

dan. También se acogen a esta modalidad los muchachos huérfanos, expositivos, etc.

—Los niños añoran a su familias —sigue contándome—, pero no desesperadamente. El ambiente de este Centro es muy íntimo, muy familiar, y esto les compensa. A veces les supera sus experiencias afectuosas anteriores, en muchos casos bastante deterioradas.

HORARIO Y TRABAJO

A continuación cuenta a grandes rasgos el horario cotidiano, en el que hay un algo de roussonian, quizá inconscientemente.

Se levantan a las ocho, con música ambiental, preferiblemente clásica. Antes de marchar a las clases o al taller —tienen turno, soldadura, eléctrica y forja— hacen la limpieza de la casa. Se afanan enormemente en mantenerla limpia. Por la tarde, tras las clases, cada uno marcha al trabajo que tiene asignado dentro del colegio. Unos realizan la limpieza, otros trabajan en la huerta (apenas si compran hortalizas y verduras; nunca cebollas y ajos), otros en el jardín, en el taller, etc.

Algunos van a la clase de música. Luego, estudian, ven la "tele", se les inculca ver y comentar los informativos, cenan y se retiran a dormir. La huerta especialmente tiene gran importancia. El que un niño coma verduras, frutas, etc., trabajadas, producidas por él mismo le da un claro concepto de lo que el trabajo y su fruto significan, de la alegría de ser útil, y la satisfacción de sentirse importante. A la vez es un sanísimo ejercicio físico, y tal como ellos lo enfocan, una constante lección de acción de equipo.

Los festivos difieren en que hay más tiempo libre, y marchan algunos fuera, abundando los contactos con gente de la calle.

Pasamos luego a conversar sobre las reincidencias y fugas. En otros tiempos eran alarmantes, y más vale no hablar. Ahora, desde hace siete años, sólo hubo cinco reincidencias y siete fugas sin importancia, lo que comparado con otros centros resulta increíble. (Las fugas obedecen a una necesidad de afirmación de la personalidad, a un destape de la opresión. Una protesta contra los malos tratos o un sentimiento de inseguridad y falta de confianza en la mayoría de los casos, muy propia de toda clase de internados. Otras veces a problemas psicológicos, relacionados con la familia.)

La respuesta de ¿a qué se debe esto? me la dieron los niños en los días que charlé con ellos. Algunos muchachos eran viejos conocidos míos de otros centros, donde tuvieron dificultades. La respuesta, ya digo, fue suya. Allí encontraron amistad, ayuda, comprensión. A ellos se les ha demostrado que no son unos seres especiales, unos "locos de atar", sino personas normales a las que maltrató prematuramente la vida. Allí se les da amor, que, a veces, nunca tuvieron. Y allí se les dan pocas cosas prefabricadas; se les enseña que sus manos valen, que pueden hacer lo que otras, que son útiles (los adornos, trabajos de artesanía y decoración de la casa están hechos por ellos, y venden muchas cosas para fuera.) El reencuentro con la naturaleza de su trabajo en la huerta es uno de sus maravillosos descubrimientos; el autoabastecimiento, de productos primarios los llena de emoción...

Por ser regional el centro me interesé por la provincia —Cáceres o Badajoz— que envía más menores. Tanto el señor Bardají como el señor González coinciden al decir que Badajoz tiene más simplemente por razones de emplazamiento (igual pasa en el de las niñas). Parece duro, a nivel general, enviar niños a la "lejanía" de otra provincia, en tanto que en la misma de la sensación de que quedan como en casa.

Sin lujos, sin obras, sin cosas superfluas, el Centro Tutelar de Varones de Olivenza es uno de los más positivos que conozco. Sé que los niños son felices. Que se encuentran satisfechos. Que no pierden el tiempo ni se aburren ni desesperan. Que las lágrimas que algunos vierten por la separación familiar son semillas fructíferas de una mañana de esperanza.

CENTRO TUTELAR FEMENINO

Y si el Centro masculino es ejemplar, no podemos olvidar el de las niñas. Aquí los problemas suelen ser más profundos. La opresión sobre el sexo, injustamente oprimido de por sí, es más radical. Los casos, variados, de pena muchos. Agudizados, porque además la mentalidad ciudadana se resiste más a enviar a las niñas a Centros Tutelares, unas veces por la leyenda negra que pesa sobre ellos y otras por las deficiencias reales.

Este de Olivenza tiene 26 niñas (estas cifras, como es natural, oscilan irregularmente. (Las edades, de ocho a dieciocho años, doña Fernanda Blasco Mendoza, de las Esclavas de Nuestra Inmaculada, asistida por una compa-

ñera, dirige el centro (Cristo Rey). Lleva diez años en la casa. Y prueba del buen funcionamiento la ofrecen las fugas y reincidencias habidas, clave para la comprensión de los internados.

—Sólo he conocido tres casos de reincidencia y tres de fugas. Pero explicaré estos últimos: una niña fue reclamada por su madre, que se encontraba en Australia. Ella quería irse con su abuela residente en Sevilla, pero ésta no la aceptaba. Planeó su fuga para evitar lo primero, y arrastró con ellas a dos muchachas más pequeñas.

Como se ve es un puro caso de ansiedad. El doctor Guy Neron nos dice: "Esta ansiedad va asociada a la emotividad, que a veces produce verdadero terror y pánico." O sea, caso justificable por completo.

También estas niñas van a estudiar fuera. Allí se hacen clases de corte y confección, educación física (con profesores especializados), etc., pero son completamentarias a las anteriores. Este contacto constante con jóvenes de la ciudad es altamente positivo y necesario.

—Pero algunas —me indica la directora— vienen con muy deficiente preparación o con una inadaptación muy acusada y entonces se les prepara aquí antes de relacionarse fuera.

La señorita Blasco me enseña la casa con ilusión. Cómo el centro masculino está ornamentado por las propias muchachas. Atendido por ellas. Incluso sus mismas ropas son producto de su trabajo.

La preocupación principal es prepararlas para la vida en general. Procurarles una concienciación activa y unos conocimientos prácticos necesarios para desenvolverse. La tera-

péutica seguida es coloquial, a nivel conversaciones y razonamientos. Una estancia en la casa nos demuestra que el método es eficaz. La felicidad, dentro del marco humano, está patente. El compañerismo, el espíritu de ayuda, reina en todas ellas.

CONCLUSIONES

Establecer conclusiones es algo relativo, y en lo que puede entrar el apasionamiento deformado. Pero hay allí un palpito esperanzador que atrae. Un palpito esperanzador que lucha con las fuerzas de los responsables y de los mismos niños tratados. Sólo algo me entristece de inmediato. Lo digo con palabras del profesor Arana: "Estas instituciones colectivas están marginadas geográfica y humanamente. Y el niño marginado crece frustrado y apático. Y la apatía se convierte en agresividad, y ésta en delincuencia". Doscientos mil son los niños que bien en Centros Tutelares, Orfelinatos, etc., viven marginados (amén de los que se sostienen en su medio social, estando peor que allí).

La esperanza de estos niños que saben responsabilizarse necesita de la realización de nuestra ayuda.

Comprendamos que nuestro deber está en aceptarlos en nuestra convivencia, con nuestro apoyo y nuestra ayuda, porque ellos "son la sociedad producto de esta sociedad y actores de ella tan importantes como cualquiera y tan dignos y necesarios como los demás".

Vaya, por último, mi homenaje sincero, emocionado, profundo, a esos muchachos que fabrican silenciosos un mundo abierto a la esperanza, desde esta tierra nuestra, hundida tantas veces en la desesperación.

MOISES CAYETANO ROSADO

S. O. S.

He hablado, ante numeroso público, de mi libro *UNA NIÑEZ HUNDIDA EN LA TORTURA*. Cuando subí al escenario, la gente ya estaba cansada; antes de que yo lo hiciera, habían actuado varias personas, y la fatiga vibraba en el ambiente. Por eso, había un murmullo insistente y molesto. Se notaba que muchas personas sólo esperaban a ver de qué iba, para luego abandonar la sala, dejándome con la palabra en la boca. Casi nadie estaba dispuesto a aguantar ni un solo minuto más. Pero yo subí tranquilo, sin inquietud ninguna. Sonreí, viendo cómo los organizadores se angustiaban. Hablé... De pronto, se produjo un silencio sepulcral. Todos se clavaron en su asiento y no movían ni las pestañas. Oí el ruido de un zapato lejano que aplastaba contra el suelo un colilla.

Había causado el mismo efecto que en las otras ocasiones anteriores, en distintos lugares, hablando de lo mismo. El efecto que produjo cuando en Radio Nacional de España, hace unos meses, hablé de ello. Fue desde Barcelona. El locutor, Luis del Olmo, me programó una entrevista corriente, corta. Había algunos espectadores en el estudio. Charlamos. Charlamos más y más, y duró 20 minutos la charla, ante la inmovilidad y el asombro de los presentes; ante la atención de multitud de oyentes que —como luego he podido saber— dejaban por un momento su trabajo para no perderse detalle.

Y no es que yo sea un orador o un escritor que supere lo normal. ¡Ni mucho menos! Eso

no tiene nada que ver. Lo importante es el tema. Algo insólito, inédito, ignorado. Mi libro, un libro que pudiera haber escrito cualquiera, pero que lo he hecho yo, porque por esas cosas del azar me topé con el tema sin premeditación, es algo que llega hondo a cualquier ser con sentimientos. Es un poco la narración de la vida, la disciplina, los métodos, etc., que se llevan a cabo en los orfanatos —u hogares, hospicios, o como les quieran llamar— de casi todo el mundo. Es el relato del sufrimiento de unos niños incomprendidos, solitarios, tristes, abandonados. De huérfanos, hijos de familias enfermas o en precaria situación económica, soltera y hogares depravados... Muchachos sin calor de hogar, sin beso de madre, sin mimos. Personas indefensas, angustiadas, tratadas a golpe de látigo, tortura, ignominia, terribles y torturantes métodos represivos... Seres considerados como escoria, desechos de la sociedad, pecado y fallo que hay que tratar como a bestias sin alma...

Por esto, la gente se queda sin aliento cuando me oye. Y es que los niños, y más los desvalidos, están olvidados, arrinconados. Apenas si se escribe sobre ellos. Apenas si se informa. Así, las noticias, relatos de frías y crueles realidades, caen de sopetón, como una tormenta de verano, sin que nadie se lo explique. Tenemos el mundo hecho a nuestra medida, y luchamos, nos despedazamos en él... a nuestra medida. Pero los críos quedan ahí, golpeándose con la frente en los bordes de las mesas, intentando subirse a las sillas, que les quedan altas, pretendiendo, sin lograrlo, entender las extrañas cosas que les explicamos de moral y religión...

—¿Y ahora, ahora se hace eso, todavía?
—me preguntan muchos, extrañados.

—¿Qué? Lo de golpear con correas. Castigar con látigos debajo de duchas de agua fría. Beber orines. Comer lo vomitado. Untarse con excrementos... Crear complejos de menorvalía. Humillar. Pisar la dignidad...

—Sí, sí...

—¿Qué quieren que les diga...? Pregunten, pregunten por el mundo a esa niñez desvalida...

CRITICA DE UNA CONFERENCIA

por D. Blas Curado García (psiquiatra)

Como recordarán ustedes, el aula Médica D. Benito-Villanueva organiza, para los olvidados, el citado ciclo de Villanueva y don Benito alternativamente, siendo esta vez en don Benito. Colabora con un entusiasmo digno de otros tiempos el amigo de la cultura Tomás Martín Tamayo, quien presenta al conferenciante con el sello de la amistad y la intimidad que nos rodea en el recinto, muy lleno de grandes vacíos físicos y repletos de fraternidad y armonía.

El tema, sugestivo para el gran público, no fue menos para el especialista en materias afines al problema desarrollado. Estudia el contexto del fenómeno dentro de planos concretos en estamentos institucionalizados para la marginación y la armonía del niño. Paradójicamente ensamblados en el sistema asistencia para una infancia desvalida y traumatizada por los elementos nocivos de la sociedad alienante en que nos movemos o similar...

De forma rápida plantea sobre el auditorio el estado actual de la situación en estamentos provinciales dispuestos por la administración para el cuidado del niño. Unos bajo el —control— de la Diputación y otros en sistemas paraestatales de diversos ministerios. Visto desde su perfil de pedagogo inmerso en el tema, por estar desempeñando actualmente labores pedagógicas en un centro de éstos y con pinceladas de su visión poética de la figura y vida del niño, nos estremecemos como si oyéramos un cuento de narración tremendista y maquiavélica, el público se siente incomodado por esta situación real y no pudiendo “aguantar” la crueldad sentida como próxima rechaza la figura presentada, negando la realidad, para así evitar el sentimiento de culpa que en parte todos somos algo culpables...

Cayetano sintiéndose poeta, termina bellamente una narración que caminaba por los senderos del drama. Es un drama lo que estos chicos de todas las edades sufren en sus “cárceles del alma”, siendo depósitos de carne para el consumo de la violencia de la alineación mental y física, desarrollando estereotipados mecanismos de defensa que se vuelven contra todo lo que sea bello y armónico, como única salida que el sistema asilar e institucionalizado le deja. Todo parece como si la administración se hubiera parado en tiempos atrás sin ver el entorno, sin notar lo que ocurre en derredor, sin importarle mucho si el sistema funciona o no, con tal de que no se molesten...

Señores, no es “oro todo lo que reluce”. Es necesario restablecer el armónico sistema de la comunicación de enterarse de la existencia

del próximo o prójimo, y evitar en la medida de las fuerzas que cada uno se crea tener para así desarrollar un esfuerzo en este campo u otro, con tal de restablecer la armonía perdida y hasta olvidada por tanto tiempo no hallada.

Las soluciones son desde el utópico cambio del entorno socio-económico, en palabras de nuestro querido poeta Moisés, o de soluciones parciales, a plazos más o menos cortos, según sean los fenómenos regresivos o expansivos.

El diálogo, fecundo y lleno de intimidad, causa preocupación en el conferenciante por la capacidad de expectionismo de algunos. Si la esperanza fue lo único que de la famosa y mítica "caja de Pandora" no sacó, para escarnio de esta Humanidad, la bella dama, demos las gracias a esa mujer que dejó esta posibilidad. Moisés supo entenderlo y así nos lo deja dicho.

BIBLIOGRAFIA

- ABAD CARRETERO, L.: "Presencia del animal en el hombre". Herrero, H. México, 1962.
- ABBAGNAO, N., y VISALBERGHI, A.: "Historia de la pedagogía". Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- ADLER, Alfred: "L'enfant difficile". Payot, Paris.
- ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BARBIANA: Carta a una maestra: Edit. Nova Terra. Barcelona, 1970.
- ALVAREZ VILLAR, A.: "Psicología general y diferencial". Aguilar. Madrid.
- AMADO, Georges: "Los niños difíciles". Edit. L. Miracle. Barcelona.
- ANDERSON, H. H.: "Las clínicas psicológicas para la infancia en los Estados Unidos y la obra del Dr. Healy". Madrid, 1935.
- ARANGUREN, J. L.: "La juventud europea", B, Seix y Barral, 1962.
- ARISTOTELES: "Moral". Espasa Calpe. 10.^a Edición. Madrid, 1971.
- BELEY, André. P. L.: "Niños rebeldes". Edit. L. Miracle. Barcelona.
- BERGE, André: "La educación sexual en la infancia". Edit. L. Miracle. Barcelona.
- "La libertad en la educación". Edit. Kapelusz. Buenos Aires, 1970.
- BERRUEZO, J. J.: "Complejo de inferioridad". Paidós. Buenos Aires.
- BLEULER, E.: "Afectividad, sugestibilidad y parancia". Edit. Morata. Madrid, 1943.
- BLOCH, H. NIEDERHOFFER, A.: "Les bandes d'adolescents". Payot. Paris, 1963.
- CABALLERO, V.: "Aportaciones pedagógicas de S. José de Calasanz". C.S.J.C. Madrid, 1945.
- CARNOIS, André: "El drama de la inferioridad en el niño". Edit. L. Miracle. Barcelona.
- CARREL, A.: "La conducta en la vida". Edit. G. Kraft. Buenos Aires, 1952.
- CASTELLAN, A.: "Filosofía de la historia e historiografía". Dédalo. Buenos Aires, 1961.
- COMAS, Margarita: "Las escuelas nuevas inglesas". Madrid, 1930.
- COMENIO, J. A.: "Didáctica Magna". Reus. Madrid, 1922.
- COUTOIS, C.: "El arte de educar a los niños de hoy", M. Edit. Atenas, S. A.
- CUELLO CALON, E.: "Criminalidad infantil y juvenil". Barcelona, 1934.

DIAZ, Carlos: "No hay escuela neutral". Edit. Zero. Madrid, 1975.

DOSTOIEWSKI, F.: "Los hermanos Karamazoff". Petronio. Barcelona, 1972.

"Recuerdo de la casa de los muertos". Edit. Juventud. Barcelona, 1973.

ESCUADERO, P.: "El crecimiento y el desarrollo del niño". Buenos Aires, 1943.

FAU, René: "Grupos de niños y de adolescentes". Edit. L. Miracle. Barcelona.

FERNANDEZ CORTES, F.: "Escuela viva". Edit. Zero. Madrid, 1975.

FRAILE, G.: "Historia de la filosofía". Biblioteca de Autores Cristianos. 2.ª edic. Madrid, 1966.

FREUD, Ana; BURLINGHAN, Dorothy: "Niños sin familia". Edit. L. Miracle. Barcelona.

"Psicoanálisis del niño". Biblioteca Psicoanalítica. Ediciones Iman. B. Aires.

FREUD, Sigmund: "La interpretación de los sueños". Alianza Editorial. 8.ª edición. Madrid, 1975.

"Ob bat un enfant". Revue Française de Psychanalyse, VII, 4. 1934.

GALINDO CARRILLO, A.: "Textos pedagógicos hispanoamericanos". Iter. Madrid, 1968.

GARCIA GARRIDO, J. L.: "Los fundamentos de la educación social". Edit. Magisterio Español. Madrid, 1976.

GARCIA HOZ, V.: "Educación personalizada". Miñón. Valladolid, 1972.

GAUDIN, Bernard: "El amor entre los animales". Ediciones Ferni. Genève.

GILLIARD, Edmond: "La escuela contra la vida". Pretacuatro. Barcelona, 1973.

GRACIAN, B.: "El criticón". Edi. crítica de M. Romero Navarro. Philadelphia Universing Press, 1938-40.

GRAHAN, Billy: "El secreto de la felicidad". Edit. Alturas. Barcelona, 1971.

GONZALEZ QUEVEDO, Oscar: "El rostro oculto de la mente". Edit. Sal-Terrae. Santander, 1974.

HARTENBERG, P.: "Les limites et la timité". Librairie Félix Alcan, 4.ª edición. Paris.

ILLICH, Ivan, y otros: "Educación sin escuelas". Edic. Peninsula. Barcelona, 1975.

JUNG, C. G.: "Conflictos del alma infantil". Editorial Paidós. Buenos Aires.

QLEIN, M., y otros: "Psicología infantil y psicoanálisis de hoy". Edit. Paidós. Buenos Aires.

KOLLE, Oswal: "Tu hijo, ese desconocido". Bruguera, 3.ª edición. Barcelona, 1974.

LANG, Jean-Louis: "La infancia inadaptada". Planeta. Barcelona, 1974.

LAUNY, Clément: "Higiene mental del escolar". Edit. L. Miracle. Barcelona.

LE GALL, André: "Caracterología de la infancia y la adolescencia. Biblioteca Universal Miracle. Barcelona.

LE MOAL, P.: "El niño excitado y deprimido". Luis Miracle. 7.ª edic. Barcelona, 1969.

MARAÑÓN, G.: "Amiel (un estudio sobre la timidez)". Espasa-Calpe. Madrid, 1941.

MARIA DE LERA, A.: "Diálogos sobre la violencia". Plaza-Janés. Esplugas de Llobregat (Barcelona), 1974.

MARIAS, J.: "Biografía de la filosofía". Revista de Occidente. Madrid, 1968.

MAQUIAVELO: "El príncipe". Edit. Petronio. Barcelona, 1973.

MATUTE, A. María: "Algunos muchachos y otros cuentos". Salvat Editores, S. A., 1970.

MEDICI, Angela: "La escuela y el niño". Edit. L. Miracle. Barcelona.

MENENDEZ Y PELAYO, M.: "La filosofía española". Sección de C. Lascaris. Edit. Rialp. Madrid, 1964.

MICHAUX, León: "El niño perverso". Edit. L. Miracle. Barcelona.

MIRA Y LOPEZ, E.: "Psicología evolutiva del niño y del adolescente". Edit. Atenero, 9.ª edición. Buenos Aires.

MORAGUES, Jeroni: "Evolucio sexual de l'enfant". B.: Libreria Catalana, 1935.

MORAVIA, A.: "El hombre como fin y otros ensayos". Plaza-Janés. Esplugas de Llobregat. Barcelona, 1970.

MORENO, J. M.: "Historia de la Educación". Paraninfo. Madrid, 1971.

MORO, T.: "Utopía". Bruguera. Barcelona, 1973.

NERON, G.: "El niño 'vagabundo'". L. Miracle. 7.ª edición. Barcelona, 1970.

NOGUER MOORE, Dr. J.: "Diccionario enciclopédico de la educación sexual". Edit. Aura. Barcelona, 1971.

OLERON, Pierre: "Educación de la infancia tarada". Edit. L. Miracle. Barcelona.

PERCHERON, M.: "La psychologie de l'enfant". Payot. Paris.

PESTALOZZI, J. E.: "Cómo Gertrudis enseña a sus hijos". Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1967.

POROT, Maurice: "La familia y el niño". Planeta, 9.ª edición. Barcelona, 1975.

- PLATON: "La República". Espasa-Calpe, 10.^a edición. Madrid, 1971.
- PRUDHONMMERV, M.: Educación de la infancia anormal. Planeta, 6.^a edición. Barcelona, 1975.
- ROGERS, G. R.: "El proceso de convertirse en persona". Paidós. Buenos Aires, 1972.
- ROUSSEAU, J. J.: "Emilio". Edit. Adaf. Madrid, 1972.
- STOTT, John. R. W.: "Cristianismo básico". Edit. Cer-teza, 3.^a edición. Buenos Aires, 1971.
- SUTTER, J. M.: "Los niños mentirosos". Planeta, 7.^a edición. Barcelona, 1974.
- STUART MILL, J.: "Sobre la libertad". Alianza Editor-ial. Madrid, 1970.
- RUHLE, Ott: "El alma del niño proletario". Edit. Psique. Buenos Aires, 1969.
- UMBRAL, F.: "El museo nacional del mal gusto". Plaza-Janés. Esplugas de Llobregat (Barcelona), 1974.
- VALLEJO NAJERA, A.: "Niños y jóvenes anormales". Edit. Atenas. Madrid, 1941.
- VIVES, Luis: "Obras completas". Aguilar. Madrid, 1948.
- VALLES, J.: "El niño". Alianza Editorial. Madrid, 1970.
- VEGA ALONSO, R.: "Psicología paidológica y pedagó-gica". Escuela Gráfica Salesiana. Sevilla, 1967.
- VON SCHEL, H.: "Biografía de la homosexualidad". Producciones Editoriales. Barcelona, 1975.
- WELLMANN, B. L.: "Manual de psicología del niño". B. Seix, 1935.

REVISTAS:

- ESCUELA ESPAÑOLA: Edit. Escuela Española. Madrid.
- SERVICIO: Edit. S.E.M. Madrid.
- VIDA ESCOLAR: Edit. Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia.
- Revistas de la Obra de Protección de Menores. Mi-nisterio de Justicia. Madrid.

FOLLETOS:

- NUESVAS ORIENTACIONES PEDAGOGICAS DE E.G.B.: Edit. Magisterio Español. Madrid, 1973.

RESEÑA DEL AUTOR

Me llamo Moisés Cayetano Rosado y nací en La Roca de la Sierra, un pueblo pequeño de la provincia de Badajoz, el 18 de diciembre de 1951.

Soy profesor de E.G.B. (cuyos estudios hice en la modalidad de "libre", porque la situa-ción económica no permitía otra cosa), y tengo estudios de Filosofía y Ciencias de la Edu-cación. Ejercí como profesor en Barcelona y Las Palmas de Gran Canaria; actualmente lo hago en Badajoz. Mi profesión es vocacio-nal, y cada día me realizo y compenetro más con ella.

Empecé a escribir a los 16 años. Verso y prosa. Colaboro en varios periódicos y revis-tas; dirijo varios espacios en la radio. Tengo en mi haber algunos premios literarios, pero no soy muy aficionado a los certámenes.

En verso edité mi libro "He tenido sujeta la palabra entre los dientes" (La Mano en el Cajón, 1972), y actualmente hay otro ("Poe-mas en Amor mayor") a punto de salir en Ba-

dajoz. Mi libro-reportaje "Los otros extremeños" (sobre la emigración) fue publicado por entregas en el diario "Hoy", de Extremadura en 1974.

El actual, "Una niñez hundida en la tortura", es el trabajo más reciente que hice. Tras él, creo que seguiré escribiendo sobre niños y emigrantes.

Mis dos constantes, tanto en verso como en prosa, son los niños y la emigración. En ambas cosas muestro un mundo repleto de impotencia y de dureza.

Si algo deseo por encima de todo es concienciar a mis semejantes en los problemas que ambos temas contienen. Y lo deseo, porque entre todos podemos conseguir, al menos, mitigarlos.

De ninguna forma mi denuncia pretende ser anecdótica y personal, en nada de lo que toco. Aun cuando cite situaciones y nombres concretos, estoy utilizando un prototipo que quiere ser generalizador. De las imperfecciones todos somos un poco culpables. De personas es el equivocarse, y también el corregir.

Moisés Cayetano Rosado,

C/ Pablo de Garnica, 6.

La Roca de la Sierra (Badajoz)

TITULOS PUBLICADOS POR Ediciones HOAC

● El Sindicato, instrumento de conquista (GOES)	20 ptas.
● Curso de Cuestiones Sociales (Guetglas)	90 "
● Militantes Obreros. AGOTADO. (G. Roviroso)	70 "
● La iglesia, el cristiano y la política (Matías García)	25 "
● El desarrollo de los pueblos (Pablo VI).	10 "
● Encuesta y formación de militantes (Tomás Málago)	70 "
● Ganarás el pan con el sudor del de enfrente, NOVELA 4. ^a Edición (P. Chamizo)	50 "
● Ganarás el pan con el sudor del de enfrente. En un Lugar de Alemania. TEATRO. (Patricio Chamizo	60 "
● Paredes, un campesino extremeño (P. Chamizo)	70 "
● Dios es bueno (José Luis Caravias) ...	40 "
● Cristo es Esperanza (José Luis Caravias)	70 "
● ¿A la toma del poder? (Ultima sesión de las Cortes republicanas)	75 "

INDICE

Pág.

Prólogo	3
Introducción	11
Carencia de afectividad	14
Educación en libertad, para la libertad	23
1.^a PARTE: "EL HOGAR DE LOS NIÑOS"	27
Unas palabras sobre el edificio	29
Dormitorios	31
Comedores	36
Pacios de recreo	39
Otras instalaciones:	
— Las escuelas	43
— Biblioteca. Salón de música. Salón de actos. Etc.	44
— Pasillos intransitables. Tresillos "insentables". Jardines "intocables"	47
Separación niño-niña	49
Conclusión	53
2.^a PARTE: "LA DISCIPLINA"	55
La disciplina	57
Castigos	60
— Orinarse en la cama	60
— Por defecar en la cama	64
— Los mocos	64
— Castigos provechosos. Castigos absurdos	65
Prolongación del clima de los castigos	68
— Comedor	68
— Paquetes de sus madres	69
Miedo	70
— ¡A dormir!	73
Formación disciplinaria religiosa	74
— Utilización de la religión	76
— Obligaciones	76
— Primeras comuniones	76
En la escuela	77
Triunfalismo	81
Consecuencias	83
3.^a PARTE: "LA BONDAD DE ESTOS MUCHACHOS"	87
La bondad de estos muchachos	89
Amistad entre ellos	92
Generosidad	92
Visitas	94
"Pegajosos"	95

4.ª PARTE: "HOJAS DE MI DIARIO" 97
 Epilogo 137
 — Visión. De un mundo abierto a la espe-
 ranza 138
 — S. O. S. 152
 — Crítica de una conferencia: por D. Blas
 Cuadrado García (Psiquiatra) 154
 — Bibliografía 157
 — Reseña del autor 161

— Otras instalaciones:
 — Las escuelas
 — Biblioteca Salón de música Salón de
 actores Etc.
 — Pasillos intratallados. Trazos "inventa-
 dos". Jardines "intocables"
 Separación niño-niña
 Conclusión

2.ª PARTE: "LA DISCIPLINA"
 La disciplina
 Castigos
 — Oírse en la cama
 — Por detener en la cama
 — Los mocos
 — Castigos previos
 Castigos aporados
 Prologación del clima de los castigos
 — Comedor
 — Paquetes de sus madres
 Miedo
 — A dormir
 Formación disciplina religiosa
 — Utilización de la religión
 — Obligaciones
 — Primeras comuniones
 En la escuela
 Truqueo
 Consecuencias

3.ª PARTE: "LA BONDAD DE ESTOS MUCHA-
 CHOS"
 La bondad de estos muchachos
 Amistad entre ellos
 Generosidad
 Visitas
 "Pegadores"

“Este relato, que es ciertamente una denuncia, no será una particularización anecdótica. Limitarlo a un tiempo y a un lugar concreto es quitarle importancia y efectividad. Lo que aquí digo ha podido ocurrir en cualquier sitio, o puede ocurrir ahora, o tal vez ocurra.

Esto es una denuncia a una serie de injusticias cometidas con los seres más indefensos que existen: los niños chicos... y abandonados. Pero tampoco quiero limitarme a la exposición de una denuncia, sin más; el tema incita a reflexionar un poco y eso hemos de pretender.

El “Hogar de los niños” —así llamaremos a la institución de que tratamos— no es privativo de una nación o de un tiempo; lo que si puedo asegurar es que no está sacado de la imaginación. El que esto escribe, profesor de Educación General Básica, ha obtenido los datos gracias a la observación contacto, conversaciones, etc., diarias con los propios interesados, tanto pacientes como agentes. Y, en algunos casos, por informes epistolares llegados de diversos rincones del mundo.

Esta especie de “anti-utopía” ha sido escrita por amor a los niños, y hacia los verdaderos amantes de la infancia va exclusivamente dedicado.”

“UNA NIÑEZ HUNDIDA EN LA TORTURA”: NOTA FINAL... Y ACTUAL

Publicado cuando tenía 25 años, este libro me dio bastantes quebraderos de cabeza. El Periódico HOY de Extremadura montó en cólera, y publicó desmentidos de internados... a los que ni se nombra (algo les sonaría); la Diputación de Badajoz trató de querellarse contra mí, pues regía cierta residencia asistencial a la que veía “retratada”. Incluso para “suavizar” la “cólera biempensante” tuve que ordenar la retirada temporal en librerías de ejemplares, que finalmente se vendieron en número de 7.000 o más, por toda España.

Recibí, eso sí, muchas cartas con testimonios de vivencias y de gratitud por parte de chicas y chicos que habían sufrido algo... y más de lo que aquí se relata, y solamente una carta airada de una “Hija de la Caridad” (van dos fotocopias de las primeras, y la de la segunda postura).

Desde hace unos años, se están publicando testimonios similares a los que en este libro se contienen. Incluso más duros: el terrible tema de los abusos sexuales a niños internados en centros asistenciales, seminarios, etc., que yo no toqué porque no tuve conocimiento de ellos en aquellos años en que el tabú era tan impresionante que nadie se atrevió a contarme semejantes crímenes.

Sirva ahora como testimonio de lo que fue, y puede que siga siendo todavía.

Mercedes García García

c/ Martínez Maldonado, 89-12 MALAGA

Malaga 25-VIII-77

Querido amigo, te preguntaras que quien soy yo y porque te escribo, pues bien soy una chica de 17 años que ha leído tu libro "Una niñez hundida en la tortura", (que como tu bien dices es mas una denuncia que un relato) y la verdad no se porque te escribo, aparte de decirte que me ha parecido tan buena esta denuncia que creo que debería leerla todo el mundo para que entre todos buscáramos más soluciones de las que tu das y solucionar de una vez el problema de estos niños que "tanto asco dan y tan molestos son" pero que al fin y al cabo son niños y hay que darles amor como a los demás.

Creo que tambien te escribo porque he visto tus señas al final de la denuncia y subconscientemente he querido saber como era la persona que ha escrito sobre este tema (intocable) y DA SOLUCIONES que es lo más difícil de encontrar. Tambien te escribo, buscando en ti un amigo, porque creo que no tengo, tal vez porque no los busco o yo que se porque.

Madrid - Marzo 78.

Aprovechando tu dirección en las últimas páginas de tu libro, quiero felicitarte por tu trabajo y darte ánimos para que sigas trabajando en esta tarea que te has propuesto, por infundir un poco de amor a éstos centros donde tanta carencia hay de él.

Por desgracia pasé 10 años de infancia y juventud en uno de ellos y aunque quiera no es posible olvidarlos.

Actualmente también soy profesora en un centro de preescolar y trato por todos los medios de transmitir a los niños, la comprensión y el amor que a mí no supieron darme.

Felicitaciones y ánimos.

Mu abraço

Pili

Estimado Sr. D. Moisés:

Dice Vd. en su libro "UNA NIÑEZ HUNDIDA EN LA TORTURA" que le escuchan porque habla algo insólito, inédito, ignorado.

Se queja Vd. de que las monjas hablan del Infierno y Vd. ha creado un infierno en las almas que le escuchan. Ha exagerado enormemente y ha cargado la pluma tanto, que ha llenado el libro de borrones negros. Me parece que pretende marginar, rebajar y hundir a todos los educadores de estos Centros: algo insólito, inédito...

Suponiendo que haya 200.000 niños en estas Instituciones, habrá unos 2.000 educadores aproximadamente; ¿cree Vd. -honorables profesor del Centro "Hernán Cortés"- que todos los educadores (excepto los de su Centro) tienen esas entrañas de fierro con que Vd. los describe?

Una Hija de la Caridad

“Este relato, que es ciertamente una denuncia, no será una particularización anecdótica. Limitarlo a un tiempo y a un lugar concreto es quitarle importancia y efectividad. Lo que aquí digo ha podido ocurrir en cualquier sitio, o puede ocurrir ahora, o tal vez ocurra.

Esto es una denuncia a una serie de injusticias cometidas con los seres más indefensos que existen: los niños chicos... y abandonados. Pero tampoco quiero limitarme a la exposición de una denuncia, sin más; el tema incita a reflexionar un poco y eso hemos de pretender.

El “Hogar de los niños” —así llamaremos a la institución de que tratamos— no es privativo de una nación o de un tiempo; lo que sí puedo asegurar es que no está sacado de la imaginación. El que esto escribe, profesor de Educación General Básica, ha obtenido los datos gracias a la observación contacto, conversaciones, etc., diarias con los propios interesados, tanto pacientes como agentes. Y, en algunos casos, por informes epistolares llegados de diversos rincones del mundo.

Esta especie de “anti-utopía” ha sido escrita por amor a los niños, y hacia los verdaderos amantes de la infancia va exclusivamente dedicado.”

ediciones hoac • UNA NIÑEZ HUNDIDA EN LA TORTURA •



**MOISES CAYETANO
ROSADO**



**UNA NIÑEZ HUNDIDA
EN LA TORTURA**